

*¿Qué harías si el sistema
te lo arrebatara todo?*



LA TERCERA LEY

LUIS ÁNGEL FDEZ. DE BETOÑO

LA TERCERA LEY

Luis Ángel Fdez. de Betoño

Autor: Luis ángel Fernández de Betoño
Título original: La tercera ley.
1ª edición: julio de 2019
Safe Creative nº registro 1902189976567

©Luis ángel Fernández de Betoño, 2017
Edición y corrección: Eba Martín Muñoz
Diseño de portada: Alexia Jorques

ASIN:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del autor. Todos los derechos reservados.

Sinopsis

En una tranquila ciudad a orillas del mar Cantábrico un hombre entra en una cafetería y, sin razón aparente, asesina a tiros a una jueza y a un fiscal.

La inspectora Calderón, una veterana curtida en la unidad más dura de Madrid, será la encargada de liderar el equipo que investigará el crimen. No obstante, ella también debe luchar contra sus propios demonios.

¿Qué harías si el sistema te lo arrebatara todo? ¿Cómo reaccionarías? ¿Puede el odio crear y alimentar una locura? ¿Qué ocurre cuando un buen ciudadano decide dejar de serlo?

Una novela contada desde de dos puntos de vista contrarios y, sin embargo, complementarios, en la cual el pasado y el presente se alían para tejer una oscura historia.

Nota del autor:

Esta es una novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

«Con toda acción ocurre siempre una reacción igual y contraria: quiere decir que las acciones mutuas de dos cuerpos siempre son iguales y dirigidas en sentido opuesto».

La Tercera ley de Newton.

Prólogo

Martes, 9 de agosto de 2016

Allí la tenía, arrodillada frente a él, en sus ojos se atisbaba el terror de quien sabe que va a morir. El intenso aguacero veraniego lo empapaba todo. Jimmy contemplaba la escena parapetado tras el cañón de su pistola, que sujetaba con las dos manos y los brazos extendidos. Le parecía que no iba con él, como si fuese el espectador de una película de serie B.

—No lo hagas —suplicó la jueza—. Aún estás a tiempo. Necesitas ayuda, eres un enfermo.

—Si estoy loco es por tu culpa, maldita zorra.

—Pero fue Ruth la que te dejó, la que te puso los cuernos.

—Eso es verdad, sin embargo, ¿quién dictó la sentencia? Sabías que era una injusticia y aun así la firmaste. Total, solo soy un hombre. ¿A quién le importa? Lo normal es que ella se quede con todo. ¿No?

—Tal vez tengas razón. Deberías haberla recurrido. Últimamente revocan muchas de mis sentencias.

—No me lo creo, en el juzgado estabais todos contra mí. Era evidente.

—¿Qué más quieres? Has recuperado tu casa —sollozó la magistrada.

Jimmy meditó unos instantes. Observó que las gotas golpeaban el metal del arma para luego resbalar por él formando diminutas goteras. El viento arreciaba con fuerza jugando con la lluvia y las ramas de los árboles. Debería estar nervioso, mas no era así, no le temblaba el pulso.

—¿Y qué hay de mi hijo? Lo he perdido, me mira como a un extraño. En realidad, cree que su padre es el nuevo novio de Ruth, un tal Jaime.

—Aún es muy pequeño. Ten paciencia y terminará por reconocerte como su padre.

—Ya, ¿y quién me va a devolver estos años de su vida? No lo estoy viendo crecer. Me estoy perdiendo lo más hermoso. Mientras tanto, tú seguirás haciendo de las tuyas.

—No, te juro que no. Cambiaré.

—No te creo.

Acarició el gatillo. A esa distancia no podía fallar.

La mujer intuyó que iba a morir.

—¡Eres un delincuente! Lo supe nada más verte en el juicio. Tengo que velar por los intereses del menor. ¿Es que no lo entiendes? Los niños deben estar con sus madres.

—¿Los intereses del menor? No me hagas reír, lo único que te importa es el beneficio de las madres. ¿Acaso es bueno separar a los niños de sus padres? ¿Acaso es justo que solo pueda ver a mi hijo menos de sesenta horas mensuales?

La jueza guardó silencio. Tenía el pelo empapado y por su rostro corrían diminutos torrentes de agua. Su gesto cambió del miedo a la ira.

—¿Acaso, acaso, acaso...! ¿Acaso no eres un delincuente?

—¡Yo nunca he hecho daño a nadie!

—¿Estás seguro? ¿Te crees que no sé lo que pasó en Tenerife?

—¡Yo no hice..., fue Paco...! ¡Aquel cabrón lo merecía!

El sonido de la tormenta ahogaba sus gritos.

—¡Tú le ayudaste! ¡Fuiste su cómplice!

—¡Cállate, zorra!

Disparó.

Una, dos y hasta tres veces.

Sin embargo, las balas atravesaron el cuerpo de la magistrada e impactaron contra el tronco seco que estaba tras ella.

—¡Eres un mierda! —La jueza comenzó a reírse a carcajadas.

Jimmy se acercó y ella se fundió con los restos del árbol caído.

Otra alucinación.

Se llevó las manos a la cabeza. Notó el cañón del arma caliente sobre sus cabellos. Parecía que su mente volvía a recomponerse. Hacía como dos horas y media que había abandonado Seo de Urgel. Al ver la tormenta, decidió detener el vehículo en un área de descanso vacía, convencido de que el ruido de la tempestad ocultaría el sonido de los disparos. De esta forma podría probar la pistola y asegurarse de que funcionaba perfectamente.

Introdujo el dedo en los tres agujeros. Era evidente que funcionaba. Miró alrededor.

Nadie.

El día se oscurecía conforme aumentaba la borrasca. Guardó la Star y buscó el camino de vuelta al coche. Calculó que había recorrido unos

quinientos metros. Las costuras de su chubasquero empezaron a ceder y notó el frío del agua sobre sus hombros. Decidió volver. El viento ululaba entre la arboleda retorciendo a su antojo las ramas y arrancándoles las hojas sin piedad.

Cien metros después se detuvo al sentir que alguien merodeaba a sus espaldas.

Se giró y escudriñó el follaje.

Nadie.

Sintió miedo. No estaba solo y percibía una presencia extraña, no del todo humana. Le pareció que una sombra lo espiaba detrás de un roble. Aferró el arma y corrió saltando entre las traicioneras zarzas. Cayó al suelo clavándose varias espinas en las rodillas y las manos. Al incorporarse observó por la visión periférica que la sombra se acercaba. El terror disparó la adrenalina y comenzó una alocada carrera sin mirar atrás. El vehículo estaba estacionado junto al quitamiedos de la carretera. Lo saltó y buscó las llaves. El mando no funcionaba.

—Mierda —masculló—, se habrá mojado.

Apretó el botón y extrajo la llave. Por culpa del temblor, le costó demasiado introducirla en la cerradura. Por entre el vaho de los cristales podía ver que la sombra se aproximaba. Un olor a quemado asaltó sus fosas nasales. Consiguió abrir la puerta. Entró, cerró y echó el seguro. Arrancó el motor, metió primera y aceleró. Los doscientos caballos del BMW empujaron las cuatro ruedas tractoras con demasiada fuerza y el control de tracción tuvo que intervenir para mantener el vehículo en la trayectoria. Al alejarse miró el retrovisor interior. La sombra había tomado forma humana. Era un hombre de unos treinta años, totalmente empapado y con la camisa parcialmente quemada mostrando la línea de sus pectorales. Su cuerpo se incendió y emitió un grito animal.

—¡No puede ser! —exclamó Jimmy sollozando.

Lo había reconocido, a pesar de los años transcurridos seguía igual, como si el tiempo no hubiera pasado para él.

—Joder, la Antorcha Humana —murmuró entre lágrimas—. Tengo que terminar la misión antes de que acabe majareta del todo.

Capítulo I (Calderón)

Jueves, 6 de octubre de 2016

Silvia escucha vibrar el móvil sobre la mesilla, lo ignora y se revuelve entre las sábanas. Siente la boca pastosa, le duele la cabeza y sabe que tiene un aliento horrible. A los pocos segundos la llamada se repite. No quiere descolgar, pero le puede la curiosidad y lo mira: «Novato» parpadea en la pantalla.

—Dime, ¿qué quieres? Supongo que recuerdas que tenía el día libre — contesta resignada.

—Calderón —su compañero está notablemente alterado—, ¿no te has enterado? Sale en todos los noticiarios.

—Estoy en la cama, Ruiz, ¿qué ha pasado? ¿La tercera guerra mundial? — ironiza la inspectora.

—¡Han matado a dos personas! Una jueza y un fiscal.

—Para, para... ¿Dónde ha sido?

—Aquí, en la cafetería Rojas, la que está frente a los juzgados. Parece que un tipo los ha tiroteado. —La voz le tiembla, solo lleva tres meses de inspector y es su primer asesinato.

—No jodas. —Dos taladros comienzan a perforar sus sienes.

—El comisario quiere que vengas, dice que eres la mejor investigadora de la ciudad.

—Vale, ahora voy. Por cierto, ¿qué hora es?

—Las once y veinte, supongo que ya es hora de levantarse.

Silvia se despide y corta la comunicación. Al incorporarse, descubre que está mareada; su cuerpo aún no ha conseguido metabolizar todo el alcohol bebido anoche. El sabor a nicotina de su boca y el olor de su rizada melena negra le recuerdan que ha fumado; un hecho que se repite cada vez con más frecuencia y, además, de forma compulsiva. Sus aturdidas neuronas forman un recuerdo embarazoso y revisa su *smartphone*, que aún lleva en la mano.

—Mierda, lo he vuelto a hacer —musita.

Repasa los mensajes que le ha enviado a Carlos, su ex.

Cuenta hasta ocho.

Los relee avergonzada: hay súplicas, reproches, disculpas, súplicas de nuevo, nuevos reproches... Por fortuna, el último no le ha llegado ya que la ha bloqueado. Piensa en llamarlo para pedirle perdón y explicarle que estaba borracha cuando lo hizo. No es la primera vez, ni la segunda... Tal vez lo llame más tarde, ahora no es el mejor momento, o puede que no lo haga. En realidad, sabe que debe borrar su número, pero no se decide. Le está costando superar la ruptura, bueno, más bien que la dejara por otra más joven; aun así, su comportamiento no es admisible, si él la denuncia podrían condenarla por acoso.

Necesita una buena ducha. Frente al espejo, deja caer la ropa interior, se palpa los pechos, las caderas y los glúteos. Eso le sube un poco la moral, a pesar de sus treinta y nueve años, todavía está en forma y conserva una buena carrocería. Su rostro es hermoso, de tez morena y ojos color miel, aunque hoy está demacrada por el alcohol y la falta de sueño.

—Bueno, nada que no se arregle con un poco de maquillaje —le dice a su reflejo con un guiño antes de entrar en la bañera.

El agua helada parece que le va a parar el corazón, pero no le importa. ¿Acaso hay algo mejor que una ducha fría para despejarse?

Se viste con unos vaqueros, camiseta y jersey con cuello de cisne. El otoño en el Cantábrico es duro y hay que proteger la garganta del viento norte. Comprueba que en la cafetera italiana queda café del día anterior, se lo sirve, lo calienta y lo engulle de un trago acompañado de un paracetamol y un par de galletas revenidas, no tiene más en la alacena. En la radio local están transmitiendo en directo la última hora sobre el asesinato del juzgado. Hablan de disparos, humo... incluso la periodista se atreve a especular con la posibilidad de que haya rehenes dentro de la cafetería. Para salir del apartamento debe atravesar el salón, al hacerlo observa la botella de Ballantines, que la ha acompañado la noche anterior. Está totalmente vacía. Junto a un paquete de Camel -siempre ha sentido debilidad por ese tabaco-. Lo agarra y lo estruja sin comprobar cuántos cigarros han caído, regresa a la cocina y lo arroja con rabia a la basura.

El cielo está cubierto de un manto plomizo, cae esa lluvia fina y persistente propia de estas tierras.

No le importa.

Lo más rápido es ir en su Suzuki Gladius. Su cazadora Spyke de cuero

negro está sobre el respaldo de una silla, se hace con ella y, antes de girar la llave, mira el portarretratos que tiene sobre el recibidor: aparece vestida con el uniforme de gala recibiendo de manos del rey Juan Carlos la medalla al mérito policial. Sonríe y se marcha dando un portazo.

Poco antes de las doce, sube por la rampa del garaje y se incorpora a la corriente circulatoria. Dos minutos de tregua son suficientes para que los seiscientos centímetros cúbicos del motor alcancen la temperatura adecuada. Después exprime los dos cilindros y serpentea entre los vehículos con la visera del casco levantada dejando que las gotas de lluvia golpeen su rostro. Todavía no son las doce y diez cuando llega a los juzgados. Es una ciudad pequeña junto al Mar Cantábrico y las distancias no son grandes. La calle está cortada y un policía local se encarga de que nadie la atraviese. La inspectora, ante la atónita mirada del agente municipal, se salta el semáforo en rojo y se dirige hacia él.

Detiene la moto en frente.

Con la mano izquierda, levanta la parte baja de su cazadora para mostrar la placa que lleva enganchada al cinturón. El agente asiente y le da paso. Aparca entre dos coches patrulla y ve la espalda del comisario Gómez rodeado por un sinfín de periodistas.

Al entrar en la cafetería se detiene y trata de grabar la escena en su memoria. Un hombre y una mujer yacen en el suelo junto a la barra, rodeados por un charco de sangre. Una cinta los protege del ordenado caos que baila a su alrededor. Dos tipos de criminalística, enfundados en sus monos blancos, sacan fotos y toman muestras. Los dos cadáveres mantienen posturas imposibles, con la máscara que la muerte acostumbra a dibujar en los rostros de sus víctimas. Silvia cuenta seis agentes danzando nerviosos por el local.

«Demasiados», piensa.

—Por fin has llegado —le dice Ruiz sin más preámbulo. Es un joven vigués de veintisiete años recién salido de la academia de inspectores. Metro ochenta, moreno, guapo y ojos verdes.

Ella le manda callar con un gesto y continúa observando.

No quiere que la desconcentre y su compañero tiene facilidad para irritarla. Él, en cambio, siente una gran admiración por ella, así que mantiene un prudente silencio y la mira como un aprendiz a un maestro antes de revelar el mayor de los secretos. Silvia sonríe para sus adentros y teatraliza un poco sus movimientos. Se acerca a la mesa donde los hombres del mono blanco han

dejado unas pruebas etiquetadas y guardadas en bolsitas de plástico transparentes. Descubre el envoltorio metálico de un bote de humo y tres casquillos de nueve milímetros . Al verlos, los demonios de su interior se revuelven y tratan de salir. La inspectora reacciona con rapidez enviándolos al fondo de su conciencia, un pozo demasiado negro.

El instante de lucha ha hecho que perdiera el aura de misterio con el que se había imbuido; Ruiz aprovecha para romper la distancia y la mira conteniendo a duras penas sus palabras.

—Cuéntame lo que ha pasado —ordena finalmente tras hacerle sufrir tres o cuatro segundos.

El resto de los compañeros la observa; ella es la estrella de la comisaría, la que llegó de una de las unidades con más prestigio de Madrid hace casi dos años, la que resolvió el caso del «Asesino de las tres».

—Un hombre rubio ha entrado hoy a eso de las diez de la mañana y ha disparado sobre las víctimas —Ruiz habla atropelladamente y tartamudea un poco—. Después ha soltado un bote de humo y ha huido por la puerta trasera.

—¿Algún tipo de contacto entre ellos? ¿Alguna discusión? —pregunta la inspectora con seguridad, procurando transmitir confianza.

—No, según los testigos se ha dirigido a ellos y les ha disparado sin mediar palabra.

—¿Funcionan las cámaras? —Señala una atornillada a la pared.

—Sí, le hemos ordenado al dueño que detenga la grabación. El ordenador se encuentra en el almacén, en un diminuto despacho.

—¿Se ve al asesino?

—Aún no la hemos mirado, no hemos tenido tiempo —se disculpa.

Calderón lo fulmina con la mirada, mas no dice nada.

—La de los dos impactos es la jueza, supongo —especula Calderón poniéndose en cuclillas y mirando a la mujer que aparenta unos cincuenta y cinco.

—Sí, Celia Díaz, es la titular del Juzgado de Familia —informa Ruiz.

—¿Del Juzgado de Familia? —No oculta su sorpresa—. ¿Y el fiscal?

—Ricardo Torres, fiscal de menores.

La inspectora Calderón se incorpora en silencio, le devuelve la hoja al novato y camina hacia la otra entrada del establecimiento, que se encuentra al final de un pasillo en el que también están los baños. El dolor de cabeza, que había remitido durante el paseo en moto, vuelve a medrar con fuerza; sus

pulmones se quejan por el exceso de nicotina de las últimas horas; un sudor frío recorre su piel aumentando el malestar. Sin embargo, nada de eso la detiene, ha entrado en modo sabueso y su concentración es absoluta. Empuja la puerta. Es pesada, de cristal blindado y el marco de acero cromado. Sale a una calle paralela a la de la entrada principal. Es la zona noble de la ciudad, así que solo encuentra un centro de estética a unos treinta metros a la derecha frente a ella. En una urbe como esta, con una tasa de criminalidad tan baja, no espera encontrar alguna cámara de seguridad que pueda haber grabado al asesino en su huida. Duda y decide caminar unos metros hacia la derecha, Ruiz la sigue en silencio. A unos veinte metros descubre algo en el suelo. Es un sobre blanco y sin membrete. Lo agarra con los guantes. Está cerrado con el adhesivo. Ayudada por su navaja multiusos lo abre cortando uno de los bordes.

—¿Crees que puede ser del asesino? —pregunta Ruiz.

Silvia no contesta, le molesta que la interrumpen cuando está en ese estado. Extrae la única hoja y la despliega. Solo hay una palabra escrita en todo el folio blanco:

«FORSETI»

—¿Qué coño significa esto?

Ruiz teclea en su teléfono y dice:

—Aquí está, en la Wikipedia. Es el dios de la justicia, la paz y la verdad en la mitología nórdica. El más sabio y elocuente de los dioses de *Asgard*. ¿Será del asesino? —insiste Ruiz.

—No lo sé, pero no creo en las casualidades. Se lo llevaremos a los de criminalística, a ver si encuentran algo.

La inspectora Calderón presiente algo extraño. Los que suelen dejar mensajes son los psicópatas. Sin embargo, lo hacen en el mismo escenario del crimen y no tirado en la calle donde es posible que la Policía no lo encuentre. El *modus operandi* tampoco concuerda con el de un psicópata: a plena luz del día, en un sitio público y sin mediar palabra. Aunque nunca se sabe, en este oficio no puedes dar nada por sentado.

—¿Y los testigos? —Silvia no mira a su compañero, sus ojos escrutan los edificios.

—Siete clientes y el camarero, este último lo ha visto todo de cerca,

incluso le ha salpicado la sangre. Los de emergencias han tenido que darle un tranquilizante.

—¿Dónde se encuentran?

—Los hemos llevado al bar de al lado. Soto, Hernández y García les están tomando declaración.

—Vamos entonces, quiero hablar con el camarero —afirma Calderón tomando las riendas.

El local, regentado por una pareja de chinos, es un salón de juego que hace las veces de cafetería. Miran a los agentes desde detrás de la barra con abierta hostilidad. Están contrariados porque les han obligado a cerrar al público. La inspectora los saluda al entrar y se dirige hacia ellos.

—¿Funcionan las cámaras? —pregunta señalando a un semicírculo de cristal ahumado que sobresale del techo.

—Sí, sí, señora —contesta la mujer con un aceptable castellano.

—¿Cuánto tiempo guardan las grabaciones?

La asiática se dirige a su marido en chino y tras un ininteligible diálogo en tono elevado dice:

—El disco duro se llena en ocho días, después vuelve a empezar.

—¿Le importa que nos llevemos una copia?

Ella lo vuelve a consultar.

—No, señora, le daremos una copia o las que necesite, pero necesitamos volver a trabajar.

Silvia, a la que su cabeza no deja de martillearla por la resaca, siente un acceso de ira. A menos de veinte metros acaban de asesinar a dos personas y estos dos solo piensan en el dinero, sin embargo, se contiene sabedora de que será más fácil si colaboran por las buenas.

—Muchas gracias, siento las molestias que les estamos causando, nos iremos lo antes posible.

Los tres agentes y los testigos se han percatado de la escena y miran expectantes.

—Hernández, encárgate de que venga alguien capaz de grabar ese disco —ordena segura de sí misma.

—Entendido. —El aludido se separa del grupo y saca un teléfono.

—¿Cómo se llama el camarero? —susurra.

—Edwin, Edwin Santana, es colombiano —contesta por lo bajini el joven consultando su libreta.

Se acerca al tipo con pantalón negro y camisa blanca salpicada de gotas carmesí.

—¿Sr. Santana?

—El mismo, señora —contesta con su característico acento.

—Soy la inspectora Calderón —se presenta y le ofrece la mano—. Acompañeme, por favor. —Se lo lleva a un rincón entre dos máquinas tragaperras. Ruiz los sigue, no quiere perderse ni un segundo de la actuación de su compañera.

El dueño de la cafetería Rojas se acerca a ellos y se presenta:

—Buenos días, soy Miguel Uría, el propietario y este es mi empleado.

—Muy bien, señor Uría, espérenos allí, enseguida necesitaremos su ayuda —le corta ella tajante.

Él se retira a su antigua ubicación, junto a los otros testigos. La inspectora mira de nuevo a Edwin y dice:

—Quiero hacerle un par de preguntas, nada más.

—Ya les he contado a los otros policías lo ocurrido —está un poco aturdido por el efecto del calmante.

—Sí, lo sé y agradecemos mucho su colaboración, pero a veces, con los nervios, se nos olvidan detalles y es mejor repasar los hechos. —Sonríe y aumenta su madura belleza—. ¿Conocía a las víctimas? —dispara sin contemplaciones—. Quiero decir... ¿eran clientes habituales?

—Sí señora, sobre todo Celia, la jueza. Acudía todas las mañanas sobre las diez a tomar un desayuno medio. Una mujer muy educada que siempre me dejaba propina —informa compungido.

—Lo siento... —posa su mano izquierda en el hombro del barman—, nos está ayudando mucho, y daremos con el desalmado que ha hecho esto, pero necesitamos conocer todos los detalles.

—Eso espero inspectora, ese tío los ha matado sin compasión.

—¿Y el fiscal? ¿También era cliente habitual?

—Sí, pero menos, quiero decir que no se presentaba todos los días.

—¿Y cuándo venía? ¿Desayunaban juntos?

—Sí, aunque él solo tomaba un cortado, no más.

A Silvia no se le escapa que desconoce su nombre.

—¿Pudo ver bien al asesino? ¿Le sonaba de algo?

—No, señora, llevaba unas gafas de sol enormes y un pelo muy raro...

—¿Una peluca?

—Es posible, aunque no estoy seguro.

—Muy bien... —se le ha olvidado el nombre.

—Edwin —la socorre Ruiz.

—Eso, Edwin, gracias por su colaboración. De todas formas, si recuerda algo más, cualquier detalle, llámeme, por favor.

Le entrega una tarjeta.

Observa entrar al comisario Gómez y lo saluda con un gesto. Este la espera junto a la puerta. Es un cincuentón que no llega al metro setenta, pierde la batalla contra la calvicie y su barriga trata de reventar los botones de una camisa celeste que resiste el envite. Suda y está alterado por la reciente comparecencia ante la prensa. Es un hombre mediocre que ha logrado ascender gracias a sus contactos y a ser un «lameculos» profesional. Es evidente que el cargo le viene grande, no obstante, Silvia le reconoce una gran virtud: no interfiere y deja que sus subordinados hagan el trabajo que les corresponde y el suyo propio. Camina hacia él, aunque se detiene a medio camino, frente a la dueña. Coloca una moneda de dos euros y le pide un café con leche. Lo necesita, no lo hace por fastidiar a su jefe, pero tampoco puede evitar sonreír cuando, de reojo, observa cómo aumenta su nerviosismo. Sin embargo, gracias a la legendaria eficacia china la bebida está lista en menos de treinta segundos.

—Buenos días, comisario —saluda reconfortada por el calor de la taza humeante en sus manos.

—¿Cómo lo ves Calderón? —Pregunta sin más preámbulo.

—Aún no tengo una hipótesis definida, todavía no he visto la grabación.

—Bueno, pues vamos a ello, Ruiz lo tiene controlado.

El aludido, que se mantenía en segundo plano, asiente con la cabeza y añade exhibiendo su agenda:

—Sí, el dueño me ha facilitado las claves.

—De todas formas, he llamado a Madrid y esta misma tarde llegará una unidad antiterrorista. Así que pronto dejará de ser nuestro problema.

Silvia escucha al comisario y siente como si la abofetearan, desea ser ella quien desentrañe el misterio, aunque no dice nada y guarda un prudente silencio.

Instantes después se encuentran en la pequeña oficina que la cafetería Rojas tiene dentro su almacén. Reina el desorden, está mal iluminada y el olor

a humedad lo impregna todo. Ruiz manipula la computadora sentado frente a ella, el comisario y la inspectora lo flanquean sin perder de vista la pantalla. La calidad de la imagen es mala, pero suficiente para poder visualizar los hechos: Un hombre de metro ochenta, con un frondoso pelo rubio, barba oscura, unas enormes gafas de sol, zapatillas y vestido con una larga gabardina color camel, entra en el local se dirige hacia la jueza —que en ese momento charla con el fiscal—, se detiene a menos de dos metros, saca una pistola y dispara dos veces a la magistrada. Después, se gira con la aparente intención de irse, pero se arrepiente y efectúa otro disparo sobre el fiscal, que se mantiene inmóvil presa del *shock*. Es entonces cuando el resto de los clientes reaccionan y huyen despavoridos. El asesino extrae un bote de humo y lo arroja al suelo. En ese momento una niebla blanca lo cubre todo e impide seguir viendo.

Lo repasan varias veces a diferentes velocidades.

—Estoy convencida de su objetivo era la jueza, no hay más que ver cómo se comporta —sentencia Silvia—. Después de dispararle, hace el amago de irse y en el último momento decide cargarse también al fiscal.

Ruiz y el comisario asienten, es evidente que la inspectora tiene razón.

—Está claro que no es un profesional. Es una venganza personal, no entiendo el porqué de la segunda víctima. Es como si hubiese decidido acabar con ella en último momento, parece que también la conocía.

—¿Y un terrorista? —sugiere Gómez sin demasiado convencimiento.

—No, comisario —contesta ella tajante—. La ETA ya no está activa y, de todas formas, tampoco tiene ningún sentido atentar contra una jueza de familia. Y si hubiese sido un yihadista, estaríamos hablando de una masacre.

—Es posible que tenga razón, ya veremos qué opinan los de antiterrorista —dice el comisario resignado. Todo indica que tendrán que ser ellos quienes resuelvan el caso.

—No se preocupe, jefe, podemos con esto, pillaremos a este cabrón —afirma ella con rotundidad—. Pero ahora tengo que irme.

Los dos la miran atónitos y antes de que el comisario pueda replicar añade:

—Hoy es mi día libre... ¿Recuerda? Tengo una cita. —Sonríe y se despide si dar opción a réplica.

Abandona el escenario del crimen y se dirige a su Suzuki. El casco aún continúa sobre el asiento, lo agarra, pero, antes de ponérselo, escucha el tono de llamada de su teléfono: es su madre. Lo deja sonar hasta que se corta la

llamada. Últimamente la llama casi todos los días y ella nunca contesta. Sabe que en algún momento tendrá que perdonarla, pero no tiene prisa.

Observa fastidiada que es más de la una, su padre ya estará comiendo, en la residencia son muy estrictos con los horarios. Arranca la moto y acelera, es posible que aún pueda llegar a darle el postre.

Capítulo II (Jimmy)

Martes, 6 de enero de 2015

Jimmy aparcó su BMW X3 del 2007 en el garaje. El reloj marcaba un poco más de las diez. Estaba ansioso por contemplar la cara de Pablo al ver el regalo: una moto para montarse e impulsarse con los pies. Ruth no lo esperaba, pero seguro que en el fondo se iba a llevar una alegría, aunque solo fuese por el enorme ramo de rosas que le traía. Montado en el ascensor sabía que estaba incumpliendo lo pactado con su mujer. Habían pasado diez días desde que ella le confesara que no estaba segura de sus sentimientos y que necesitaba estar un tiempo a solas; que lo mejor sería que él se fuese de casa y que tanto ella como el niño se quedarían.

Esa noche habían llorado los dos abrazados. Jimmy aún la amaba profundamente, así que, aun siendo el piso de su propiedad, decidió marcharse convencido de que en pocos días Ruth lo llamaría para que volviese. Pero las cosas no estaban saliendo como esperaba. Las conversaciones telefónicas eran cada vez más cortas y solo había podido visitar a Pablo en un par de ocasiones. Esto último era lo que más le preocupaba. El niño no llegaba a los dos años y Jimmy comenzaba a temer que pudiera olvidarse de su padre.

Apretó el timbre de la puerta y esperó.

—¿Qué quieres? —escuchó la voz de Ruth tras la puerta.

—Qué voy a querer, ver a mi hijo y a mi preciosa mujer. Es el día de Reyes —contestó con tono dulce.

—Será mejor que te vayas, esto no es lo que habíamos acordado.

—En realidad, no acordamos nada, todo lo dijiste tú —replicó Jimmy suplicante.

—Mira Jimmy, no deseo verte, por favor vete.

—Pero cómo me dices eso, es mi hijo y traigo un regalo para él. Además, es mi casa y pienso entrar.

Sacó su llave y trató de introducirla en la cerradura, pero esta no entraba del todo, únicamente hasta la mitad.

—¿Has cambiado la cerradura?

Silencio.

—¿Con qué derecho? La casa es mía —espetó sin poder disimular su frustración.

—Mira Jimmy estás muy nervioso y me estás asustando, voy a llamar a la Policía.

—¿A la Policía?! ¡Maldita sea, es mi casa! ¡Mi hijo! Por favor, Ruth, hablemos.

Tras arrojar el ramo de rosas al suelo, aporreó la puerta un par de veces presa de la rabia y la impotencia. Decidió esperar y tratar de razonar con ella. De todas formas, él era el propietario de la vivienda y no había cometido ningún delito, así que cuando llegasen los agentes no le quedaría más remedio que abrirle.

Qué equivocado estaba.

En menos de diez minutos llegaron cuatro agentes. Dos de ellos lo arrinconaron contra una esquina y le dijeron que se mantuviera tranquilo. Ruth abrió la puerta llorando y comenzó a acusarle de haberla amenazado e insultado. Jimmy trató de replicar, de contarles que era todo mentira, pero no le dejaron. Descubrió el comportamiento de la ley española para con los hombres, que la palabra de él no valía nada frente a la de ella, que además era considerada como prueba. Todo ocurrió como en un sueño, su mente no terminaba de asimilar que lo estaban esposando y creía que en cualquier momento despertaría de la pesadilla. Se armó el suficiente jaleo para que varios vecinos salieran al portal. «Se lo llevan detenido por maltratador», rumoreaban. Nadie le escuchaba, no importaba que esa fuese su casa, ni que allí estuviese su hijo, ni que sus pertenencias estuviesen dentro. Tampoco entendía el porqué del comportamiento de Ruth, vale que no estaban pasando por el mejor momento de su relación, pero... ¿hacerle esto? Lo introdujeron a empellones en el coche patrulla y se lo llevaron.

Una vez en comisaría lo trataron como a un delincuente, ni tan siquiera tuvo el beneficio de la duda, una mujer lo había acusado y con eso bastaba. No importaba que no hubiese ninguna prueba, que ella no tuviese señal alguna de violencia. Lo despojaron de sus pertenencias antes de encerrarlo en un frío y lúgubre calabozo. Un catre con un triste colchón de gomaespuma plagado de manchas de distintas tonalidades y tamaños; una áspera manta de color gris con aspecto de no haberse lavado nunca; un lavabo y una letrina aún más sucia; junto con un persistente olor a orín y a desesperación. Le comunicaron

que al ser festivo tenía que esperar al día siguiente antes de declarar ante el juez.

Se acurrucó en un rincón y lloró como no recordaba haberlo hecho desde niño. No sabía si su hijo había visto la detención, tampoco le habían dejado avisar a sus padres que le esperaban para la comida del día de Reyes.

Su mente comenzó a volar incrédula por su situación. Se negaba a admitir que lo hubieran detenido sin más, tal vez fuese una treta de la Policía porque habían descubierto algo que hizo hace muchos años. Algo horrible que, a pesar de los más de veinte años transcurridos, aún le provocaba espantosas pesadillas. Pero no podía ser, aquello fue hace mucho. En otro mundo o en otra dimensión. Y él era otra persona.

Horas después le permitieron hacer una llamada. Marcó el número de casa de sus padres —era el único que se sabía de memoria— y les contó lo ocurrido. Su madre comenzó a llorar y su padre hacía preguntas que Jimmy no era capaz de contestar. Al día siguiente se enteró de que, tras la conversación, los dos habían ido a la comisaría, pero no les permitieron verlo. De nuevo en su celda, acurrucado en un rincón presa de la desesperación, comenzó a germinar en él la semilla del odio. Descubrió que es un sentimiento poderoso, incluso reconfortante cuando no tienes nada más a lo que aferrarte y se abrazó a él dejando que lo poseyera.

—¡Cómo que me declare culpable! —exclamó Jimmy incrédulo mirando al abogado. Un niñato al que apenas le salía la barba, tan delgado que el traje le quedaba enorme—. Yo no he hecho nada, es mentira, solo fui a mi casa a ver a mi hijo el día de Reyes. ¡Por Dios!

—He hablado con la fiscal y es un buen trato —replicó el abogado sin demasiada convicción—: Una orden de alejamiento de tres meses y una multa de doscientos cincuenta euros. Si inicias un proceso judicial te va a salir mucho más caro.

—Pero entonces tendré antecedentes y todo el mundo me tomará por un maltratador. ¿Y qué pasa con mi hijo? ¿Y mi casa?

—Mira: como abogado, es mi recomendación. Ten en cuenta que en estos casos es el hombre quien tiene demostrar su inocencia. De tu casa ya te puedes

ir despidiendo, es la vivienda familiar y la orden de alejamiento te la van a poner seguro, aunque sea como medida de precaución. Eso significa que no podrás acercarte a ella. Y en cuanto a tu hijo, tendrás que solicitar medidas cautelares y lo más probable es que tengas que ir a verlo a un punto de encuentro.

Jimmy, revolviéndose en la incómoda silla de plástico del juzgado, se llevó las manos a la cabeza con los codos apoyados en la mesa. Cerró los ojos tratando de asimilar lo que estaba escuchando. Necesitaba pensar, sin embargo, apenas había dormido y, además del persistente martilleo en las sienes, tenía todo el cuerpo dolorido por culpa del incómodo colchón. Por un momento estuvo a punto de claudicar y ceder a la presión.

La semilla de odio que se había instalado en su interior acudió en su ayuda. De la noche a la mañana le habían arrebatado su hijo y su piso que, por cierto, llevaba dieciséis años sufragando con el esfuerzo de su trabajo. Nunca le había cobrado nada a Ruth por residir en su domicilio y... ¿así se lo pagaba ella? Ahora comenzaban a encajar las piezas, por eso su mujer llevaba meses tan rara; siempre pendiente del teléfono; buscando disculpas para salir de casa; la infinidad de cenas que le habían surgido...

¡No! No se rendiría, buscaría un buen abogado, no como ese que le habían traído y que solo buscaba cerrar el trato sin complicarse. Él era inocente y lucharía por su honor hasta el final, costara lo que costara.

Dos horas más tarde, Jimmy se encontraba en el lavabo del Palacio de Justicia. Le habían permitido entrar para que se aseara un poco antes de la vista. Uno de los policías que lo custodiaban había entrado con él, pero se mantenía en la puerta a una prudente distancia. Se sentía sucio, incómodo y le acompañaba el asqueroso aroma de la manta con la que se había visto obligado a cubrirse para pasar la noche. Él era un tipo alto, atractivo, sin rastro de calvicie, que, a pesar de sus 42 años, aún conservaba una espléndida figura gracias al deporte. El reflejo que le devolvió el espejo no le gustó en absoluto: demacrado y ojeroso. Aun así, dijo:

—Ánimo Jimmy, de peores has salido. Eres inocente y te acompaña la verdad. —Escuchar su voz lo reconfortó, intuía que iba a ser una larga batalla, pero estaba dispuesto a afrontarla.

Al encarar la salida se topó con la mirada del agente, un cincuentón que le sonrió y le dijo sin hablar que no se hiciera ilusiones.

Acompañado por su «escolta» esperó su turno en un lúgubre pasillo. Escuchó que hablaban al otro lado de una puerta que pretendía ser de madera. Le pareció oír la voz de Ruth. Su letrado le había explicado que no se iban a ver, que era una medida para proteger a la víctima. ¿Víctima? La víctima era él. Un inocente encerrado y mancillado. Tampoco había podido ir a trabajar, al día siguiente tendría que dar explicaciones en el departamento de recursos humanos y todos sus compañeros iban a pensar que era un maltratador.

Unos quince minutos después, su abogado lo llamó. Jimmy nunca había estado en un juicio, así que se imaginaba algo parecido a las películas, con estrado y todo. Nada más lejos de la realidad, era una diminuta sala oscura de paredes grises, sin ventanas e iluminada por un par de fluorescentes en las últimas horas de su vida. Sentados en una mesa redonda de aglomerado color caoba estaban: la jueza y la fiscal, flanqueados por los dos abogados. La letrada de Ruth era una rubia con el pelo regido en una coleta y cara de *Terminator*. Todo su lenguaje corporal indicaba seguridad y decisión. Nada que ver con el niño con cara de susto que iba a defenderlo a él. Jimmy dedujo que la idea de la denuncia había salido de ella, no parecía ser una abogada de oficio. En ese momento descubrió lo estúpido e ingenuo que había sido. Su mujer se la había jugado y él no quiso, o no fue capaz de ver las señales.

—Se le acusa de un delito de violencia de género —dijo la jueza tras pronunciar su nombre completo—. ¿Cómo se declara?

—Absoluta y completamente inocente —contestó con un aplomo que incluso a él mismo le sorprendió—. Me han detenido y encerrado sin ninguna prueba, basándose en una mentira de mi mujer...

—Limítese a contestar a lo que se le pregunta —le interrumpió la jueza sin disimular su fastidio.

Jimmy miró a su abogado buscando ayuda, pero este, visiblemente nervioso, se limitó a hacerle un gesto con la mano para que mantuviera silencio. La fiscal citó unas cuantas leyes y finalmente solicitó una orden de alejamiento preventiva. La abogada de Ruth fue un poco más allá y solicitó la condena inmediata del acusado.

—El acusado niega los hechos, así que tendrá que celebrarse un juicio ordinario —comenzó a decir la jueza tras estudiar un rato la documentación—.

Desde este momento, queda en libertad sin fianza. De todas formas, decreto una orden de alejamiento de seis meses de duración. Por la cual el acusado no podrá acercarse a menos de doscientos metros de su víctima, ni de su domicilio.

—Pero... ¿Qué significa eso? ¿Y mi hijo? ¿Mi casa? —preguntó Jimmy.

—Mantenga silencio o le acusaré de desacato —ordenó Su Señoría con firmeza—. Su letrado le dará las explicaciones oportunas. Ya pueden irse —añadió mirando a su abogado.

Abandonaron el edificio y en la puerta su representante legal le dijo:

—Bueno, ya estás libre —sonrió—, aquí tienes la orden de alejamiento, ni se te ocurra acercarte a ella ni a tu casa, tampoco puedes ponerte en contacto con tu mujer de ninguna manera: ni por teléfono, ni por correo, ni WhatsApp» ... ni nada.

—Pero... ¿mi hijo?

—Tendremos que solicitar medidas cautelares para que puedas verlo, si decides que yo siga representándote claro —nueva sonrisa forzada.

«Ni de casualidad», pensó Jimmy.

—¿Y el coche? Aún sigue en mi garaje.

—Normalmente dan al acusado quince minutos para que, acompañados por la Policía, puedan recoger sus enseres. Pero en tu caso Su Señoría no lo ha estimado necesario, ya que, según tu esposa, abandonaste la vivienda familiar hace dos semanas. Lo mejor es que le digas a un amigo que lo recoja.

Jimmy no replicó, ya daba igual, nadie le escuchaba. Ruth lo había engañado y estaba dispuesta a arrebatárselo todo. Además, tenía la ley de su parte. ¿Dónde está la igualdad en estos casos? Se sentía furioso y el odio crecía en su interior convencido de que ella tenía un amante.

—¿Y qué pasa con la hipoteca? Todavía la estoy pagando —preguntó aun sabiendo la respuesta.

—La vivienda es de tu propiedad, eso nadie lo niega, así que tendrás que seguir pagándola. Solo que el uso y disfrute se lo van a dar a ella y a tu hijo.

—¿Y el catastro y todo eso también?

—Sí, claro. Imagina que la tienes alquilada —contestó el abogado—. Ya sé que es una putada, pero así es la ley.

—Vaya puta mierda de ley —murmuró despidiéndose del niño y alejándose sin saber muy bien adónde ir.

Capítulo III (Calderón)

Lunes, 10 de octubre de 2016

Silvia espera junto a la pizarra vitrificada a que se sienten sus compañeros. La acompaña el comisario Gómez, su rostro denota que lleva varias noches sin dormir. Son las diez de la mañana y la jornada ya es bochornosa, uno de esos extraños días del otoño cantábrico en los cuales el verano se atrinchera y se niega a marcharse. Se encuentran en la sala de reuniones de la única comisaría de la Policía Nacional que existe en la ciudad. Es una estancia anodina de menos de veinte metros cuadrados, color blanco y necesitada de una mano de pintura. Posee una mesa de oficina y varias sillas con pala extensible para escritura. Ruiz se sienta en primera fila, junto a él se acomodan los inspectores Sánchez y Cisneros —dos veteranos que no soportan que Calderón sea la inspectora jefe—; detrás los agentes Soto, Hernández, García y Millán. Todos ellos han sido seleccionados por Silvia, incluso los dos veteranos, sabedora de que necesitará de su experiencia y conocimiento de los bajos fondos de la ciudad.

—Gracias por venir —comienza diciendo el comisario—, como todos habréis supuesto, este equipo, dirigido por la inspectora jefe Calderón —la señala mostrando una enorme mancha de sudor en el sobaco—, será el que se encargue de la investigación del asesinato en el juzgado. No me cabe ninguna duda de que aclararemos este asunto con celeridad. Mientras tanto, espero que a ninguno de ustedes se les ocurra hablar con la prensa.

Silvia sonríe para sus adentros porque sabe que lo que va a decir a continuación son palabras de ella.

—El asunto ha saltado a la actualidad pública de todo el país, y les aseguro que los periodistas intentarán comunicarse con ustedes para obtener algún tipo de información. No se engañen, es su oficio y pueden ser muy persuasivos, aunque confío en su profesionalidad.

»Bien, inspectora, es su turno... —añade haciéndose a un lado.

—Buenos días a todos —saluda Calderón—. En la pizarra he escrito un pequeño esquema del caso. Tenemos dos víctimas: una jueza y un fiscal.

Después de ver la grabación de la cafetería, creo que el objetivo principal era la magistrada. El asesino dispara primero dos proyectiles sobre ella y tras titubear unos instantes decide ejecutar un tercer disparo hacia el fiscal. Aquí tenéis un USB para cada pareja con las imágenes ya tratadas por el equipo forense. —Señala las memorias que están sobre la mesa—. Según parece, los de criminalística no han hallado ninguna prueba más en el lugar de los hechos. Esto indica que es un tipo muy inteligente, meticulado y que ha planeado el crimen con tiempo.

—Un profesional entonces, es posible que sea un asesinato por encargo —interrumpe Cisneros.

—Eso pensé en un principio —miente Calderón, no quiere contradecir con brusquedad a ninguno de los dos inspectores, los necesita de su lado—. Pero, al repasar la grabación del local de al lado, el de los chinos, se observa que el día anterior nuestro hombre pasó a la misma hora con idéntico disfraz.

Silvia, utilizando el mando a distancia, conecta el proyector que cuelga del techo. Manipula el portátil y, al cabo de unos segundos, las imágenes aparecen en el lado derecho de la pizarra que la ha dejado deliberadamente en blanco.

—Esto es del día anterior —informa antes de darle al «play».

La grabación muestra al asesino pasar delante del local y medio minuto más tarde vuelve a aparecer, se detiene dudando, para desaparecer posteriormente a paso rápido.

—Así que nuestro muchacho se arrepiente, pero decide volver al día siguiente... —musita Cisneros confirmando la teoría de Silvia.

—Por eso digo que no es un profesional. Esa mañana la magistrada y el fiscal desayunaban juntos, igual que el día del crimen. No era algo habitual, pero tampoco excepcional. Parece que al verlos juntos no reúne el valor para cometer el asesinato.

—Eso quiere decir que es una venganza —sugiere Sánchez.

—Eso es —confirma Calderón contenta por la buena sintonía que encuentra con la pareja de inspectores—. Como todos sabemos, era la titular del Juzgado de Familia, así que mi hipótesis es que algún hombre ha decidido vengarse al sentirse agraviado por una de sus sentencias,

—Eso quiere decir que todos los divorciados de la ciudad somos sospechosos —observa Sánchez dando una risotada acompañado por su compañero—. A mí me dejó más pelado que a un pollo asado. Se lo dio todo a mi ex: los niños, la casa, un buen mordisco de mi nómina... Podéis empezar

por investigarme a mí. —Más risas por parte de los dos.

A Silvia no le gusta el tono machista que usa su compañero, sin embargo, sabe que así tuvo que sentirse su padre cuando se lo arrebataron todo, incluyendo a ella, su hija.

—Además, está el sobre que encontramos Ruiz y yo —Calderón eleva la voz para cortar el momento de cachondeo de los dos.

—¿Qué sobre? —Cisneros deja de reírse.

—Estaba tirado en el suelo, en la calle Pablo Neruda, a unos veinte metros de la puerta trasera. —Calderón manipula el ratón y en la pantalla aparece un folio en blanco con la palabra:

«FORSETI»

—¿Qué mierda significa eso? —interroga Sánchez.

—Es un dios, un dios nórdico de la justicia, la paz y verdad. Esto reforzaría la teoría de la venganza.

—Sí, pero no sabemos quién lo dejó allí, o a quién se le cayó —sugiere Sánchez.

—No, no lo sabemos y los de criminalística no han encontrado nada. Ni huellas, ni fibras, ni pelos, ni ningún tipo de resto orgánico; y eso no deja de ser sumamente extraño. Lo único que sabemos es que está imprimido con una Epson de las baratas.

Se produce un intercambio de opiniones entre todos. Algunos opinan que no tiene nada que ver, pero la mayoría cree lo contrario. Sin embargo, nadie se explica por qué el asesino no lo dejó en el escenario del crimen.

—Es posible que con los nervios se le olvidara —añade Cisneros—. El tipo lleva el sobre, comete los crímenes, arroja el bote de humo y con las prisas se olvida del puto sobre. Al salir se da cuenta y lo arroja al suelo mientras corre.

Se escuchan murmullos de afirmación y Calderón ordena silencio con las manos.

—También es posible que el mensaje sea para despistarnos. Pero esa será nuestra línea de trabajo principal: Un hombre al que se lo hayan quitado todo y que probablemente lo hayan denunciado con anterioridad por malos tratos. —Silvia se había visto obligada a detener a hombres denunciados por sus parejas, aun teniendo la clara intuición de que eran inocentes. Había visto sus

caras de incredulidad primero y de odio después—. Alguien que se pueda haber sentido maltratado por nuestro sistema judicial y haya decidido vengarse.

—Pero... a la que suelen matar es a su exmujer —dice Ruiz sin demasiada convicción.

—Eso es lo habitual, pero en este caso estoy con Calderón —le corta Cisneros.

—Bien —continúa Silvia—. Una vez definida la hipótesis principal, debemos descartar las otras posibilidades. Cisneros y Sánchez se encargarán de investigar al fiscal, por si averiguan algo que desvíe el rumbo de la investigación. También me gustaría que preguntaraís a vuestros «contactos» si han oído algo acerca de un asesino a sueldo en la ciudad.

Los dos asienten.

—Ruiz y yo, investigaremos a la familia. No debemos obviar que siempre que muere una mujer el marido es el principal sospechoso —ironiza la inspectora—. El resto os dedicaréis a revisar las sentencias en las cuales hayan intervenido las dos víctimas. Gracias a las gestiones de nuestro comisario nos las han proporcionado desde el juzgado. —Gómez asiente orgulloso—. Aquí sí que hemos tenido suerte, el fiscal ocupaba una vacante desde hacía tan solo quince meses. Teniendo en cuenta que una sentencia tarda unos cincuenta días en salir, solo tenemos que revisar las diecinueve resoluciones en las cuales han coincidido las dos.

»Quiero que busquéis a un hombre que se haya podido sentir tratado de forma injusta por la jueza o por el sistema judicial. Alguien a quien le hayan arrebatado a sus hijos, su casa, una pensión compensatoria o de alimentos muy alta... Cosas así. Después comprobáis si en ese momento estaba trabajando, no debemos obviar que el crimen se produjo en horario laboral. Pero hacerlo de forma discreta, sin que se percate el sospechoso ni su entorno, es un asunto delicado. En un montón quiero los descartes y en el otro los sospechosos, yo misma supervisaré los informes. ¿Alguna pregunta?

Ninguno dice nada y observa cómo algunos niegan con la cabeza.

—Todo claro, jefa —dice Sánchez incorporándose mientras lucha por incrustar la camisa en el pantalón en contra de lo que opina su barriga—. A trabajar. Cuanto antes resolvamos este marrón, mejor.

La sala se despeja mientras Silvia repasa las anotaciones en su libreta. No tiene nada de especial, lo único que busca es que su bloc de notas sea del

tamaño adecuado. Por lo demás, cuando quedan pocas páginas libres, las guarda en un cajón y se compra otra. La agente Hernández, que ha esperado para quedarse a solas con ella, se acerca y dice:

—Gracias, inspectora, gracias por esta oportunidad. Que sepa que, como mujer, la admiro un montón. Me alegra que sea usted la inspectora jefe, entre nosotras tenemos que apoyarnos.

Silvia la observa: es una joven alta y pelirroja.

—Mire, agente —le espeta—, a mí me da igual que tenga usted vagina o un pene enorme. Lo que quiero, y por cual la he elegido, es que haga bien su trabajo. No sé si me explico...

—Sí, inspectora, lo he entendido —contesta Hernández cuadrándose. El rostro se le enrojece y traga saliva.

—El marido tiene un centro donde imparte clases de yoga y la hija estudia Medicina en Madrid —informa Ruiz mientras conduce.

Silvia, leyendo su agenda, añade:

—Javier Barcos y Mireya Barcos, cincuenta y cuatro y veintiún años, respectivamente. He hablado con el forense y me asegura que esta tarde podremos entregar el cuerpo a la familia, eso nos da la disculpa perfecta para la visita.

Minutos después aparcan frente a la casa. Es un chalet de dos plantas en la parte noble de la ciudad. Rodeado por un muro de piedra invadido en gran parte por la hiedra. Tiene dos puertas de hierro forjado pintado de negro, una para vehículos y otra para las personas. Ruiz aprieta el botón del portero automático y, cuando contesta una voz masculina, se identifica mostrando la placa frente a la cámara. Al escuchar el pitido de apertura empuja la reja y entran al jardín. Es un espacio amplio que rodea la vivienda, la hierba está bien cuidada. Distribuidas con un gusto exquisito se encuentran multitud de plantas y setos recortados con formas diversas. A la derecha hay una mesa de piedra invadida, en su parte inferior, por el musgo y acompañada por cuatro sillas de hierro. Huele a humedad y a plantas exóticas.

—No creo que vivan mal, por lo que veo —observa Ruiz admirando la entrada.

La puerta se abre y aparece un tipo bajito, muy delgado, demacrado y con

el rostro compungido. Luce un cabello rizado y blanco en su totalidad.

—Buenos días, agentes, soy Javier Barcos.

—Buenos días, inspectora jefe Calderón y el inspector Ruiz —decide omitir que, en realidad, es inspector en prácticas, y le da la mano al viudo—. Siento mucho lo que le ha pasado a su mujer, quiero que sepa que estamos haciendo todo lo posible para encontrar al culpable.

—Pasen, pasen, por favor.

Lo siguen al interior por un amplio pasillo que desemboca en un enorme salón decorado con una extraña combinación de barroco y minimalismo. Por el camino, Silvia observa al individuo sorprendida por lo enjuto de su figura. Jamás hubiera imaginado que un hombre tan pequeño pudiera ser el esposo de una mujer alta y voluminosa como la jueza.

—¡Mireya... baja! ¡Ha venido la Policía! —grita el señor Barcos alzando la cabeza—. Tomen asiento, por favor —les señala un enorme sofá rematado en madera trabajada.

Los dos investigadores se acomodan y extraen sendas libretas. El dueño de la casa se sienta frente a ellos en una silla y espera.

—Esta mañana he hablado con el forense y me ha comunicado que ya han terminado el examen del cuerpo de su mujer. Así que esta misma tarde podrán hacerse cargo de él. —Silvia observa cómo asiente y continúa—. Si lo prefiere, ya nos encargamos nosotros de avisar a la funeraria.

—Casi que prefiero hacerlo yo —afirma el señor Barcos—. La inactividad me está volviendo loco. Me gustará poder hacer algo más.

—En realidad, puede hacer mucho por su esposa. —La inspectora ha visto la oportunidad perfecta para comenzar con las preguntas—. Cualquier cosa que nos diga nos ayudará en la investigación. —Deja pasar unos segundos y pregunta—: ¿Sabe de alguien que quisiera hacer daño a su mujer?

Calderón observa la reacción del hombre. Conoce su oficio y sabe que las primeras impresiones son las que dan pistas a su desarrollada intuición.

—¿Daño? —duda el señor Barcos—. ¿A qué se refiere?

—Algún enemigo, alguna discusión, desencuentros con vecinos, deudas... Cosas así, incluso si a usted le parecen nimiedades. Ni se imagina las razones por las que ciertas personas son capaces de matar.

—No, no tenía enemigos —Javier Barcos titubea—. No se me ocurre nadie capaz de hacerle eso. Llevaba una vida muy casera. Le gustaba la jardinería, de hecho, pasaba horas en el jardín.

—¿Alguna otra afición?

—Iba al gimnasio una o dos veces por semana, nada más.

—¿Usted también iba con ella? Al gimnasio me refiero.

—No, yo ya tengo bastante con mis clases de yoga. Tengo una academia, ¿sabe?

Silvia detecta algo extraño en el lenguaje corporal del marido y se activa su modo sabueso. Huele la sangre. Algo oculta y quiere saber el qué.

—No, no lo sabía —miente—. ¿Tiene muchos alumnos?

—No muchos, la verdad. Es un sitio pequeño somos como una familia. Procuero introducir en la clase un poco de filosofía También hago sesiones de reiki. —Pega sus manos al cuerpo y entrelaza los dedos.

«¿Dónde se encontraba el jueves a las diez de la mañana, señor Barcos?», piensa Calderón. Sin embargo, la pregunta no sale de su mente. Ese hombre tan enjuto no se corresponde con el asesino. Es posible que tenga algo que ver, pero él no lo hizo físicamente, eso es innegable. Tal vez deba cambiar su hipótesis inicial y colocarlo como principal sospechoso.

—Buenos días —saluda una joven al entrar. Tiene los ojos rojos por el llanto y unas marcadas ojeras hablan de varias noches de desvelos.

Silvia la mira. Es la viva imagen de su madre: alta, voluminosa y proporcionada. Hermosa, aunque fuera de los cánones actuales.

El padre los presenta. Recuerda sus nombres.

«Buena memoria. Eso dificultará el interrogatorio», anota mentalmente Calderón.

La inspectora decide aprovechar el momento para despedirse. No sin antes dar el pésame a la hija y asegurarle que atraparán al asesino. Abandona la casa seguida de un Ruiz que apenas logra contener su extrañeza.

—¿Por qué nos hemos ido tan rápido? —pregunta el inspector en prácticas una vez que los dos están dentro del coche.

—¿Qué te ha parecido el tipo? —Silvia arranca el coche y mira a su compañero.

—Que oculta algo. Trataba de esconder las manos junto a su tripa.

«Vaya, tal vez no seas tan estúpido como pensaba».

—Exacto, y tenemos que averiguarlo antes de hacerle un interrogatorio en condiciones. No quería ponerle sobre aviso. Lo investigaremos de forma exhaustiva y cuando tengamos más información mantendré una charla con él en comisaría.

—¿Crees que ha podido ser él? ¿Y tu anterior hipótesis? La de la venganza.

—En una investigación debes ser flexible y no obcecarte con una idea. Tiraremos del hilo a ver qué descubrimos. Sigo pensando que no es el sospechoso número uno, pero ya veremos.

—Entiendo —contesta Ruiz meditabundo.

Calderón observa cómo alguien desplaza una de las cortinas de la parte de arriba del chalet. Tiene una vista excelente y reconoce al señor Barcos, que los espía creyéndose invisible.

—Bueno, vámonos —murmura engranando la primera—. Es posible que resolvamos el caso antes de lo que pensaba.

Capítulo IV (Jimmy)

Martes, 10 de marzo de 2015

El punto de encuentro era un lugar horrible. Una sala deshumanizada y sucia. No obstante, Jimmy sonrió al entrar Pablo y sintió una inmensa alegría. Casi cuatro meses sin verlo. Ni tan siquiera pudo visitarlo el día que cumplió dos años. Había crecido y su rostro comenzaba a abandonar los rasgos de bebé. Un puño de hierro agarró su garganta; no lo estaba viendo crecer y sabía que esas etapas ya no se volverían a repetir.

La mujer que lo trajo lo miraba con desprecio. El juicio aún no había salido, pero lo trataban como a un maltratador condenado. No le importó y sostuvo sus ojos sobre los de ella. Él era inocente, no tenía nada de lo que avergonzarse. Comenzaba a acostumbrarse esa situación y no se amilanaría. Estaba dispuesto a llegar hasta el final para demostrar su inocencia.

—Hola, Pablo. Tenía muchas ganas de verte.

Se arrodilló frente a él.

El titubeó unos instantes y retrocedió un paso. Cuatro meses era mucho tiempo para alguien de su edad. La funcionaria abandonó la estancia negando con la cabeza.

—Soy yo, papá.

—Pa-papá —se arrojó a su cuello rodeándolo con sus bracitos.

Jimmy lo abrazó, disfrutó del tacto y del aroma de su hijo. Una sensación de amor absoluto lo invadió. Las lágrimas acudieron a sus ojos reclamado su derecho a rodar libres por las mejillas. Necesitó de todo su aplomo para mantenerlas a raya. Lo último que deseaba era entristecer a Pablo. Se había imaginado la visita como algo alegre y divertido. El niño no tenía por qué sufrir, él era una víctima inocente.

Tres cuartos de hora más tarde, Jimmy abandonaba el punto de encuentro. Cuarenta y cinco minutos dos tardes por semana. Eso era todo lo que le permitían ver a su hijo, a su pequeño. Se suponía que las medidas cautelares eran para velar por los intereses del menor. ¿Qué clase de justicia era esa?

Capaz de impedir el contacto entre padre e hijo. Hora y media semanal. Doce horas mensuales en total. Y en ese entono tan triste, teniendo que aguantar las miradas hipócritas de funcionarios sin alma. Ni tan siquiera habían tenido en cuenta sus turnos de trabajo. Daba igual, cambiaría con sus compañeros, pediría favores, pero no pensaba faltar a ninguna de las citas. No se rendiría, recuperaría a su nene costase lo que costase. Él era su padre y ningún juez podría cambiar eso.

Extrajo un paquete de chicles de su chaqueta, descubrió que solo quedaba uno y comenzó a masticarlo. Arrugó el envoltorio y buscó una papelera.

No había.

«¿Qué estoy haciendo?», pensó, «Se acabó lo de ser un buen chico».

Arrojó el cartón al suelo y observó cómo se quedaba allí abandonado. Parecía un gesto fútil, sin embargo, sintió una liberación. Él era una persona modélica: reciclaba, cerraba el grifo, cedía el asiento a los ancianos, trabajaba, pagaba sus impuestos, apenas bebía... Incluso había hecho el servicio militar años atrás. ¿Y así se lo pagaba la sociedad? ¿Así se portaba con él un sistema judicial que él ayudaba a mantener con su esfuerzo? Había sido un iluso al creer en la justicia. Recordó que no siempre había sido así, cuando estuvo en el ejército rompió las reglas y de ahí venían sus mejores recuerdos. Salvo aquel error, aquella fatídica noche que no lograba olvidar y que, de forma recurrente, acudía a torturarlo en sus sueños. Su mente voló al pasado mientras sus ojos se perdían en aquel envoltorio de chicles.

Base Aérea de Zaragoza. Martes, 18 de agosto de 1992.

El termómetro rondaba los cuarenta grados cuando Jimmy descendió del autobús frente a la base militar. Se colocó la mochila y cruzó corriendo la carretera de acceso. Estaba nervioso, le esperaban nueve meses de servicio militar obligatorio en Tenerife y, a pesar de los múltiples consejos e historias de «la mili» que había escuchado, desconocía qué se iba a encontrar. Lo único que tenía claro era que los siguientes meses iba a perder su libertad.

Sudando a mares bajo un sol implacable, buscó en sus bolsillos la carta certificada del Ministerio de Defensa y se la entregó al soldado que se encontraba dentro de la garita. El joven la leyó con estudiada calma mirando alternativamente al papel y a Jimmy. Recreándose en la cara de susto del

futuro recluta.

—Está bien —le dijo el cabo tras comprobar su documentación—. Espera aquí en la sala de vistas —señaló una puerta—, cuando os juntéis unos cuantos «machacas» mandaré a alguien para que os conduzca a la compañía donde pasaréis la noche.

Le habían contado que existen dos cosas que un hombre no elige nunca: una es la familia y la otra son los amigos de la mili. Los primeros con los que comienzas a hablar serán tus compañeros de fatigas hasta que te licencies. Al entrar en la sala, observó que solo había otro recluta. Era un tipo enorme, de más de metro noventa y casi cien kilos de músculo.

—Hola —saludó dejando la mochila en el suelo y sentándose junto a él.

—¿Qué tal, tío? —le contestó con el vozarrón que salía de su cuadrada mandíbula. Sonrió y su cara de matón se dulcificó un poco. En sus ojos se adivinaba que era un tipo noble y no demasiado listo.

—Yo soy Jimmy —se presentó ofreciendo su mano con los dedos hacia arriba, como en las películas norteamericanas.

—Yo Paco. ¿Jimmy? Qué nombre tan raro, ¿eres inglés o algo así?

—No, pero me llaman así desde pequeño y ya me he acostumbrado. ¿Te apetece uno? —preguntó sacando un paquete de Fortuna. Había decidido entablar amistad con él, convencido de que resultaría un gran aliado allí dentro.

—Gracias, tío. Este tabaco es pesado, pero me gusta.

Dos horas más tarde ya se había reunido un nutrido grupo de futuros reclutas. El cabo ordenó a un soldado que los llevara a la compañía donde pasarían la noche. El resto de la tarde deambularon por el cuartel hasta la hora de la cena. Jimmy y Paco devoraron con avidez todo lo que les sirvieron. Los dos se habían saltado la comida y estaban hambrientos.

Antes de acostarse apareció un sargento con varios soldados. Pasaron lista para asegurarse de que estaban todos. Les dieron una pastilla para el mareo y una chapa con un número que debían llevar en el vuelo —para poder identificarlos en caso de accidente—. También les explicaron que los iban a despertar a las cinco de la mañana y que volarían en un Hércules hasta Tenerife. El suboficial ordenó que les abrieran el paso de agua para que se pudieran duchar. No tenían agua caliente, mas no les importó, a la diez de la noche la temperatura superaba los treinta grados.

Cuando se tumbó en su cama, por llamarla de alguna manera, Jimmy pensó

que no se dormiría nunca. Era una incómoda litera para dos, con un trozo de espumillón a modo de colchón sobre un triste entramado de hierros sostenidos por unos castigados muelles. Sin embargo, apenas escuchó un par de ronquidos de Paco —que dormía en la parte de abajo—, antes de sumirse en un profundo sueño.

A las cinco los despertaron a gritos. Los soldados veteranos se reían y los llamaban «machacas», Jimmy aún no conocía el significado, pero se iba a convertir en una de las palabras que más usaría en los próximos meses. Les ordenaron formar cuatro filas al borde de la pista de despegue y, allí mismo, desayunaron la ración de campaña que les entregaron. Dos horas después entraron en el avión de carga. No poseía asientos, en su defecto, unas redes de nylon ligeramente inclinadas unidas desde el techo al suelo, servían para acomodar a los pasajeros. Dos tiras que se enganchaban con un sencillo amarre de plástico cumplían la función del cinturón de seguridad. Cuando entraron todos, el piloto pulsó un botón y la rampa trasera de acceso se elevó hasta cerrarse. Sin perder una irónica sonrisa les explicó que, si alguien tocaba una de las docenas de palancas rojas que poseía el Hércules, se produciría la descompresión de la cabina y a todos se les reventarían los oídos.

«Muy tranquilizador», pensó Jimmy asustado y mirando los rostros de sus compañeros. Preguntándose si alguno de ellos sería tan estúpido como para girar una de las dichas palancas. Por fortuna, los efectos de la pastilla comenzaban a hacer su efecto y se dormía. Tanto que tuvo que realizar un enorme esfuerzo para mantenerse despierto y no perderse el despegue.

Miró la hora al desperezarse: las once treinta. Eso significaba que ya solo quedaban treinta minutos para aterrizar en Tenerife. Le dolía todo el cuerpo por lo incómodo de la postura, pero por lo menos se le había hecho corto. Manipuló las manecillas del reloj para ajustarlas a la hora local.

—¿Qué tal, tío? Roncabas como un jabalí —el vozarrón de Paco hizo que alzara la cabeza.

—Agarrotado, pero bien —contestó al incorporarse—. ¿Se ve algo?

—Sí, el mar y las nubes. Es la primera vez que vuelo. —Paco se apartó de la diminuta ventanilla para que su compañero pudiese mirar.

El vehículo tocó tierra en el horario previsto en el sur de la isla. Los esperaban numerosos efectivos de la policía militar que, porras en mano, les gritaron que formasen en filas. Después, tras un lento y tortuoso proceso a pleno sol, los fueron introduciendo en camiones. El convoy debía recorrer todo Tenerife e ir dejando a los reclutas en los numerosos cuarteles que poblaban su geografía. Al llegar al primero de los acuartelamientos el conductor y el acompañante recorrieron la lona trasera.

—Hola «machacas» —interpeló uno de ellos mostrando una maligna sonrisa—, ahora vendrán los de la militar con los perros. Así que, si tenéis «costo», «speed» o algo peor, os recomiendo que lo escondáis en el camión, porque si os pillan se os va a caer el pelo. Terminaréis en El Castillo, así llamamos aquí a la prisión militar de la isla.

Se alejaron unos metros entre sonrisas cómplices.

—Yo tengo un par de piedras —susurró Paco asustado al oído de Jimmy—. Igual las escondo aquí.

—No lo hagas —afirmó—. Lo de los perros es mentira, nos lo han dicho para quedarse ellos con el «chocolate».

—¿Estás seguro, tío?

—Sí —mintió con una seguridad que no sentía—, tengo un sexto sentido para detectar engaños.

El grandullón sacó la mano del bolsillo no demasiado convencido. Jimmy tragó saliva, se había tirado un farol y no sabía cómo reaccionaría Paco si se equivocaba.

Les hicieron descender del camión y formar frente a él. Un sargento comenzó a citar una serie nombres, que eran los que se quedarían allí. Los dos amigos observaron por el rabillo del ojo cómo los dos soldados entraban en la parte de atrás del vehículo para registrarlo y recoger la «cosecha». Paco le hizo un gesto afirmativo y desde aquel momento Jimmy se convertiría en la parte pensante del binomio. Una amistad que resultaría muy productiva para ambos los próximos meses. Sin embargo, Jimmy iba a tener que pagar un precio muy alto, aunque, por aquel entonces, no había forma de saberlo, ni de sospecharlo siquiera.

El proceso se repitió en todos los cuarteles de la isla hasta llegar al último: una base militar con un batallón de artillería y otro de helicópteros, junto al aeropuerto de Los Rodeos. No les habían proporcionado ni agua ni

alimento desde que despegaron de la península —y de eso hacía más de doce horas—. Las tres docenas de reclutas suplicaron al sargento que los recibiera algo para beber. El suboficial de guardia, viendo la desesperación de los jóvenes, ordenó al cabo de la cocina que les sacara unas jarras con agua y algo de comer. Jimmy jamás había sentido tanta sed, así que bebió con avidez el primer recipiente que cayó en sus manos.

Una hora más tarde, los instalaron en la que iba a ser su compañía durante los próximos dos meses mientras durase la «reclutada», según les informaron. Las literas se encontraban en la segunda planta de un edificio que necesitaba serios arreglos. Los dos amigos se instalaron juntos y decidieron que Paco dormiría abajo y Jimmy arriba. Ese fue el inicio de un productivo binomio que les haría pasar un servicio militar inolvidable.

Capítulo V (Calderón)

Martes, 11 de octubre de 2016

El rugido del motor de la Suzuki Gladius anuncia la entrada de la inspectora en el *parking* de la comisaría. Son las nueve de la mañana y la temperatura es agradable. Unas oscuras nubes ensombrecen el cielo de forma parcial y amenazan con descargar su furia en cualquier momento. Estaciona la moto cerca del acceso a las oficinas y sube a la primera planta. Allí se encuentra su pequeño rincón dentro de ese mundo: la mesa de trabajo que comparte con su compañero. Observa que Ruiz está sentado ojeando unos papeles y escribiendo anotaciones sobre ellos. Se escabulle y, sin ser vista, se dirige a la máquina de cafés. Introduce cincuenta céntimos y selecciona un capuchino, el único brebaje del aparato que tiene un sabor aceptable. Necesita cafeína para contrarrestar el efecto del somnífero que tomó por la noche para poder dormir. Hay días en que los fantasmas de los casos que tuvo en la Unidad de Delitos Contra Libertad Sexual no le permiten conciliar el sueño. En realidad, no la abandonan nunca. Su trabajo la obligaba a ver vídeos de abusos en busca de pruebas. Unas imágenes que mostraban lo más maligno y oscuro del ser humano, y que se incrustaban en los cerebros de quienes las veían. Por no hablar de las caras de las víctimas y el sufrimiento que mostraban. Sí, cada día que pasaba estaba más convencida de lo acertado de su decisión: abandonar Madrid y volver a su ciudad natal. Eso sin contar con la enfermedad de su padre, por eso tuvo que ingresarlo en la residencia.

Con la taza de plástico humeante, se dirige hacia su compañero, que la recibe con una hermosa sonrisa de hombre joven y sin preocupaciones.

—Buenos días, Calderón. Mira lo que he encontrado sobre Javier Barcos.
—Le señala con entusiasmo una serie de movimientos bancarios. Algunos de ellos rodeados por un círculo hecho con el bolígrafo.

Silvia se sienta junto a él y agarra los papeles con calculada indiferencia. En realidad, aunque le cueste reconocerlo, siente aprecio por el niño. Incluso lástima, porque sabe que, en este trabajo, más pronto que tarde le

ocurrirá algo que ensombrecerá su alma.

—A ver, dime —interpela forzando una sonrisa mientras trata de mandar al carajo el mal humor que la acompaña todas las mañanas.

—Mira estos movimientos: son pagos al hotel San Marcos. Y se repiten con regularidad, prácticamente uno semanal durante los últimos seis meses.

—¿San Marcos? Me quiere sonar... ¿Dónde se encuentra?

—A unos veinte kilómetros de aquí, en las afueras de Suances.

—Vaya con el pobre viudo... —musita Silvia—. Así que nuestro desolado señor Barcos tiene una amiguita...

—O un amiguito... —añade Ruiz.

—Sí, también puede ser, pero apostarí por alguna de sus alumnas de yoga. Vamos al hotel. A ver si tenemos suerte y nos muestran los registros por las buenas, sin tener que solicitar una orden judicial.

Silvia observa el cartel que anuncia el nombre del hotel y gira a la izquierda atravesando una línea continua que ignora todo el mundo. El piso del aparcamiento no está asfaltado y la suspensión del vehículo K, un Seat León sin distintivos, le recuerda que ha sido demasiado brusca. Son poco más de las diez de la mañana y apenas hay clientes, por eso no tiene problemas en estacionar frente a la puerta. Es un caserón inmenso de piedra gris con techo de teja roja a dos aguas, que hace las veces de hostería, restaurante y bar. Unos carteles de pizarra, escritos con una dudosa caligrafía, informan de los precios y viandas. A través de una cristalera se observa una barra metálica en la que se apoyan tres parroquianos. La recepción se encuentra en un lateral del edificio, en una puerta mucho más discreta. El mostrador está vacío y Ruiz pulsa el timbre para llamar al recepcionista. Segundos después acude el único camarero que atendía la cafetería. Es un joven de unos veinte años, alto, delgado y paliducho, en su rostro se aprecian los estragos de un acné adolescente que se niega a abandonarlo.

—Buenos días, soy la inspectora Calderón —le muestra su placa—. Este es mi compañero, el inspector Ruiz. Necesitamos su colaboración para una investigación policial.

El chaval pasa de la indiferencia al estupor para, seguidamente, mostrar un gran entusiasmo. Es evidente que necesita algo de aventura.

—Por supuesto, inspectora —sonríe—. ¿En qué puedo ayudarles? Por cierto, soy Edu.

Silvia se aparta un poco y, con un gesto, cede la iniciativa a su compañero convencida de que el recepcionista no les causará problemas.

—Necesitamos el registro de clientes de estas fechas. —Ruiz le muestra el listado con los movimientos bancarios.

El joven asiente y comienza a teclear en el ordenador. Cuando termina gira la pantalla para mostrársela a los dos policías.

—Aquí tienen el del día diez de septiembre.

Silvia señala una línea: Habitación cuatro, Javier Barcos, María Rosa Solano Pérez.

—¿Le suenan estos clientes?

—Sí —sonríe con complicidad—, vienen casi todas las semanas. Alquilan una habitación, están dos o tres horas y se marchan. Es evidente que son amantes.

—¿Puedo ver una ficha de entrada? —pregunta Ruiz.

—Sí, por supuesto, pero no se la pueden llevar.

—No se preocupe, solo quiero anotar el número de DNI.

El chaval busca en el fichero y se la muestra al inspector en prácticas, que anota los datos de la amiga del señor Barcos.

—Muchas gracias, Carlos, ha sido de gran ayuda.

—De nada —contesta el aludido un tanto decepcionado—. ¿Ya está? ¿No puedo hacer nada más por ustedes?

—Ha hecho mucho y le estamos profundamente agradecidos —sentencia Silvia mirándolo con importancia—. Confiamos en su discreción.

—Por supuesto, inspectora. No se preocupe.

Al salir, la tormenta ha comenzado a descargar su furia y tienen que correr los escasos diez metros que les separan del vehículo.

—Bueno, ya sabemos quién es la amiguita de nuestro viudo favorito. —Silvia tiene que alzar la voz porque la lluvia golpea con saña la chapa del automóvil.

—¿Ahora lo consideras sospechoso?

—Tal vez haya sido ella. Es posible que contratara a alguien. Pero no vamos a especular, aunque esta nueva información nos abre nuevas hipótesis.

—La cosa se complica... —sugiere Ruiz.

—Necesito interrogar a María Rosa. Averiguar qué tipo de relación

mantenían y si es capaz de haber encargado el asesinato de la esposa de su amante. —Calderón arranca el motor y engrana la primera—. Vamos a la comisaría, necesitamos investigar a esa mujer.

Casi cuatro horas más tarde, los inspectores Sánchez y Cisneros entran en sala de reuniones. Los esperan Calderón y Ruiz.

—Gracias por venir —dice la inspectora jefe después de los saludos pertinentes. —¿Habéis averiguado algo del fiscal?

—Nada, apenas lo conocían en la ciudad. Solo se relacionaba con sus compañeros y no mucho. Se dedicaba a ir del trabajo a casa y de casa al trabajo. Los fines de semana se marchaba a Valladolid, su ciudad natal —informa Sánchez con indiferencia.

—Buen trabajo, compañeros. Eso significa que, de momento, nos centraremos en el entorno de la jueza. Ruiz y yo hemos averiguado que el marido tiene una amante.

—¡Ah, sí! —exclama Cisneros con cierta sorna—. Joder, no te puedes fiar de nadie.

—Se llama María Rosa Solano Pérez. —Silvia comienza a escribir los nombres en la pizarra—. Esposa de Evelio Martínez Alonso, un importante empresario de la construcción.

—Sí, ya sé quién es. Es un hombre muy conocido, su empresa construyó la dársena del puerto en dos mil diez —añade Cisneros—. Mi cuñado trabajó en aquella obra y no os creáis que habla muy bien del tipo.

—Entonces... ¿tenemos sospechosos? ¿Un crimen de cuernos o celos? —especula Sánchez.

—Para seros sincera, no lo creo, aún mantengo mi hipótesis inicial. Sin embargo, tenemos que descartar la opción del crimen pasional antes de continuar.

Los tres hombres asienten.

—Mañana interrogaré a los dos. Comenzaré con la mujer, pero debemos impedir que avise a su amante. Nos aseguraremos de que esté en casa con alguna treta y vosotros dos —señala a los dos veteranos— citareis a Javier Barcos en comisaría con la excusa de ver unas fotos de sospechosos. Después lo presionaremos en sala de interrogatorios y veremos si sacamos algo en

claro.

—Vale, cuando sepamos la hora lo llamamos. —Cisneros apunta en su libreta.

Al abandonar la comisaria, ha dejado de llover. Los rayos del astro rey calientan el asfalto y una ligera neblina asciende hasta las rodillas antes de disiparse.

—Las dos y diez. Estoy muerto de hambre. ¿Qué te parece si nos vamos a comer? —sugiere Ruiz sin dejar de mirar el reloj.

—No puedo, quiero ir a ver a mi padre.

—Ah, vale. ¿Qué tal está?

—Jodido, cada día pierde más memoria. —La voz de Silvia se ensombrece—. A veces recobra la lucidez y me reconoce, sin embargo, esos momentos son cada vez más escasos.

—Lo siento —Ruiz coloca su mano sobre el hombro de ella—. Eso del alzhéimer tiene que ser muy jodido.

La inspectora agradece el contacto humano y a punto está de romper a llorar. No obstante, se contiene y deja salir su rabia:

—Es una puta mierda... —se despide y aleja. No le dice que apenas ha conocido a su padre; que se marchó cuando solo tenía seis años; que lo odió durante su adolescencia por culpa de una falsa imagen que le habían transmitido de él; que más adelante lo buscó y lo encontró... Y eso que Ruiz es lo más parecido a un amigo que tiene. No se relaciona con sus antiguas amigas del instituto. Ella se fue a estudiar a Madrid y cuando volvió ya estaban todas casadas y con hijos. En realidad, no soporta sus conversaciones. Todo su mundo gira entorno a sus retoños y sus aburridos maridos.

Se detiene junto a su Suzuki Gladius y, antes de sacar el casco del trasportín trasero, consulta su teléfono. Tiene veintitrés mensajes de WhatsApp de su madre. Los lee con rapidez. Son de los últimos diez días y no dicen nada nuevo. Decide contestarle: «Estoy bien, no te preocupes». Sabe que algún día tendrá que perdonarla, pero aún no se siente con ganas.

Es la una y veinte de la madrugada y el Café París está oficialmente cerrado al público. Sin embargo, una veintena de parroquianos beben, fuman y

juegan al póker en su interior. El dueño atenúa las luces, baja la música y echa la persiana a las doce. Es entonces cuando el local cobra una nueva vida, distinta, sórdida... El hábitat ideal para los perdedores a los que nadie espera en casa.

Silvia está en su sitio favorito, en una esquina de la barra, al fondo, oculta por la densa niebla que forma el humo del tabaco. Acompañada por un cubata de Ballantines a medio terminar y un paquete de Camel. Esta noche no ha reunido el valor suficiente para quedarse sola en su apartamento. Rara vez habla con alguien, no obstante, al estar allí se siente arropada por esa cuadrilla de desgraciados. Existe una innegable conexión y comprensión entre las miradas de los alcohólicos. Sabe que no debe, pero, aun así, saca su móvil para entrar en Facebook con uno de sus perfiles falsos. De fondo suena *Me enseñaste* de Ricardo Arjona y la canción tampoco ayuda. Busca el muro de Carlos, el muy idiota la tiene bloqueada, sin embargo, su perfil es público y cualquiera lo puede ver. No podría explicar por qué lo hace. Por qué se tortura viendo las instantáneas cargadas de felicidad de su ex, su jovencísima novia y el bebé de ambos. Con ella no quiso tener hijos, no paró de darle largas, de decirle que todavía era muy pronto, que podían esperar... Y en cambio, a la niñata esa la dejó embarazada a los diez meses de empezar a salir con ella. Que fue justo al día siguiente de que le dijera a Silvia que necesita espacio, un tiempo... Todas esas chorradas que se dicen al romper una relación.

—... *me enseñaste de todo, excepto a olvidarte...* —la letra taladra su cerebro.

Y ahora, la flamante inspectora Calderón, está sola, bebiendo en solitario en un bar de borrachos. Con treinta y nueve años, cornuda, soltera, sin familia y con un terrible secreto que la carcome por dentro.

—... *a saber que el afrodisíaco más cumplidor no es el marisco sino el amor, pero no me enseñaste a olvidarte...*

—Dime, guapa, ¿otra vez llorando por un hombre?

Silvia alza la vista y se encuentra con el rostro de Liseth. La camarera le sonrío con una sensual picardía que únicamente quien ha trabajado en la noche durante años es capaz de mostrar. Es una inmigrante cubana que lleva tanto tiempo en España que incluso ha perdido su acento. Además, es alta, delgada y pelirroja, nada que ver con el prototipo de mulata caribeña.

—... *a convertir una caricia en una obra de arte, a saber que los abogados saben poco de amor y que le amor se cohibe en los juzgados, pero*

no me enseñaste a olvidarte... —la melódica y masculina voz de Arjona lo inunda todo y las lágrimas luchan por liberarse de su prisión.

—Olvídate de ese capullo. No se merece ni una lágrima tuya y estoy segura de que le has regalado demasiadas. —Dicho esto, no se corta en invadir el espacio vital de su clienta y, con suavidad, agarra el teléfono de la inspectora y lo deposita sobre la barra. Sus ojos verdes tienen algo magnético, embrujador. Con la otra mano acaricia su rizado pelo negro—. Me encantan tus cabellos.

—Tienes razón —dice Silvia—, no entiendo por qué me resulta tan difícil, si no era más que un capullo integral. Saca dos cigarros y le ofrece uno.

Liseth acepta y acaricia con lentitud la mano de la inspectora mientras se hace con él. Extrae un mechero del pantalón y le ofrece fuego antes de prender el suyo.

—¿Sabes lo que dicen los mexicanos? —La camarera se apoya en la mesa acercando sus labios a los de Silvia, sus gestos son muy sensuales.

La inspectora no responde.

—Que un clavo saca otro clavo. A una mujer hermosa y sexy como tú le convendría estar pasando un buen rato con alguien. No debería estar en este antro llorando por un capullo.

La inspectora asiente y da una profunda calada.

—Tienes que probar otras cosas, no se puede comer siempre lo mismo. — Se insinúa con descaro.

—¿Quién te dice que no lo he probado?

La cubana contesta con una escandalosa carcajada antes de añadir:

—Ay, mamita, a mí no me engañas. Soy un detector de mentiras ambulante. Piénsalo: si te apetece. aquí me tienes. Te prometo que te va a gustar. —Un cliente la llama, se aleja contoneando su atlético cuerpo y mirándola con descaro.

—...si hay que aceptar que nuestra historia voló... De dónde saco el valor...

Cinco caladas después, concluye que la caribeña tiene razón; necesita que le echen un buen polvo. No obstante, no le apetece un rollo lésbico. Busca en el móvil el teléfono de Marcos; un tipo que conoció en una red social de contactos esporádicos. Ha estado con él tres veces. Es guapo, en buena forma física y un amante más que aceptable. Un poco estirado para su gusto, pero no iba a ser perfecto. Cuatro tragos a su cubata más tarde, decide enviarle un

mensaje: «Hola, me apetece verte. ¿Quieres que vaya a tu casa ahora?»

Silvia es consciente de la hora que es. Supone que lo más probable es que ni tan siquiera lea el mensaje hasta el día siguiente. Sin embargo, la respuesta no se hace esperar: «Buenas noches, María. Me encantaría, preciosa. Aquí te espero».

La inspectora paga la cuenta y se despide. El reloj le informa de que son las dos. Mañana le espera una dura jornada: tiene que interrogar a los dos amantes, y hacerlo de forma casi simultánea. Por fortuna, la casa de Marcos no está lejos y espera estar de vuelta para antes de las cuatro.

Se marcha justo a tiempo. La siguiente canción de Arjona es *Señora de las cuatro décadas*.

Lo último que le apetece escuchar.

Capítulo VI (Jimmy)

Lunes, 9 de noviembre del 2015

Tras casi hora y media de espera, una señora bajita, delgada y que aparentaba demasiados años para estar trabajando, anunció el comienzo del juicio. Permitió la entrada a los abogados y procuradores. Ruth y Jimmy tuvieron que mostrarle el carnet de identidad e impidió el paso a la madre de ella y a los padres de él.

—No es una audiencia pública, hay un menor implicado. Lo siento, pero no pueden pasar —informó.

Una vez dentro se mantuvieron en pie hasta que llegó Su Señoría. Tanto la moqueta como los muebles trataban de darle a la sala una impronta que, en realidad, no tenía. Al sentarse, la magistrada, sin demasiado disimulo y evidenciando que se conocían, preguntó a la abogada de Ruth si había habido algún episodio de violencia de género.

—Más o menos —susurró la letrada. La misma que había visto el día que lo acusaron de malos tratos. Una rubia cincuentona de pelo recogido y cara de pocos amigos; a la que Jimmy le había puesto el sobrenombre de «Terminator»—. Absuelto por falta de pruebas.

«¿Cómo va a haber pruebas de algo que no hice?», pensó Jimmy maldiciendo por enésima vez una ley que lo había prejuzgado por ser hombre y que era incapaz de declararlo inocente.

El primer turno fue para «Terminator»: Solicitó para su defendida la guarda y custodia del menor, una pensión de cuatrocientos euros y el uso y disfrute de la vivienda familiar hasta que Pablo se emancipase. Leyó una exposición de los hechos basada en un montón de mentiras. Acusaba a Jimmy de ser un hombre irresponsable, agresivo, que no se ocupaba de su hijo y de haber abandonado a su familia. También afirmó que Ruth había sacrificado su carrera laboral por atender al niño. Jimmy, en ocasiones, miraba a su ex incrédulo por lo que estaba escuchando y esta bajaba la cabeza un tanto avergonzada. Ella no sacrificó nada, en realidad, trabajaba de dependienta para una conocida marca de ropa y nunca quiso trabajar más de cuatro horas.

Observó que jueza y fiscal tomaban nota de algunas cosas.

Después le tocó exponer a su abogado: Solicitó la custodia compartida, la apertura de una cuenta para los gastos del niño en la que Jimmy aportaría la mayor parte del dinero y el uso de la vivienda por su legítimo propietario. Rebatió los argumentos de su colega afirmando que su defendido era un padre responsable y comprometido en la crianza; que no había abandonado a su familia, sino que fue Ruth quien lo convenció de que se marchara con el argumento de que necesitaba un tiempo y que ella jamás había aportado un euro a la hipoteca del piso.

Después vinieron las declaraciones, el primer turno fue para Ruth: combinaba su falsa versión de la historia con lágrimas y pausas para, supuestamente, recuperar el aliento. Jimmy no podía creer lo que estaba viendo. Esa no podía ser la mujer que había amado los últimos diez años. ¿O sí? Ahora comenzaban a encajarle ciertas piezas, detalles que el amor se encarga de ocultar: frases, actitudes, comportamientos... Cuando le hacían alguna pregunta incómoda, lloraba y contestaba lo que le daba la gana. De todas formas, ni su abogado le preguntó por la relación extramarital que había mantenido. «Es mejor no mencionar eso, porque la jueza puede dar verosimilitud a tu supuesto comportamiento violento del que ella te acusa», le había dicho su letrado. Cuando le tocó el turno al fiscal, también fue muy condescendiente con ella, nada que ver con la actitud agresiva que iba a mantener con él más adelante.

El interrogatorio de Jimmy fue mucho más duro. «Terminator» mantuvo un tono acusador en todo momento. Le preguntó por su horario y cómo pensaba hacerse cargo del niño si le daban la custodia compartida. El aludido aseguró que solicitaría una reducción de jornada y la concentraría en la semana que le tocase cuidarlo, también podía recurrir a sus padres. Lo acusó de no haberlo hecho ya, y él alegó que en estos momentos debía hacer frente a la hipoteca, a la pensión y al alquiler del apartamento donde se había visto obligado a ir a vivir.

El fiscal también fue muy beligerante con él, demasiado para alguien a quien se le supone neutral. Aunque a él lo que más le interesaba era su sueldo, a pesar de la magistrada había solicitado a su empresa las últimas nóminas, el representante de la fiscalía no paraba de indagar sobre sus emolumentos. Jimmy pensó que ni tan siquiera se había leído su documentación. Era un joven con unas gafas «culo de vaso» que lo miraba con indisimulado desprecio, y

eso que era la primera vez que se veían. Cuando Jimmy se sentó no pudo evitar mirarlo con odio, se suponía que era alguien imparcial, pero, en realidad, parecía abogado de su ex.

El turno de la psicóloga no fue mejor. Por el rabillo del ojo observaba como Ruth sonreía satisfecha. La perito del psicosocial recomendaba no dar la custodia compartida aduciendo que el padre no había participado en la crianza durante los últimos meses. ¿Pero cómo iba a participar si no lo habían dejado? Si se lo arrebataron. Si lo mantuvieron cuatro meses apartado de su lado. Para luego verlo unas míseras horas en aquel lugar horrible del que prefería no acordarse. Pablo comenzaba a creer que su padre era el nuevo novio de su madre. Nadie en esa pantomima de juicio quería ver la realidad, solo les interesaba su sueldo para saber cuánto podían sangrarlo.

Los padres no importaban, tampoco los derechos de los menores, allí lo único que se buscaba era salvaguardar los intereses de las madres. Una furia poderosa comenzó a invadirlo, el odio se adueñaba de su ser. Agarró el banco de madera para contenerse y decidió aislarse, pensar en otra cosa, imaginar que se encontraba en otro lugar. Sabedor de que no debía perder los nervios.

Finalmente, el fiscal expuso sus conclusiones. A nadie le extrañó que coincidieran al cien por cien con las de la letrada de la madre. Jimmy escuchaba impávido, como si de una película se tratase. Aunque en su interior imaginaba mil formas de acabar con aquel ser infecto. No importaba que llevara más de quince años pagando la hipoteca de su casa, con su esfuerzo, con su trabajo, sacrificando su salud y muchas otras cosas. Aquella gentuza se creía con el derecho de arrebatársela sin más, como habían hecho con su hijo. Pero no, no se reirían de él así, tan fácil. Esperaría a la sentencia y después tomaría medidas. Las que fueran necesarias, si esperaban que se comportase como un perrillo asustado iban a llevarse una sorpresa.

Al salir estaba desolado. Su abogado se acercó y le dijo:

—Bueno, ya está hecho. Ahora solo queda esperar.

—¿Siempre es así?

—Sí —contestó el procurador que había entendido la pregunta—. No te hagas ilusiones, a estas tías no les entra en la cabeza que una madre no tenga la custodia.

—Pero las cosas están cambiando, cada vez dan más custodias compartidas —alegó el abogado.

—Ya veremos —continuó el asistente legal—, ojalá me equivoque, pero no

te hagas ilusiones.

—¿Y el piso? Es mío, ella no ha puesto ni un euro.

—Yo creo que lo recuperarás —afirmó el abogado sin demasiada convicción.

Los padres de Jimmy se acercaron y aprovechó el momento para despedirse, no le apetecía seguir hablando del tema. Estaba harto de esa maldita justicia...

Capítulo VII (Calderón)

Miércoles, 12 de octubre de 2016.

Calderón apura el café solo doble cuando recibe el mensaje de su compañero, paga los dos euros cincuenta que le han clavado y abandona la cafetería. Se encuentra en la zona más acomodada de la ciudad, muy cerca de donde vivía la jueza. Allí reside también Rosa Solano, la amante de Javier Barcos. En dos minutos recorre los escasos cien metros que la separan del chalet de la sospechosa. Aprieta el timbre de la puerta que se encuentra en la valla que rodea la propiedad. Al rato la luz de la cámara de seguridad se ilumina:

—¿Quién es? —pregunta una voz femenina.

—Inspectora Calderón. ¿Puedo hablar con María Rosa Solano? —Muestra su placa a la cámara.

Nadie contesta y, tras un interminable medio minuto, suena el inconfundible sonido de apertura. Empuja la puerta, atraviesa un espectacular jardín por el que apenas muestra interés y saluda a la criada filipina que se encuentra bajo el marco.

—Bueno días, agente. La señora la espera en el salón.

Silvia sigue a la mujer. La casa es espectacular, moderna, minimalista, con enormes ventanales por donde la luz campa a sus anchas. En el salón espera la dueña. De pie junto a un enorme sofá de cuero blanco. Es una mujer de cuarenta y ocho años. En una excelente forma física. Rubia, ojos verdes y con unas ligeras arrugas que para nada consiguen restarle belleza. Viste camiseta y mallas de *running* de marca.

—¿Señora Solano? —Le ofrece la mano—. Perdone que la moleste, soy la inspectora Calderón. —Vuelve a mostrar sus credenciales—. Necesito hacerle unas preguntas.

—Sí, claro. Siéntese, por favor. —Un gesto suyo es suficiente para que la criada se retire—. ¿En qué puedo ayudarla?

Está nerviosa, aunque trata de disimularlo.

—¿Conoce a Javier Barcos?

—Claro, es mi profesor de yoga. Pobre hombre, tiene que estar desolado, lo que le han hecho a su mujer no tiene nombre.

—Veo que sabe que era el esposo de Celia Díaz.

—Sí, claro. Aquí nos conocemos todos y en el barrio no se habla de otra cosa.

—¿Y con Javier...? ¿Mantén algún tipo de contacto? Aparte del meramente profesional, claro. —Silvia sonríe con sarcasmo.

La interpelada mantiene silencio, su cara pasa de la sorpresa al enojo, para terminar avergonzada.

—Lo sabe, ¿verdad? Parece que son ustedes muy eficaces, han tardado poco en averiguarlo.

—Es nuestro trabajo ¿Qué tipo de relación mantenían?

Rosa está inquieta, como una niña a la que atrapan en una travesura. Se levanta, abre un cajón y extrae una cajetilla de cigarrillos. Enciende uno y se sienta de nuevo.

—Nada serio, una aventura. Nos veíamos, follábamos y nos despedíamos. De vez en cuando algún que otro mensaje picante, pero nada más. —Da una fuerte calada, mira a la inspectora y ríe de forma forzada—. ¿No pensaré que tengo algo que ver con el crimen?

—No lo sé. Dígamelo usted. ¿Hablaban del futuro?

—No, qué va. Los dos tenemos las cosas claras. ¿Ha visto esta casa? Se la debo a mi marido. ¿Acaso cree que Javier podría darme algo así? —Esta vez pone cara de desprecio—. No es más que un perdedor que vive de su esposa, o que vivía, mejor dicho.

—Veo que es usted una romántica —ironiza Calderón.

—No me malinterprete, no soy una buscona. Me casé enamorada de mi marido, me ha dado unos hijos maravillosos y una vida cómoda. Sin embargo, desde hace un par de años se marcha de montería con sus amigos con demasiada frecuencia. Y yo sé lo que ocurre cuando se juntan, cazan por el día y por la noche se van de puticlubs. Que una no es tonta, veo pelos que no son míos y manchas que no deberían estar en las camisas de mi Eve.

—Así que decidió vengarse.

—Sí, algo así.

—¿Y el señor Barcos? ¿También lo tiene tan claro?

—Supongo que sí. No me puedo imaginar otra cosa. Si quiere mi opinión, él no ha cometido el crimen, es incapaz de hacer daño a una mosca.

—La veo muy convencida, a veces las personas nos sorprenden. Por cierto: ¿Se han puesto en contacto después del crimen?

—No, salvo por un mensaje que le envié. Primero pensé en llamarle, aunque finalmente me decidí por escribirle.

—¿Qué le puso? —Silvia sabe que no va a sacar nada, pero insiste un poco más.

—Lo típico: que si necesitaba algo estaba para ayudarlo... ¿Quiere verlo?

—No, no hace falta. —Se levanta—. Muchas gracias por su colaboración. De todas formas, si recuerda alguna cosa o se le ocurre algo, llámeme, por favor. —Le entrega su tarjeta.

—La acompaño hasta la salida.

—Inspectora...

—¿Sí? —Silvia vuelve hacia ella debajo del marco de la puerta de la entrada principal.

—Supongo que no va a venir nadie de la compañía eléctrica. Era una treta para asegurarnos de que iba a estar en casa.

—No sé de qué me habla —miente.

—Ya, entiendo. Una cosa más, de mujer a mujer: ¿Puedo confiar en su discreción? Ya sabe... No me gustaría que se supiese.

—No se preocupe, Rosa, no me gusta joder a nadie. Si no es relevante para la investigación, no saldrá de aquí. Les diré a los de mi equipo que mantengan la boca cerrada, no obstante, estamos acostumbrados a este tipo de asuntos.

—Muchas gracias, le debo una —le guiña un ojo y se despiden.

Silvia abandona el chalet con un sentimiento agridulce. Por un lado, está a punto de descartar la hipótesis del crimen pasional y confirmar su primera teoría. Los cuatro agentes ya han dejado varios descartes sobre su escritorio y esta tarde, ella misma, repasará esas sentencias. Sin embargo, no puede evitar identificarse con la jueza:

«Empatía entre cornudas», medita.

Mientras ella se rompía el culo trabajando, Carlos se dedicaba a follarse a la niñata esa. Lo mismo que el capullo del señor Barcos. Tal vez por eso la magistrada era tan beligerante con los hombres, porque sospechaba de su esposo; o puede que fuera él el que buscara a una mujer cariñosa y dulce al ser ella demasiado fría. Se siente asqueada, cada vez que raspa un poquito en cualquier punto de la aparentemente limpia sociedad se mancha las manos de mierda. Aún recuerda lo sencillo que era el mundo de niña. Las cosas eran

blancas o negras, buenos o malos. Todo cambia cuando creces, conforme vas cumpliendo años te das cuenta de que el gris es color predominante. Cada día entiende mejor por qué el fanatismo tiene tanto éxito, un fanático no duda, no se hace preguntas, para él la vida es sencilla.

Silvia sacude la cabeza para deshacerse de esos pensamientos. Sabe que no debe comerse la cabeza de ese modo, aun así, no consigue evitarlo. Las mañanas de resaca está melancólica, sobre todo si le añades el regusto de un polvo rápido.

Envía un mensaje y se monta en la moto. Necesita llegar rápido a la comisaría.

Javier Barcos está sentado en una de las dos salas de interrogatorios flanqueado por Sánchez y Cisneros, que se mantienen de pie. Repasa uno de los álbumes de fotos de sospechosos sobre la mesa metálica.

—Así que tiene usted una academia de yoga —comenta Sánchez.

—Sí, es un ejercicio formidable.

—Debería probarlo —añade Sánchez—. Desde que me separé estoy muy estresado.

Javier Barcos continúa pasando páginas hasta llegar al final del singular libro de fotos.

—No me resulta familiar ninguna cara. ¿Es esto necesario? —interpela.

—Por supuesto, señor Barcos —Cisneros adopta un tono profesional—. Cabe la posibilidad de que alguno de estos delincuentes merodeara por su casa o siguiera a su difunta esposa para conocer sus costumbres.

Una luz amarilla ubicada en el techo y que el interrogado no puede ver se ilumina. Sánchez se disculpa y se marcha aduciendo que necesita ir al baño. Segundos después entra Silvia con cara de pocos amigos.

—Buenos días, señor Barcos. ¿Me recuerda?

—Sí, por supuesto que sí. Inspectora...

—Calderón. —Se sienta junto a él. Lleva el papel con los registros de la tarjeta de crédito enrollado en la mano izquierda—. Creí que usted colaboraría en la investigación y descubro que nos oculta información —le espeta, dura, clavándole su mirada.

—¿Información? No sé de qué me habla. —Se echa hacia atrás en un

intento por alejarse de ella. El respaldo no le deja mucha maniobra.

Calderón suspira y se dirige a su compañero:

—Cisneros, por favor, ¿te importa dejarnos a solas?

El policía cumple su papel y se marcha simulando sorpresa.

—¿Le gusta Suances? —pregunta la inspectora con tono neutro.

—Sí, claro es un pueblo precioso.

—¿Tanto como para alquilar una habitación todas las semanas?

El interrogado se lleva las manos a la cara y apoya los codos en la mesa.

—Lo sabe, ¿verdad? Pensará que soy un cerdo.

—Mi trabajo es investigar, no hacer juicios de valor. ¿Qué tipo de relación mantenía con Rosa?

—Es una de mis alumnas en la academia. Nos caímos bien desde el principio, teníamos muchas cosas en común, nos sentíamos abandonados por nuestras parejas. Y ya sabe una cosa lleva a la otra...

—¿Están enamorados? ¿Han hecho planes de futuro?

—¿Qué insinúa? Es una relación puramente sexual... ¿No pensará que he tenido algo que ver con el asesinato de mi esposa?

—Eso lo ha dicho usted, yo no.

—Así que es una trampa. Me han traído engañado. ¿Estoy detenido? ¡Quiero un abogado!

—En primer lugar, no es una trampa —miente Calderón—. Usted ha venido por voluntad propia y ha dado la casualidad de que hemos averiguado algo que puede ser relevante para la investigación: un hecho del que usted no nos informó. Y, aprovechando que se encontraba aquí, he venido para corroborar la información y aclarar las cosas. En segundo lugar, no está detenido. Puede marcharse cuando quiera —le señala la salida—. Ahora, si no desea colaborar por las buenas, tendré que citarlo en calidad de sospechoso. Es entonces cuando tendrá que acudir con un abogado. Usted decide.

Un tenso silencio se apodera de la sala. Javier Barcos mira preocupado al espejo que ocupa gran parte de la pared derecha.

—Supongo que no estamos solos.

—No, no lo estamos.

—Está bien, pregunte. Al fin y al cabo, no es un delito engañar a tu mujer.

—No, pero puede ser el móvil de muchos otros crímenes —acusa Calderón enervada.

Está enfadada con el tipo.

El hombre ríe nervioso de tal forma que parece que va a romper a llorar.

—¿En serio cree que he asesinado a Celia?

—No lo sé, a mí me pagan por sospechar. Convénczame de lo contrario. Su mujer tenía un seguro de vida de ciento cincuenta mil euros.

—¿Y qué cree que voy a hacer con ese dinero? Pagar la hipoteca y poco más. Yo soy el más perjudicado por la muerte de Celia. Tendré que vender la casa, y no va a ser fácil con esta crisis. ¿Cuánto cree que gano con mi academia? Una mierda... No puedo mantener una vivienda de esas características, genera muchos gastos. Por no hablar de los estudios de mi hija: la universidad, el piso donde se aloja en Madrid, la manutención... —El hombre rompe a llorar—. Ya sé que es vergonzoso, pero era ella la que mantenía a la familia. Cuando nació Mireya decidimos que yo me encargaría de cuidarla. He tenido que soportar comentarios y risitas todo este tiempo, en este país no se entiende que un hombre sea ama o amo de casa.

Silvia se levanta y deja que Javier se desahogue. Le deja un espacio de intimidad. Cada vez está más convencida de que ese hombrecillo es inocente. Abandona la sala, es hora de que entre «el poli bueno». Cisneros le giña un ojo y entra.

Sus compañeros -el comisario Gómez, Sánchez y Ruiz- la esperan en la pecera.

—¿Qué opináis?

—O es el mejor actor del mundo, o este tío no tiene nada que ver — responde Sánchez negando con la cabeza—. No sé si tiene motivos, pero desde luego que no tiene los cojones necesarios para hacer algo así. Esa es mi opinión. —Mira a los otros dos, que asienten.

Escuchan las palabras de consuelo de Cisneros mientras, a través del cristal, observan cómo Javier Barcos solloza desconsoladamente.

—Nos centraremos en su hipótesis inicial. —Gómez mira a Calderón—. Necesito resultados.

—¿Le están presionado los de arriba, comisario?

—Sí, joder, sí. Ayer por la tarde me llamó el secretario de Justicia. Le dije que estaba usted al frente de la investigación y quedó satisfecho. Me dijo que le diera recuerdos, al parecer él también estuvo cuando el Rey la condecoró.

—Supongo que será cierto. Aquello estaba plagado de políticos —añade Calderón distraída. Es evidente que las palabras de su superior llevan una amenaza velada: si no hay resultados le cargará el muerto. En realidad, no

esperaba otra cosa de un chupatintas cobarde como él.

Cisneros les hace gestos sin que el señor Barcos lo vea, no sabe qué hacer con el sospechoso que continúa con su baño de lágrimas.

—Entraré yo y le diré que se vaya. Calderón, desaparezca un rato — ordena el comisario—, no creo que a nuestro amigo le apetezca verla.

«Maldito capullo».

Silvia sonrío y abandona la estancia.

Capítulo VIII (Jimmy)

Jueves, 28 de enero de 2016

Jimmy extrajo el móvil sentado en su BMW. Acababa de terminar el turno cansado y hambriento. Descubrió en la pantalla el aviso de llamada perdida y el icono de correo. Lo abrió con ansias al percatarse de que se lo enviaba su abogado. ¡Al fin había salido la sentencia! La descarga del archivo pdf se le hizo eterna. Cuando pudo abrirlo, comenzó a leerlo. Se trataba de diez páginas; las primeras eran mera verborrea jurídica; continuaba con una exposición y razonamiento de los hechos; para finalizar con la resolución. Básicamente se lo daban todo a ella: la guardia y custodia del niño, el uso de la vivienda, cuatrocientos euros de pensión de alimentos. Aunque lo que más le enojó fue que la magistrada admitía que la vivienda se consideraba parte del pago y por eso le descontaba cincuenta euros. Así valoraban su casa, noventa metros, tres habitaciones, dos baños, terraza, garaje... Y la jueza tenía el descaro de valorarla en cincuenta míseros euros. El régimen de visitas era ridículo: dos tardes la semana que estuviese de mañana, una cuando estuviese de tarde —el escrito puntualizaba que siempre que pudiese cambiar el turno— y dos sábados al mes, desde las diez hasta las ocho de la tarde del domingo. Por supuesto que le dejaban el pago de la hipoteca y ni tan siquiera aclaraban quién debía hacer frente a los gastos de comunidad, así que, de momento, tendría que seguir abonando los sesenta euros mensuales.

Aceleró a fondo, por el retrovisor observaba satisfecho cómo salía una humareda negra. Hacía tiempo que ya no conducía de forma eficiente, más bien todo lo contrario. Estaba harto de una la sociedad que lo había traicionado. Se acabó el reciclaje, la solidaridad, el ecologismo..., todo lo que había asumido como el bien común. No, a él no le habían respetado y actuaría en consecuencia. Se acabó eso de ser un buen ciudadano, una persona ejemplar. También había cancelado su suscripción a Greenpeace, a la mierda el planeta. A la mierda todo. Esa zorra de Ruth se iba a enterar, en realidad, no lo conocía. Seguro que ahora se estaba riendo de él, en su cama, después de

haber follado con su novio. Pero las cosas iban a cambiar, le debían un favor, uno inmenso que le había atormentado las últimas dos décadas. Y ya era hora de cobrárselo.

El exceso de velocidad y la distracción provocaron que viera un semáforo demasiado tarde. Pegó un frenazo y el BMW X3 se quedó sobre las marcas viales que delimitaban un carril bici. Un ciclista, que tuvo que usar el paso de peatones para poder pasar, le recriminó la acción con gestos. En ese momento Jimmy explotó. Tiró con fuerza del freno de mano y se bajó del vehículo dando un portazo.

—¡A ti qué te pasa, gilipollas! —gritó agarrando del cuello al joven que montaba el ciclo.

Lo arrojó al suelo.

El agredido quiso protestar, pero al contemplar la máscara de furia en la que se había convertido el rostro de Jimmy, decidió levantarse y arrastrar su bici de allí lo más rápido posible.

—¡¿Y tú?! ¡Qué coño miras! —increpó a un señor que lo miraba de forma reprobatoria desde su coche.

El hombre subió la ventanilla asustado y decidió huir saltándose el disco que aún se mantenía en rojo. Jimmy dio una vuelta desafiante clavando sus ojos en todos los que se encontraban a su alrededor. Era un tipo de metro ochenta bastante corpulento y con cara de loco. Nadie se atrevió a decir nada y, por primera vez en muchos meses, se sintió bien, pletórico, dueño de su destino, libre.

Entró en su apartamento, un lugar viejo con olor a rancio, mal iluminado y en la parte más antigua de la ciudad. Jamás pensó en vivir en un lugar así, pero era lo máximo que podía permitirse en su actual estado económico. Sentado en el sofá, lloró de rabia, de furia y de impotencia. Su mente era un torbellino de ideas cada cual más descabellada. No viviría así, trabajando como una mula para apenas llegar a fin de mes y sin poder ver a Pablo.

Decidió acabar con todo.

Sintiendo que todo se le caía encima reunió todas las pastillas para dormir y los tranquilizantes que tenía. Los colocó sobre la mesa auxiliar de la sala junto a un vaso y una botella de Havana Club. Tenía el estómago vacío, eso facilitaría las cosas. Se sirvió una generosa porción de líquido y tragó los comprimidos ayudándose del ron. No era un bebedor habitual y el alcohol le quemó el esófago provocándole una arcada irresistible. Lo vomitó todo. En

suelo se podían ver los comprimidos flotando entre su bilis y el ron.

—No se puede caer más bajo. Machito de mierda.

¿Quién había dicho eso? Estaba solo.

Levantó la vista y la vio. Allí estaba la jueza, con la toga puesta, de pie junto a la ventana. Con una sonrisa triunfal.

—¡No has acabado conmigo, hija de puta! ¡Lo recuperaré todo! ¡Me oyes! —espetó.

Entró en la cocina y bebió un cartón de leche de un trago. Después se provocó el vómito de nuevo sobre el lavabo hasta en tres ocasiones. Necesitaba depurar su estómago.

Quería vivir.

Buscó a la magistrada por el salón. No había nadie.

¿Se estaría volviendo loco? Tal vez la alucinación la había provocado algún mecanismo de supervivencia de su mente. El odio acudió a socorrerlo, en su ayuda, lo envolvió y se sintió reconfortado. No se rendiría, no, no se plegaría a unas leyes injustas que lo trataban como a un delincuente. Al fin y al cabo, ¿qué es la justicia? ¿Quién determina que es lo justo? Existe una ley natural inherente al ser humano que dice las cosas son de quien las ha conseguido honradamente, que los hijos tienen derecho a estar con su padre. ¿Qué hacer cuando las leyes incumplen las máximas más sencillas? ¿Agachar las orejas o rebelarse? Lucharía, aunque a su manera. ¿Para qué recurrir? No serviría de nada, actuaría de otra forma, al margen de la mierda de leyes que habían estado a punto de provocar su suicidio.

El odio continuó extendiéndose por sus venas.

No lo conocían, no sabían de lo que era capaz, ni de los recursos de los que disponía. Se cobraría el favor que le debían.

Miró a su alrededor. En realidad, no estaba tan mal. Se estaba acostumbrando a su nuevo hogar y ya no sentía repelús cada vez que se metía en la ducha, incluso se bañaba en alguna ocasión. Sacó su *tablet*. Desinstaló todas las aplicaciones y borró sus datos. Dejó el móvil encendido y bajó a la calle. Buscó un sitio para comer que dispusiera de WiFi. Mientras esperaba a que le sirvieran el menú, instaló el Facebook y creó un perfil falso, no pensaba dejar ninguna pista. Introdujo el nombre que buscaba. Al cabo de unos minutos ya había localizado a Paco. Husmeó en su muro, le pareció que aún vivía en Burgos y que continuaba soltero. Un poco más gordo y más calvo, no obstante, todavía destacaba por esa cara de bruto tan característica.

Escribió el mensaje justo antes de que el camarero le trajera el primer plato: unas lentejas que le recordaron lo hambriento que estaba.

Dudó sobre cuándo lo iba a enviar, se sentía como el personaje de una novela en el instante anterior a cometer el mayor error de su vida.

Repasó las otras opciones que había meditado las últimas semanas. En especial la de dejar de abonar las mensualidades de la hipoteca y permitir que el banco la embargara, por nada del mundo iba a estar manteniendo a esa zorra y a su novio en su propia casa. No obstante, la idea tenía muchos inconvenientes: la entidad podría intervenirle la nómina, entonces tendría que dejar de trabajar y eso significaba perder un empleo que le gustaba y bien remunerado. Por otro lado, no dejaba de ser una estupidez ya que había amortizado el ochenta por ciento del préstamo.

—No me seas «lila», Jimmy —susurró al pulsar el botón de enviar.

La respuesta llegó en el momento en el que degustaba el rabo de toro. Tras los saludos iniciales, le comentó que necesitaba su ayuda. Acordaron que Jimmy iría a Burgos el martes de la semana siguiente, que era el día de fiesta de Paco, y pasaría allí la noche. Por la conversación, supuso que continuaba trabajando de portero en algún local. Calculó que llevaban más de doce años sin verse. No era un trabajo para un tipo de cuarenta y dos años, estaba claro que la vida no se había portado bien con él. Sintió lástima por su viejo amigo, en realidad, no tenían mucho en común y había evitado volver a verlo. Sin embargo, Paco era el tipo más noble que había conocido. Recordó los momentos que pasaron en el ejército: lo reconfortante que le resultaba su presencia; formaron un gran equipo y, gracias a ello, disfrutaron de una «mili» increíble en la que no les faltó de nada.

Capítulo IX (Calderón)

Miércoles, 12 de octubre de 2016.

El motor del Alfa 147 ruge alegre entre la sinuosa carretera de la costa. Silvia lo controla con endiablada habilidad. En realidad, el vehículo italiano es ideal para este tipo de terreno. Posee una mecánica ágil, una tercera que se estira mucho y una dirección rápida. Su padre, Antonio Calderón, está sentado a su lado. Una sutil sonrisa demuestra que disfruta con cada curva. En menos de treinta minutos llegan a su destino. Abandona el asfalto y se interna unos metros por un pequeño prado hasta dejar el coche bajo un eucalipto. La inspectora abre la puerta, el olor a mar y a naturaleza golpea sus sentidos provocando un efecto tonificante. Rodea el Alfa y ayuda a descender a su acompañante.

—Ya hemos llegado, papá.

Caminan hasta el acantilado y contemplan la inmensa masa de agua agarrados de la mano. El sol aparece y desaparece entre las nubes. Una suave lluvia comienza a caer con timidez.

—Es hermoso, ¿verdad?

Silvia sube la cremallera del abrigo de su padre. Sus miradas se cruzan y le parece ver un destello en sus ojos. Esa chispa que precede a los cada vez más escasos momentos de lucidez de su progenitor.

—Claro que sí, princesa. Casi tanto como tú.

Al escuchar aquello se desentierran antiguos recuerdos infantiles. Cuando una caja de cartón era el más maravilloso de los palacios; cuando aquel hombre era su héroe; cuando todo era perfecto... Una garra de acero estruja su garganta y las lágrimas luchan por salir. Necesita hacer uso de toda su entereza, que no es poca, para sujetarlas. No quiere la vea en ese estado, no, no en los pocos momentos en los que su mente consigue despejar las tinieblas que la envuelven.

Descienden por un sendero hasta una cala oculta que pocos conocen. El anciano conserva un cuerpo ágil, así que lo hacen sin dificultad. Las olas rompen con saña ya que la marea está subiendo. La lluvia remite y los últimos

rayos del atardecer templan el ambiente. El Cantábrico se extiende ante ellos. Sus aguas castigan sin descanso la línea de costa creando un paisaje áspero, caprichoso y hermoso. Es un mar bravo y vigoroso que impone respeto. Ha forjado el carácter de los pueblos que viven en sus orillas. Vascos, cántabros, asturianos y gallegos. Gente dura, luchadora y orgullosa. Que aprendieron a amarlo y a temerlo, sabedores de que no perdona los errores.

—¿Te acuerdas, papá? Me encantaba cuando me traías aquí.

—Luego tu madre se enfadaba porque llegábamos a casa llenos de arena.

—Su voz es débil, como la de alguien que no está seguro de lo que afirma.

—Sí, solías decir que no podíamos esperar a que dejara de llover porque aquí siempre llueve.

No es la primera vez que mantienen esta conversación, aunque Silvia está convencida de que para él cada ocasión es la primera. También siente que en este lugar el cerebro de su padre revive y mejora un poquito.

—Recuerdo cuando cogíamos cangrejos en esas rocas. Y aquella estrella de mar que encontraste, llenamos mi cubo de agua y la metimos. Me sentía la niña más afortunada del mundo con aquel tesoro. Quise llevármela a casa, pero no me lo permitiste. Me dijiste que debíamos liberarla, que si no moriría.

»Era una niña feliz. Un día dejaste de dormir con mamá. Yo solo tenía seis años y no entendía por qué ya no vivías con nosotras. Ibas a buscarme al colegio, o a casa y disfrutábamos de la tarde juntos. Me pasaba el día esperando a que acudieras a recogerme. Luego no viniste más, yo no entendía por qué. Mamá no paraba de decir que nos habías abandonado. Así que crecí odiándote, sobre todo cuando era una adolescente. No paraba de escuchar lo mal que te habías portado con nosotras. Sin embargo, una parte de mí me decía lo contrario. Soñaba con que un día aparecerías y me contarías que te habían secuestrado unos extraterrestres; o que estabas en alguna misión secreta y el mundo dependía de ti...

Padre e hija se miran. El anciano dibuja una sonrisa triste, melancólica.

—Por eso me hice policía. Para buscarte y poder encontrarte. Mamá no quería, qué raro —ironiza—. Decía que era una profesión muy peligrosa, que no eran cosas de mujeres... Siempre ha sido demasiado protectora, demasiado controladora, demasiado miedica... No sé, una amargada. Entiendo que la dejaras, papá.

—Yo... Yo... No sé qué decir, hay cosas que se me escapan. Pero es tu madre, la única que tienes. Debes desprenderte de tanto odio. No te hace bien,

hija, como no le hizo a ella.

La inspectora lo mira sorprendida por el momento de lucidez y la sabiduría de sus palabras. ¿Es posible que ella sea tan rencorosa como su madre? Tal vez haya heredado ciertos rasgos de su personalidad. ¿Por eso la dejó Carlos? ¿Por eso apretó aquella noche el gatillo...? No, no puede ser, y no es el momento de comerse la cabeza. Abraza a su padre con fuerza y siente los brazos de él sobre sus hombros.

—Lo siento, hija. Me voy —susurra el hombre apretándose más a ella—. Te quiero...

La inspectora sabe lo que significa. El momento de conexión ha pasado y sus neuronas vuelven a aislarse. Incluso el viento norte parece darse cuenta y arrecia con ganas.

—Yo también, papá. Yo también...

Maldice su suerte y no consigue contener el torrente de lágrimas que discurren por su rostro. Lo recuperó hace once años y ahora observa impotente cómo lo pierde de nuevo.

Capítulo X (Jimmy)

Viernes, 25 de septiembre de 1992

Jimmy y Paco se detuvieron frente al Estepa, el local más chungo de La Laguna y, probablemente, de todo Tenerife. Por la mañana habían jurado bandera y era el primer día de los tres que les habían dado de permiso. Su objetivo era comprar hachís barato. Para ellos y para otros tres compañeros. El lugar se lo recomendó «El Moco», uno de sus compañeros canarios. Un tipo complicado que se chutaba heroína y que se pasaba el día en el botiquín pidiendo metadona; Jimmy no entendía por qué no lo expulsaban del ejército. Ni tan siquiera había desfilado en la jura de bandera.

Al entrar, los últimos rayos de sol se reflejaron una barra metálica que se escondía tras una densa niebla de humo. Avanzaron hacia el mostrador casi a ciegas ya que la iluminación era escasa y unas densas cortinas negras impedían que entrara la luz del exterior. El olor a porro bastaba para colocar a cualquiera que no fuese fumador habitual de sustancias sospechosas. Jimmy no pudo evitar toser.

—Hola, guapos, ¿qué queréis? —preguntó una camarera de unos veinticinco años con un marcado acento canario.

—Dos cervezas —el vozarrón de Paco se impuso a una música rápida y estridente que no consiguieron identificar.

La mujer, enfundada en un corsé de cuero que apenas lograba sujetar sus dos enormes pechos y en unas mallas que marcaban más allá del límite, los estudió divertida y se alejó bailando sobre unas botas negras de tacón alto. Jimmy contó quince tipos y nueve mujeres que los miraban con indisimulado descaro. Por un momento, dudó de si la presencia de Paco sería suficiente para mantener a raya a aquellos maleantes. Se tranquilizó pensando que no solo era grande y fuerte, sino que también era experto en kárate, boxeo y otras artes marciales.

—Aquí tenéis —informó la reina del local apoyando las cervezas y las tetas sobre la barra.

—Gracias. —Jimmy no logró evitar mirar el enorme canalillo que se abría

ante él. Aunque, cuando levantó la vista, ella sonreía complacida—. ¿Conoces a Mohamed?

—Aquí hay muchos con ese nombre —se puso un poco tensa y se incorporó.

—Somos amigos del «Moco».

—Ya —se volvió a apoyar, posó los ojos en los dos y dijo, aunque esta vez más como una madre—: Mirad niños, tened cuidado, en este sitio los «godos» no son bienvenidos y menos unos «conejos» como vosotros.

—No te preocupes. —Paco agarró uno de los botellines con su enorme manaza—. Sabemos cuidar de nosotros mismos.

La chica abandonó su posición para dirigirse a una de las esquinas del *pub*. Charló con un individuo al que no consiguieron distinguir por culpa de la penumbra. Tras unos instantes les hizo un gesto para que se acercaran.

—Suerte —les guiñó el ojo al cruzarse con ellos.

—¿Qué queréis, «conejos»?

—¿Eres Mohamed?

—¿Quién lo pregunta? —El camello tenía acento y aspecto marroquí. Era tan alto como Jimmy y una desagradable cicatriz cruzaba la mayor parte del lado izquierdo de su rostro. El aspecto era temible y mantenía una actitud desafiante. Miró hacia un lado donde se encontraban cinco tipos para dejarles claro que no estaba solo y que podían tener problemas.

—Yo soy Jimmy y este es Paco —extendió la mano.

Mohamed dudó un instante, pero decidió corresponder al saludo. Sonrió y el corte de su cara se juntó con sus labios creando una mueca aún más siniestra. Lo sabía y lo utilizaba.

—Así que sois colegas del «Moco». Trabaja para mí. Hace tiempo que no lo veo. ¿Qué pasa? ¿No le dejan salir?

—Se pasa el día arrestado. No hace más que liarla allí dentro —informó Paco.

—Me lo imagino. Y vosotros... ¿Qué coño queréis?

—Pillar, tío, unos gramillos —contestó Paco.

—Yo no me dedico a pasar chinas, para eso tengo a mis chicos. ¿No lo sabíais?

—No, macho. El puto «Moco» no nos lo dijo.

—Bueno, me habéis caído bien. Con vosotros haré una excepción. ¿Cuánto?

—Cinco gramos —Paco lo reforzó con un gesto.

—Vale, dos mil quinientas pesetas.

Paco miró a Jimmy dubitativo, era un poco caro.

—Vamos, amigo. Enróllate un poco, estamos en la «mili» y andamos pelados

—Ya, ¿tengo pinta de ser un «calcuta»? ¿Cuánto tenéis?

—Dos mil, colega, y somos siete —mintió Jimmy—. Vamos a celebrar la Jura de Bandera.

El camello los miró con suficiencia. Tras unos instantes la máscara de joker apareció de nuevo.

—Cuatro y medio. Y no me toquéis más los cojones. La pasta por delante.

—Antes quiero verlo —sugirió Paco.

—¿Qué pasa? ¿No te fías de mí, Tarzán?

—Está bien; dale la pasta, Paco. Estamos entre colegas —intervino Jimmy antes de que subiera la tensión.

Paco miró a su amigo y le entregó dos billetes negando con la cabeza. Mohamed extrajo tres barritas de hachís, les entregó dos, cortó una por la mitad y le dio la opción a Paco de escoger el trozo. Agarró uno lo olfateó y dijo:

—Es buena, tío, muy buena.

Después de despedirse del camello, volvieron a la barra.

—Venga, hazte un «chirlo», vamos a probar esa mierda y a tomar otra cerveza —dijo Jimmy—. He visto cómo miras a la camarera; te la voy a presentar.

—No seas capullo, no me lées.

—Es tu tipo, campeón. Madurita como a ti te gustan, lo menos tiene veinticinco años.

Jimmy se apoyó en el mostrador.

—Hola de nuevo. ¿Podemos invitarte a una cerveza?

La camarera los miró divertida.

—Está bien —colocó tres botellines sobre la barra y tres vasos diminutos que llenó con licor de una botella sin etiqueta—. A los chupitos invito yo.

Brindaron y se bebieron de un trago algo parecido al ron.

—¿Cómo te llamas? —Jimmy trató de no parecer demasiado interesado. Había escuchado que tratar a las mujeres con cierta frialdad daba buenos resultados.

—Lisandra, pero suelen llamarme Lisa.

—Yo soy Jimmy y él es Paco, alias «El Manguera»

—¿«Manguera»? ¿Eres bombero o qué? —rio divertida mirando a Paco con creciente entusiasmo.

—Es porque lo tiene todo grande, enorme, diría yo. —Le ofreció el porro y lo aceptó gustosa.

—Ya... —Lisa lo repasó de arriba abajo y detuvo sus enormes ojos azules sobre el paquete de Paco. Le dio una intensa calada al «chirlo» sin apartar la mirada del bulto que marcaban los pantalones del joven—. ¿De dónde eres guapo?

—De Burgos. —A pesar de su metro noventa y dos y sus cien kilos de peso, estaba nervioso y el rubor, oculto por la penumbra, acudió a sus mejillas. Sin embargo, gracias a su carácter asertivo, consiguió sobreponerse e inició una animada charla con ella.

Jimmy se aisló de la conversación interviniendo con monosílabos o para ayudar a su colega cuando este se atascaba. Rechazó las últimas caladas porque esa «mierda» era realmente fuerte y él no estaba acostumbrado. Su mente comenzó a divagar. Era una persona más bien deportista que no bebía mucho y que había comenzado a fumar hacía tan solo un año. Creía tener el vicio controlado, no obstante, allí, en ese ambiente, se estaba desfasando. Se preguntó si eso mismo le estaría pasando a los mil y pico soldados que estaban en su cuartel. Seguro que sí. Calculó que el diez por ciento de ellos serían porretas habituales. Y del noventa por ciento restante, al menos, dos tercios lo serían ocasionales. Teniendo en cuenta que casi todos eran peninsulares, estaba claro que había una gran demanda de cannabis. ¿Cómo lo llamaba su profesor de contabilidad del instituto? ¡Un nicho de mercado sin cubrir! Esperando a que alguien listo y con pelotas lo ocupara. Observó a Mohamed al fondo. Sus ojos de rata destacaban entre el humo y la oscuridad. Charlaba animadamente con sus compinches. ¿Qué había dicho? Que él no se dedicaba al menudeo. Una idea comenzó a germinar en su mente ayudada por el alcohol y el hachís. Se sentía a gusto en el Estepa, ya no le intimidaba, tampoco Mohamed. Así que, agarró la tercera cerveza que tomaban, a esta les había invitado Lisa, y se dirigió al fondo del local.

Media hora más tarde salían por la puerta. Les sorprendió descubrir que aún era de día. Tuvieron que entrecerrar los ojos para evitar el deslumbramiento.

Iban bastante colocados.

—¿De qué coño has hablado con ese capullo?

—De negocios, colega. He tenido una gran idea.

Paco se detuvo y lo miró inquisitivo.

—Doscientos cincuenta gramos por cincuenta mil pesetas. ¿Qué te parece? Luego lo vendemos en el cuartel y sacamos más del doble.

—¿Te has vuelto loco? ¿De dónde vas a sacar cincuenta talegos?

—Vamos, socio. Vamos a medias en esto. Veinte mil cada uno, sé que los tienes no me mires así, y Mohamed nos fía el resto. Se lo devolveremos con las ventas.

—Eso es muy serio, podríamos ir al talego por «traficatas».

—No pienso dejar que nos pillen. Soy un tipo listo, ¿recuerdas?

—No sé, macho. Eso muy chungo.

—Vamos, Paco. Necesitarás «pasta» para tirarte a Lisa. Una mujer de esa categoría no es barata, ¿sabes? Quiere que la inviten, que la traten como a una reina. Te va a salir caro el polvo, por lo menos el primero.

La cara de su amigo se iluminó y Jimmy supo que lo había convencido, solo necesita un ligero empujoncito más.

—¿Tú crees que le gusto?

—Vamos, hombre, ¿no has visto su cara? Se muere de ganas por probar ese enorme cacharro tuyo.

—¿Y qué pasa con Sandra?

Sandra era la novia de Paco. Jimmy la había visto en fotos. Una pelirroja un poco fea y bastante llenita, aunque con un buen par de tetas.

—No tiene por qué enterarse, tío. Estamos a tres mil kilómetros de casa.

Paco mantenía silencio, no hacía falta ser un genio para adivinar la lucha que se desarrollaba en su interior.

—Creo que estás en una encrucijada en la que hagas lo que hagas te vas a arrepentir. Pero yo preferiría arrepentirme de habérmela tirado que de no haberlo hecho.

El grandullón esbozó una sonrisa.

—Imagínate dentro de diez o quince años: Sentado en el sofá de tu casa viendo alguna gilipollez en la tele. Los churumbeles por ahí corriendo; tu mujer vestida con una bata horrible y sin hacerte ni puto caso. De pronto, el recuerdo de Lisa acude a tu mente: «¡Joder, no me la tiré! Tuve a una diosa del amor al alcance de mi polla y la dejé escapar». —Jimmy simuló tirarse de los

pelos—. Estoy seguro de que tu «yo» del futuro, si pudiera, vendría y te daría una hostia en todo el morro, por anormal.

—¡Tienes razón, joder! —exclamó Paco antes de soltar una sonora carcajada—. Estás como una puta cabra, pero tienes razón. En esta vida hay que echarle cojones. —Le dio cariñoso meneo en el hombro—. ¿En serio crees que en el futuro seguirá existiendo la tele?

—Seguro que sí, colega. Desaparecerán los teléfonos porque nos comunicaremos mentalmente, pero la tele será lo mismo —afirmó convencido.

Capítulo XI (Calderón)

*Aeropuerto internacional de Maiquetía Simón Bolívar, Venezuela.
Febrero de 2005*

Silvia percibió la intensa humedad nada más pisar la escalera de pasajeros. Había sido un vuelo cómodo, aburrido y sin contratiempos. No había conseguido dormir nada y se terminó *La caída de Hyperion*. El segundo libro de la tetralogía de los *Cantos de Hyperion*, de Dan Simmons. Su maleta salió de las primeras y se metió en los lavabos con ella. Se aseguró de que estaba sola, la abrió para extraer un táser que guardó en el bolso y una porra extensible que ocultó tras la camisa. Una mujer sola en un país tan peligroso necesitaba defenderse.

Atravesó la zona de pasaportes sin contratiempos y bastante nerviosa. Comenzó a arrepentirse de haber declinado el ofrecimiento del primo de su ex compañero de la academia de policía de Ávila. Un guardia civil que realizaba labores de protección en la embajada española y que se ofreció para ir a buscarla.

«Maldito orgullo femenino», meditó, «Seguro que un hombre habría aceptado sin sentirse como una princesita en apuros».

No divisó ningún mostrador de cambio de divisas. Observó que varios tipos, con una supuesta identificación en la solapa, se dedicaban a comerciar con dinero. Estaba segura de que la timarían, no obstante, necesitaba efectivo en moneda local así que decidió cambiar cincuenta euros. Le dieron unos mil setecientos bolívares por euro, que era el cambio oficial del banco de Venezuela. Ella sabía que en el mercado negro tenía que conseguir unos tres mil, pero ya se encargaría de eso más adelante.

A pocos metros de la puerta de salida se le acercaron varios sujetos ofreciendo sus servicios como taxistas. Los ignoró y buscó uno de los que estaban estacionados en su correspondiente carril. Estaban pintados de amarillo y tenían taxímetro. Se dirigió al primero de la fila. Un hombre de unos cincuenta años, bajito y con la piel tostada por el sol, dejó de charlar con sus compañeros y se aproximó.

—¿Desea un taxi, señora?

—Sí, necesito ir al hotel President en Caracas —confirmó Silvia un tanto molesta por lo de señora. ¿Acaso no veía que tiene solo tenía veintiocho años?

—Oh, lo conozco. Se encuentra en la Avda. de Valparaíso. Un hotel excelente, señora. ¿La ayudo con la maleta?

—Antes quiero saber cuánto me va a costar. —Hizo el gesto del dinero con los dedos.

—Yo soy un servicio legal, señora. —Señaló el taxímetro del salpicadero y la licencia que estaba junto al aparato—. Lo que cueste la carrera, pero no creo que llegue a los veinte mil bolívares.

Silvia calculó que eran poco más de diez euros.

—¿Es española? También puede pagarme en euros, señora.

—No, en bolívares está bien —contestó un tanto airada antes de entregarle la maleta. Era consciente de que estaba en otro país con costumbres diferentes, mas no lograba evitar irritarse por lo de «señora».

Al entrar en el vehículo, todas las historias sobre taxistas atracadores y violadores que había escuchado le vinieron a la cabeza. Miró de nuevo la licencia: Ricardo Perea, también memorizó el número de identificación. Palpó el *táser* y percibió la porra extensible contra sus costillas, con las dos armas y con su entrenamiento como policía sabía que era capaz de reducir y noquear a aquel tipo.

El hombre sonrió afable y arrancó.

Silvia se sintió mal por tener esos temores. Llevaba tres años en el cuerpo, el tiempo suficiente para saber que el tipo no era un delincuente, sino un honrado trabajador. Decidió dejar de ser tan arisca y entablar conversación, no sin antes presentarse para evitar que la volviera a llamar «señora».

Ricardo resultó ser un gran conversador que conocía muy bien la política española. Le habló de Zapatero, de Rajoy, confesó ser un ferviente seguidor del Barcelona y un chavista convencido. Silvia le siguió la corriente, supuso que en Venezuela la política estaría muy polarizada y que habría dos bandos claramente definidos. Recordó haber leído un libro sobre la post guerra civil española, en el que uno de los personajes se movía con soltura entre los bandos porque sabía qué decir y cómo dependiendo de la situación. Ella haría lo mismo. La charla derivó en algo más familiar cuando Ricardo le enseñó orgulloso las fotos de sus nietas. Cuando entraron en Caracas le confesó que conocía un sitio donde cambiaban euros a buen precio y les pillaba de camino.

Silvia aceptó y se sorprendió cuando detuvo el Chevrolet frente a una farmacia. Entraron juntos y se extrañó al comprobar que no solo vendían medicamentos, sino que ofrecían todo tipo de productos: desde alimentos hasta tarjetas para móviles.

Ricardo habló unos instantes con la dueña.

La mujer le indicó a Silvia que entrara en una habitación que se encontraba tras el mostrador. Finalmente, cambió doscientos euros a tres mil doscientos bolívares cada euro, el sueldo de dos meses de un trabajador venezolano.

A las tres y media de la tarde llegaron al hotel President. Silvia le pagó y añadió una generosa propina.

—¿Tienes algo que hacer mañana? —preguntó la española.

—Trabajar, señora... Perdón, Silvia. Tengo en casa a mi hijo, mi nuera y mis nietas, y hay que mantenerlos.

—Mañana necesito ir a un pueblo llamado Anare. Me gustaría salir pronto, sobre las ocho, y no tengo hora vuelta. Voy a buscar a alguien.

Ricardo se moría de ganas por preguntar a quién buscaba esa hermosa joven española, no obstante, se contuvo y acordaron un precio.

Cuando Silvia entró en su habitación, estaba eufórica. No llevaba ni tres horas en una de las capitales más peligrosas de Latinoamérica y había conseguido cambiar dinero y transporte para ir al lugar donde creía que se encontraba su padre. Decidió llamar a Raúl, el guardia civil primo de su ex compañero de academia. Era él quien había indagado y averiguado que su progenitor, Antonio Calderón, tenía un negocio de hostelería en la playa de Anare. Descolgó el teléfono de la habitación, pulsó el cero y marcó el número que llevaba apuntado en su libreta.

—¿Dígame?

Escuchó una voz masculina con un marcado acento sevillano. Le explicó que había llegado sin contratiempos y que ya tenía un taxista que la llevaría al pueblo de Anare. Raúl se ofreció a acompañarla, pero ella prefería ir sola. Deseaba demostrar a su padre que era una mujer autosuficiente; no obstante, le dio el nombre, teléfono y número de licencia del taxista. También lo invitó a cenar para poder darle las gracias en persona por su ayuda. Acordaron mantener el contacto y quedar otro día ya que esa tarde Raúl tenía guardia.

A las ocho de la mañana la temperatura era agradable. Había elegido un pantalón corto de *trekking* color caqui, camiseta azul sin mangas y una camisa fina de algodón con un tono camel. La llevaba por fuera y sin atar, de esa forma podía ocultar la porra y el táser. Había dormido nueve horas y se sentía pletórica. Al salir del hotel se encontró con Ricardo que la esperaba apoyado en su viejo Chevrolet.

—Buenos días seño... Silvia —saludó—. ¿La pasó bien ayer?

—Sí, aunque en realidad no hice gran cosa. Di un paseo por aquí, cené pronto en el hotel y me metí en la cama, estaba agotada.

—Espero que llegara al hotel antes de que anoheciera. Las calles se vuelven peligrosas cuando se pone el sol. Y una mujer sola y extranjera por aquí.

—No estaba sola —mintió—. Vino a visitarme un amigo que trabaja en la embajada española.

Le pareció más seguro decir eso.

—Mejor así.

Se montaron en el vehículo. Silvia iba detrás contemplando el paisaje. Manteniendo con monosílabos la charla de Ricardo, que parecía sufrir algún tipo de incontinencia verbal. A esas horas el tráfico en Caracas era intenso y caótico. Daba la sensación de que las normas de circulación no existían y que imperaba la ley del más fuerte. Tardaron casi cuarenta minutos en abandonar la ciudad. La autopista tenía unos socavones en los que se podía ocultar un camión de mercancías. Después circularon por una carretera junto a la costa. El paisaje era hermoso: selva a la derecha y el Caribe a la izquierda. Silvia se sentía extraña, como en un sueño, o tal vez como la protagonista de una película de sobremesa. No tenía ni idea de cómo iba reaccionar su padre, ni del aspecto que tendría, ni si la reconocería. Había fantaseado tantas veces con ese momento que le parecía que no podía ser cierto. Tampoco tenía claro qué recuerdos eran reales y cuáles no. Había decidido que, aunque necesitaba alguna explicación, no le haría reproches. Ya no, hacía años que lo había perdonado. Solo quería saber de él.

—Creo que es aquí —informó Ricardo deteniendo el Chevrolet frente a un edificio encalado de blanco, bastante bonito y con un enorme cartel:

«LA FONDA DE ANTONIO»

Un hormigueo recorrió el cuerpo de Silvia. El nombre no dejaba lugar dudas. Allí dentro estaba su padre. Ese gran desconocido. Mil ideas vinieron a su mente. ¿Cómo sería? ¿La reconocería? ¿Lo reconocería ella? ¿Cómo iba a reaccionar? Tal vez no quisiera verla.

Ricardo la miraba con expectación.

—Creo que ahí dentro está mi padre —musitó—. Hace más de veinte años que no sé nada de él.

—Anda a buscarlo. Seguro que se alegra de verte. ¿Quién no lo haría?

Ella reprimió el impulso de hablarle de sus fracasos amorosos, de los hombres que la habían dejado.

«Un pensamiento estúpido, sin duda».

Salió del vehículo y camino hacia la entrada. Despacio, alisándose la camisa. Dudando de su aspecto. Quizá tenía que haberse arreglado un poco más.

«Otro pensamiento estúpido».

Aún no eran las diez y el calor comenzaba a ser bochornoso. Al entrar en el restaurante sintió un ligero alivio ya que tres ventiladores agitaban el aire con furia. Se quitó las gafas de sol para descubrir un local coqueto con siete mesas y una barra al fondo de ladrillo rojo. En una de las mesas bebían cerveza, reían y hablaban, demasiado alto para el gusto de Silva, dos hombres y una mujer. Se acercó al mostrador y apareció una camarera de unos cuarenta años.

—Buen día. ¿Qué desea?

—Buenos días. Me gustaría hablar con Antonio Calderón.

La miró de arriba abajo con descaro. Silvia supuso que era la pareja de su padre y la trataba como a una posible rival. Finalmente, se acercó a la puerta que accedía a la cocina y gritó:

—¡Antonio, ven, preguntan por ti!

—Ahora voy.

A Silvia le temblaron las piernas. Era una voz con acento español que no le resultaba desconocida. Solo fueron unos segundos, pero se le hizo eterno. Apareció con unos vaqueros cortos, camisa azul y un delantal blanco con restos de comida recientes. Era él, más viejo y con el pelo blanco, pero era él. Seguía teniendo un porte erguido y un magnífico aspecto a pesar de sus cincuenta y siete años.

La miró y se quedó paralizado bajo el marco de la puerta. Su rostro pasó

de la alegría a la incredulidad, para dar paso a la emoción y de nuevo a la alegría.

—¿Silvia? —Atinó a decir.

—¿Papá?

Las lágrimas comenzaron a salir de los dos pares de ojos. Antonio se acercó a su hija arrancándose el mandil y la abrazó con fuerza.

¿Se puede querer a alguien que apenas conoces?

Sí, o eso les sucedió a los dos. Las invisibles hebras del amor rompieron la barrera que el tiempo y las malas decisiones había interpuesto entre ellos.

Volvieron a ser padre e hija.

Una hora después contemplaban el mar Caribe sentados en una roca a la sombra de una palmera. Se habían contado un breve resumen de sus vidas.

—Supongo que mereces una explicación —Antonio la miró. La brisa marina jugueteaba con los blancos rizos de su pelo.

Silvia quiso decir que no, que no la necesitaba, que con haberle encontrado era suficiente. Mas no era cierto, precisaba respuestas a las miles de preguntas que se había formulado durante años.

—Yo dejé a tu madre. Ya no la quería, en realidad, no la soportaba. —El hombre paseó la mirada por el paisaje como si buscara ayuda para poder desenterrar recuerdos dolorosos—. Aguanté varios años con ella por ti, por estar a tu lado. Sin embargo, la situación era cada vez más tensa. Discutíamos a diario, no sé si lo recuerdas.

Silvia asintió, algún retazo de su memoria infantil le confirmó que era cierto.

—Finalmente, decidí romper la relación. Supuse que podría seguir siendo tu padre. Al fin y al cabo, muchas parejas se separaban y continuaban llevándose bien. Incluso llegué a creer que nuestra relación mejoraría. Pero no fue así, tu madre se lo tomó muy mal. Yo veía el odio en su mirada.

Antonio hizo una pausa, el sonido de las olas al romper contra la costa rellenaba los silencios.

—Tampoco voy a negar que por aquel entonces conocí a otra mujer, y que me empujó a tomar aquella decisión.

Las lágrimas interrumpen su discurso. Silvia le agarra un hombro y, con un gesto, lo anima a continuar. Le recuerda a un sospechoso confesando su crimen.

—Tu madre se enteró, cómo no, en una ciudad tan pequeña. Nos

divorciamos. En el juicio salí mal parado. Como todos, supongo —ironiza—. Tu madre se quedó con la casa, contigo y con casi todo mi sueldo. Y yo con la hipoteca. Me vi en la calle, tuve que volver a casa de mis padres. Para mí fue toda una humillación. Mi relación con ellos no era demasiado buena. No sé si sabes.

Silvia negó con la cabeza.

—No, claro. ¿Cómo lo ibas a saber? Solo eras una niña preciosa —sonríe al evocar algún recuerdo antiguo—. Traté de salir adelante. Comencé a meter horas extras en el astillero, pero entonces no podía acudir a tus visitas y tu madre no me facilitaba las cosas, sino todo lo contrario, jamás me cambió un día o una hora para poder ir a verte. Tampoco quiso ponerse a trabajar, de esa forma yo tenía que seguir pasándole la pensión compensatoria. Nunca puse en duda que debía pagar tu pensión de alimentos, pero la de ella... —alza los brazos—, eso era tremendamente injusto. Ni tan siquiera me ayudaba con las cuotas del piso. Espero que hayan cambiado las leyes.

—No te creas, ahora es parecido —añade Silvia.

—Me sentía como un esclavo. Todo el día trabajando para ser poco más que un indigente. Empecé a beber demasiado. Debía soportar los reproches de mis padres, de mis hermanos y de tu madre... Perdona, hija, pero era así.

—Está bien, tranquilo. Conozco a mi madre y sé cómo es.

—La única alegría que tenía eras tú. Esos cuatro días al mes nos dejaban estar juntos.

—Lo recuerdo, papá. Te aseguro que saltaba de felicidad cuando venías a recogerme.

Antonio la mira, asiente, contrae la garganta y continúa.

—Sin embargo, te fallé, no lo soporté... Creo que caí en una depresión. Aunque nunca fui al médico para que me la diagnosticara, en aquellos tiempos era distinto. Un amigo me habló de Venezuela, por aquel entonces era un país con oportunidades. Había montado una empresa de construcción en Maracay.

Vuelve a mirar el Caribe, esta vez escrutando el horizonte.

—Así que me vine. Al principio las cosas fueron bien. Incluso compré el restaurante e hice algún dinero. Le hacía ingresos a tu madre y le escribía preguntándole por ti, pero nunca me contestaba. Luego el país se fue a la mierda. La inflación se comió casi todos mis ahorros y ya no pude enviaros más plata.

—Espera, espera... ¿Nos enviabas dinero y nos escribías?

—Sí, claro. Me preocupaba tu bienestar.

—Mamá siempre dijo que nos habías abandonado a nuestra suerte. Que no querías saber nada de mí —dice un poco furiosa.

—Lo siento, hija. Ya sé que no lo hice bien —comienza a llorar de nuevo. Ella lo abraza con fuerza.

—Está bien, papá. No he venido a juzgarte. Solo quiero recuperarte. En la Policía tenemos muchas vacaciones, seguro que puedo venir a verte dos veces al año y tú también puedes ir a España. Ya te ayudaré con el pasaje. Hablaremos por teléfono todos los días, o mejor por Skype. ¿Tienes ordenador?

—Sí, sí, por supuesto. No quiero volver a perderte. A veces pensaba en ir a buscarte, pero creía que me odiarías después de tantos años.

—Nada de eso, papá. Nada de eso. Hubo un tiempo en que te odié, cuando era una estúpida adolescente. Pero ya lo superé. Tal vez puedas volver a vivir en España, yo te ayudaré, ahora gano bastante bien. Además, creo que incluso te corresponde una pensión cuando cumplas los sesenta y cinco.

—No sé, hija. Tal vez pueda vender el restaurante, este país se hunde. Lo mejor sería marcharse, pero no nos precipitemos. ¿Cuántos días te vas a quedar?

—He pagado cinco noches en el President de Caracas. Pero puedo quedarme hasta el día veintidós. Tengo un billete abierto.

—¡Cómo qué en el President! Te puedes quedar en mi casa. Hay dos habitaciones vacías. Elige la que quieras. Debemos aprovechar cada minuto que estemos juntos. Luego agarramos mi camioneta y vamos a por tus cosas.

—Está bien, papá. Lo que tú digas. —Silvia sonrío feliz: volvía a ser aquella niña que adoraba a su padre.

Los días pasaron rápido. Era una localidad tranquila donde muchos caraqueños poseían una segunda residencia. Desde aquel febrero la relación con su padre aumentó. Unos años más tarde consiguió convencerlo y Antonio regresó a España. Fueron tiempos felices para Silvia, aunque la relación con su madre se resintió. Hasta que en el dos mil catorce le detectaron un principio de alzhéimer y el mundo de la inspectora comenzó a derrumbarse.

Capítulo XII (Jimmy)

Santa Cruz de Tenerife. Viernes, 12 de marzo de 1993.

Jimmy aspiró una fuerte calada y aguantó la respiración. Paco, Lisa y Coro lo miraban mientras golpean la mesa y gritaban:

—Oh, oh, oh...

Notaba como la cabeza le daba vueltas y luchó contra el deseo de exhalar el humo. Deseaba impresionar a la amiga de Lisa. Coro estaba sentada frente a él y lo miraba fijamente. Era una chica delgada, rubia, como mínimo dos años mayor que él y bastante guapa. Sin embargo, tenía los dientes un poco torcidos y eso es algo que a Jimmy no le gustaba nada. Pero no quería defraudar a Lisa. Últimamente estaba empeñada en buscarle una novia. Tras unos interminables segundos, expulsó el humo y, aguantando las ganas de toser, le dio un generoso trago a la jarra de cerveza que compartían.

—Me toca —dijo Coro. Agarró el canuto y repitió la operación.

Jimmy sintió los dedos finos y hábiles de la joven. Ella aguantó la respiración un poco menos y tosió antes del trago de cerveza.

Los cuatro rieron con ganas. Después, Lisa y Paco se besaron con pasión. Incluso ella se colocó a horcajadas sobre él.

—¡Vale, vale, ya vale! —exclamó Coro—. Que eso es dar envidia. Dejad algo para luego.

—Es mi hombre y hago lo que quiero con él —replicó Lisa mientras se deslizaba hacia su silla de madera—. ¿O no?

—Claro que sí, cariño —contestó Paco con una gran sonrisa.

Jimmy no pudo reprimir una punzada de envidia.

—Entonces, ¿qué hacéis allí dentro? —preguntó Coro mientras rodeaba con sus dedos la mano que Jimmy apoyaba sobre la mesa—. En el cuartel, me refiero.

Jimmy fijó sus ojos en los de la joven. Hasta ese momento no se había percatado de lo hermosos que eran. Oscuros y profundos. Transmitían una inteligencia cálida, serena y amiga.

—Nada del otro mundo —Jimmy trató de que pareciera que trataba de

quitarle importancia a algo que sí la tenía. No estuvo seguro de haberlo conseguido—. Estamos en un batallón de helicópteros.

—¿Helicópteros? ¿Y voláis en ellos?

Jimmy devolvió el apretón a Coro y ella comenzó a acariciar sus nudillos. El tacto de sus yemas era muy agradable. Cada vez le importaba menos lo de sus dientes torcidos.

—Prácticamente, todos los días.

A Jimmy le pareció que no pasaba nada por exagerar un poco. Además, el hachís le proporcionaba una asombrosa seguridad y una extraña sensación de ralentización del tiempo. Coro lo miraba expectante, con las pupilas dilatadas. Detrás de ella flotaba una densa niebla de humo, daba la sensación de que podías agarrarla y hacer bolas con ella. El local era oscuro, viejo y sucio. Escondido en una callejuela de la capital de la isla. Alejado de los circuitos turísticos. Un lugar poco recomendable al que los había traído Lisa.

—¿Y cómo son los helicópteros?

—Un poco viejos. ¿Has visto alguna película del Vietnam? *Rambo*, *Acorralado*, *Apocalypse Now*...

Coro asintió.

—Pues como los que salen en esas pelis.

—¿Y no os da miedo volar en esos cacharros?

—Bah, te acostumbras. ¿Verdad, Paco, que no es para tanto?

—No, al principio da impresión, luego ves que no se cae y comienzas a disfrutar. Pero, Jimmy, cuéntale que eres cabo y, además, el encargado de disparar la ametralladora que llevamos en el helicóptero —apuntó Paco después de darle otra calada al porro.

—¿Y has disparado mucho?

—Sí, claro. Siempre que hacemos maniobras.

Eso ya era una mentira descarada, no obstante, confesar que no había soltado un solo tiro le pareció demasiado patético.

—¡Para, para! Coro, no les des coba que, como empiecen a hablar de la puta *mili*, menuda «chapa» que nos espera —intervino Lisa cortante—. No te puedes imaginar lo pesaditos que se ponen. Yo me he tenido que escuchar varias veces todas las historias.

Los cuatro rieron con estrépito.

Una sombra invadió su espacio. Lisa fue la primera en dejar de reír. Su rostro se transformó en una máscara de miedo, incluso comenzó a temblarle el

labio inferior.

—Hola, Lisa —dijo una voz grave y cargada de maldad.

—Hola, Fran.

Lisa bajó la vista, como si buscara algo sobre la mesa. Pegó sus brazos al torso y juntó sus manos. Parecía haberse encogido. Jimmy jamás la había visto así. Observó cómo se esfumaba toda su seguridad, su descaro, su alegría...

Coro lo soltó. Jimmy se giró y descubrió a un tipo casi tan alto como Paco, de unos treinta años, musculoso, con el pelo negro y rizado. Sonreía de medio lado y su mirada asustaba. Sintió un escalofrío en el leve segundo que se posó sobre él. Miró a Paco por el rabillo del ojo, estaba concentrado, tenso, atento a la situación.

—¿No me presentas a tus nuevos amigos? —preguntó el tal Fran sin ocultar un deje de sarcasmo.

—Paco y Jimmy —contestó Lisa, nerviosa.

—Un poco jóvenes, ¿no crees? —Su sonrisa era extraña, siniestra.

Paco se puso muy tenso. Se incorporó, a punto de levantarse. Miraba a Fran retador.

—Márchate, Fran: aquí no se te ha perdido nada —intervino Coro.

—*Tranqui, tranqui*, gatita. Solo quiero saludar a mi chica. —Levantó las manos hasta los hombros pidiendo paz. Su cara no acompañaba al gesto.

—Ya no es tu chica. Márchate, Fran. Déjanos tranquilos.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —Juntó las manos a modo de súplica mirando a Lisa—. A solas.

Lisa movió la cabeza, afirmaba y negaba al mismo tiempo. Daba la impresión que de que había perdido su voluntad.

—Tranquila, cariño. —Paco rodeó con su manaza las de Lisa—. Yo estoy aquí.

Los dos hombres se miraron, la tensión se hizo densa. Jimmy se percató de que, a parte de la mesa, él estaba en el centro. Allí, sentado de medio lado, se sintió vulnerable.

—¡No quiere ir! ¡Vete de una puta vez! —gritó Coro.

—Tú cállate; siempre has sido una bocazas. —Esta vez clavó sus ojos de rata en Jimmy.

«No es mi novia. La acabo de conocer», pensó Jimmy; no obstante, aguantó la compostura.

—Vamos, ven. Salgamos y hablemos —insistió Fran haciendo un gesto con

la cabeza.

Paco agarró más fuerte a Lisa.

—No... —primero fue un hilo de voz—. Que no, joder. ¡Vete de una puta vez! ¡No quiero volver a verte!

—¿Qué dices, nena? No hablas en serio. Venga, charlemos afuera. —Fran se acercó a Lisa con la intención de llevársela.

—¡Ha dicho que no! —Paco se puso en pie de golpe y la silla cayó al suelo con estrépito.

Fran se acercó aún más. Los separaba un metro. Con Lisa sentada en medio. Coro se levantó y empujó a Fran. Jimmy también se incorporó.

—¡Que te marches, joder!

Las diez personas del local los miraban expectantes.

—¡Sí, vete de una puta vez! ¡No quiero volver a verte! ¡Hace meses que terminamos!

El tipo dudó. Paseó su mirada por todo el lugar. Detuvo sus ojos en los de Paco. Este había retrasado su pierna derecha y adelantado el brazo izquierdo. Preparado para la pelea.

—Está bien: me voy —concedió. Caminó hacia la puerta y se giró. Apuntó con el dedo a Lisa—. ¡Ya vendrás, zorra de mierda!

Cerró la puerta de un portazo.

Paco fue a por él. Lisa se interpuso llorando.

—¡No, para, déjalo! —Empujaba a su chico—. ¡Jimmy, ayúdame!

Jimmy y Coro intervinieron. Consiguieron sujetar a Paco.

—Por favor, Paco. No salgas, quédate aquí conmigo —suplicó Lisa abrazando a su novio.

—Vale, pero no le tengo miedo. Ese no me aguanta ni un asalto.

—Lo sé, pero no salgas. No me dejes.

Lisa sollozaba en el pecho de Paco.

—Venga, amigo, sentémonos. Lo estábamos pasando genial y no vamos a dejar que ese gilipollas nos amargue la noche.

Una hora más tarde Jimmy y Coro paseaban agarrados de la mano por la Avenida Francisco de la Roche. Después de la irrupción de *El Rata*, el sobrenombre de Fran, el buen rollo que había reinado entre los cuatro se había

esfumado. Sobre todo, porque entre Paco y Lisa había crecido la tensión. Los habían dejado hablando entre ellos frente al primer muelle. Jimmy cada vez estaba más cómodo con Coro. La temperatura era perfecta, el Atlántico vigilaba sus pasos y una hermosa luna llena iluminaba el cielo. Tan solo estropeaban el escenario las luces de los vehículos que pasaban a su izquierda. La joven tenía una conversación interesante y un marcado acento tinerfeño que a Jimmy le parecía maravilloso.

—Aquí la luna es diferente.

—¿Diferente? ¿A qué te refieres? —Coro se detuvo a su lado sin soltarlo.

—Se ve más grande y tiene otra luz. Es más hermosa. Parece otra. Supongo que será por la latitud y todo eso.

Coro esperó a que una nube terminara de pasar antes de contestar.

—Yo creo que aquí la queremos, la amamos de verdad. Por eso se crece y se esfuerza por iluminarnos más fuerte.

Jimmy pensó que eso no era cierto, la Luna no tenía luz propia, no obstante, se abstuvo de realizar comentario alguno. Ella estaba hermosa, su sonrisa era preciosa. Se sintió mezquino por haberla juzgado antes solo por sus dientes. Se agachó un poco y la besó. Coro dejó que su lengua entrara en su boca y se abrazó a él. Fue un beso largo y dulce, sin ansias. Cuando terminó, ella se separó con suavidad. Jimmy trató de volver a rodearla con sus brazos. Coro dio un paso atrás.

—No, para, por favor.

—¿No te ha gustado? Lo siento.

—No, no es eso. Me ha encantado, tal vez demasiado.

Jimmy puso cara de no entender nada.

No entendía nada.

—¿Cuántos años tienes?

—Casi veinte.

—¿Casi veinte? —Coro sonrió—. O sea, diecinueve. No te ofendas: estás muy bien para tu edad, pero eres muy crío para mí. Yo tengo veinticinco.

—Los mismos que Lisa y Paco. ¿Qué problema hay?

Coro paseó la mirada por el paisaje.

—Mira, Jimmy: eres un buen chico; sin embargo, terminarás rompiéndome el corazón. Y no quiero sufrir.

—No sé por qué dices eso.

—¿Cuánto te queda para licenciarte? Tres, cuatro meses...

—Casi cuatro, creo.

—¿Qué harás entonces? ¿Marcharte y dejarme aquí tirada?

Jimmy titubeó.

—No lo sé. ¿Quién sabe? Tal vez me quede. Paco no se va a marchar. —
Agarró sus manos.

—Vamos, sigamos caminando. Es posible que Paco se quede; no obstante, tú te largarás y me olvidarás. Olvidarás todo esto. Encontrarás un buen trabajo, te casarás con una mujer bonita y tendrás unos hijos guapísimos. Es tu destino, se nota.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque tú no eres un *loser*.

—¿Un *loser*? ¿Qué carajo es eso?

—Un perdedor, perdona. Es que me gusta ver las películas en versión original.

—¿Así que crees que Paco es un perdedor?

—No me malinterpretes. Tu amigo es un buen tipo y me cae genial. Pero sé sincero: ¿serías amigo de él en circunstancias normales? Si no estuvieras en la mili, me refiero.

Jimmy no supo qué contestar.

—Sigamos paseando —Coro tiró de él y se dejó llevar—. He de confesarte una cosa: Lisa lleva semanas queriéndonos presentar y yo siempre buscaba alguna excusa. No me apetecía conocer a ningún «camello».

—¿Camello? Joder, que solo trapicheamos un poco en el cuartel, no te pases.

—Pues eso, «camello» —soltó una risita—. ¿Qué ocurrirá si os pillan? No creo que os den una medalla.

Jimmy se imaginó entrando en «El Castillo», así llamaban a la prisión militar de Tenerife. Había visto la fortaleza un par de veces desde el aire.

—No te preocupes. A ti no te atraparán. Estoy segura.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque no eres un *loser*. Sabrás echarte atrás cuando haya que hacerlo.

Jimmy puso cara de no entender.

Tampoco lo entendía.

—Lo sé: me he criado en el peor barrio de la isla. He conocido todo tipo de «camellos». Confía en mí.

—Si tú lo dices... Ojalá no te equivoques.

Caminaron unos minutos jugando con miradas y sonrisas. Fue Coro quien rompió el silencio.

—He de reconocer que Lisa tenía razón.

—¿En qué?

—En que me ibas a gustar a pesar de ser un crío —parecía que Coro hablara para sí misma—. Es normal, nos conocemos desde niñas. En realidad, desde que tenemos uso de razón. Amigas de toda la vida en el sentido más estricto de la palabra. Éramos vecinas, fuimos juntas al parvulario, al colegio. Cuando terminamos octavo de EGB dejamos de estudiar y buscamos trabajo. Cuidando niños. ¿Te lo puedes creer? Y eso que lo aprobamos todo a la primera. A nuestros padres no les pareció mal. Total, éramos mujeres, nuestro destino era casarnos y tener hijos. ¿Para qué íbamos a seguir estudiando? ¿Tú qué opinas?

—Parece una historia salida de otra época.

—Sí, eso mismo. ¡Que no soy tan vieja, joder! Nuestros padres tenían que habernos instado a seguir estudiando. Bueno, a estas alturas ya me da igual. Deja que siga contándote: cuando dejamos el colegio, con catorce años, nos pasábamos el día charlando y cotilleando. Al ser las dos canguros quedábamos en el mismo parque y pasábamos las horas cotorreando como dos alcahuetas. Nuestro único objetivo en la vida era buscarnos un novio, un «príncipe azul». Menudo daño que ha hecho Walt Disney. Lo que no nos cuentan es el que príncipe puede convertirse en sapo.

Coro se tomó un respiro

—¿Crees que soy rara?

—Para nada. Me pareces una chica fascinante y con las ideas claras. Yo también pienso que las películas de Walt Disney son una «pastelada» absurda.

—Cuando cumplimos lo dieciséis conocimos a Fran y Richi. Bueno, en realidad, ya los conocíamos. Solo que ellos se fijaron en nosotras, nos habíamos convertido en dos chicas muy monas. Eran los macarras más famosos del barrio, cinco años mayores que nosotras; «El Rata» y «El Loco», menudo par de joyitas. Y las dos tontas pensando que eran nuestros «caballeros de brillante armadura». ¿Por qué será que te vuelves estúpida con la adolescencia?

Jimmy se encogió de hombros.

—En definitiva, comenzamos a salir con ellos. Me gustaría decir que al principio todo fue maravilloso, pero no, ni eso. Eran celosos y posesivos.

Iniciamos sendas relaciones tormentosas que no nos hicieron más que sufrir. Había veces que llorábamos abrazadas. Tuvimos que dejar a nuestros amigos, salir cuando ellos nos lo ordenaban, estar en casa cuando les apetecía estar solos y encima éramos unas cornudas... Es curioso, estábamos convencidas de que el amor era eso. Que todo mejoraría con el tiempo... Nunca mejora, siempre empeora. Me gustaría gritar eso al mundo. Ayudar a otras chicas como nosotras.

Un camión viejo y destartado pasó la avenida interrumpiendo a Coro con el degradable ruido de las mecánicas anticuadas. Los dos jóvenes se quedaron mirando la estela de humo negro.

—He de decir que a mí el Richi jamás me puso la mano encima. Supongo que lo hubiera hecho con el tiempo, pero en ese sentido me libré. Teníamos, como mínimo, una bronca semanal de las gordas y me maltrataba psicológicamente, pero nunca me pegó. En eso tuve más suerte que Lisa; en su caso, las palizas comenzaron a los pocos meses y, en varias ocasiones, tuvo que acudir al hospital.

»La dinámica era esta: Fran le daba una paliza. Ella lo dejaba, juraba y perjuraba que no lo quería volver a ver, no obstante, a los pocos días él aparecía con un ramo de rosas, sumiso como un corderito, «arrepentido». Le decía que no lo iba a volver a hacer, que la amaba, que estaba muy confundido, etc.... Ella lo perdonaba, estaban más o menos bien un mes y luego volvían las broncas. Básicamente lo mismo que Richi y yo. Aunque sin las palizas. Alguna vez Lisa comenzaba a salir con algún chico, pero Fran se encargaba de asustarlo, incluso llegó a pinchar a uno.

—¡No jodas! Le dio un navajazo.

—Sí, el chico perdió el bazo.

—¿Y no lo denunció? —Jimmy pensó que aquello le venía grande.

—No, la gente le tiene miedo. Creo ha rajado a tres y aún sigue por ahí. Ya ves. Así que cuando Lisa me contó que se había enamorado de Paco me alegré un montón. Por fin aparecía un hombre capaz de plantarle cara a ese hijo de puta. De todas formas, dile a tu amigo que se ande con ojo. No le llaman «El Rata» por casualidad, es traicionero.

—Se lo diré, aunque creo que algo sabe —reflexionó Jimmy—. Ahora entiendo algunas cosas...

Coro se detuvo y posó sus hermosas pupilas sobre él.

—No te ofendas y no me malinterpretes. Paco es un buen tipo y no creo que

sea un maltratador, pero no deja de ser una versión de Fran más dulce y simpática. Fíjate en que los dos son tipos fuertes capaces de manejar la violencia a su favor. Antes me ha extrañado que «El Rata» se marchara tan fácil, es evidente que ha reconocido a Paco como uno de los suyos, como un tipo duro o un guerrero, no sé si me entiendes.

—Perfectamente, los dos imponen respeto. Basta con mirarlos a los ojos para saber que van en serio.

—Sí, eso mismo, van en serio. Y ella sigue buscando un «caballero andante» en sujetos así—alzó la mano libre clamando al cielo—. ¿Sabes cuál su película favorita?

La luz lunar iluminaba su rostro, a Jimmy le parecía cada vez más hermosa.

—*¿Oficial y caballero?*

—¡Exacto! Ya ves, es tan predecible.

Los dos rieron. Jimmy se sintió en sintonía con ella. Le entraron ganas de besarla de nuevo. Se contuvo, sabía que a ella no le sentaría muy bien.

—De todas formas —Coro endureció el semblante—, tened cuidado: dudo mucho de que Fran se dé por vencido. Para él, Lisa es suya y de nadie más. Seguro que trama algo.

Jimmy sintió que su estómago se revolvía y asintió. No pudo evitar mirar alrededor. Paco estaba demasiado lejos.

—¿Y lo tuyo con Richi?

—Como te he dicho antes, yo tuve más suerte. —Esbozó una extraña sonrisa—. Murió de sobredosis cuando yo tenía dieciocho años. —Le apuntó con el dedo—. No me digas que lo sientes.

—No lo haré.

—Fue lo mejor que pudo pasarme. Pensarás que soy una persona horrible por decir eso.

—Para nada, lo que pasa que eres honesta. Yo opino igual que tú. Te libraste de él, es lo que importa.

Coro apretó más fuerte su mano derecha.

—Gracias, es agradable que alguien te entienda.

Pasaron unos segundos en silencio. Sus pasos eran cada vez más cortos.

—Cuando murió de sobredosis sentí un profundo alivio, fue como salir de una prisión. Una prisión sin rejas. ¿Te lo puedes creer? Con dieciocho años y asfixiada en una relación. Me replanteé muchas cosas: volví a estudiar en la escuela nocturna. Aprobé el bachiller y me apunté en la universidad. En la

Facultad de Economía, mi madre aún no me perdona que no me apuntara en Enfermería. Le parece inconcebible que una mujer sea economista, y eso que ni tan siquiera sabe lo que es. Espero terminar el año que viene. Entonces me marcharé de la isla.

—¿A dónde?

—A Madrid, es allí donde hay más trabajo de lo mío.

—Tal vez pueda ir a visitarte.

Coro se detuvo y lo miró de forma enigmática.

—Venga, volvamos. Supongo que los tortolitos ya se habrán arreglado.

Caminaron de regreso cinco minutos en silencio.

—¿En serio irías a visitarme?

—Sí, claro no está tan lejos de Santander.

—No lo creo. Estoy segura de que ahora lo dices de corazón, pero te olvidarás de todos nosotros. Cuando lleves unos meses en tu casa, ya no querrás saber nada de todo esto.

Jimmy quiso replicar, pero decidió guardar silencio. Era posible que Coro tuviera razón.

Capítulo XIII (Calderón)

Lunes, 17 de octubre de 2016.

Calderón entra en el despacho del comisario Gómez seguida por Ruiz, que porta entre sus brazos un ordenador portátil y dos carpetas.

—Buenos días, comisario —saluda confiada—. ¿Se puede?

Sin esperar la respuesta, se sienta en una silla frente a su escritorio.

—Pase, pase y siéntese, inspector —invita Gómez a Ruiz que se ha quedado en el umbral.

El interpelado ocupa la silla contigua a la de su compañera.

—Dígame, inspectora. Espero que tenga algo. Hace tan solo media hora que me ha vuelto a llamar el secretario de Justicia. El ministro espera la pronta resolución del caso, ya que no podemos permitir que nadie vaya por ahí matando jueces y fiscales.

—Hemos aislado a dos sospechosos —sentencia la inspectora jefe—. Ha sido un trabajo minucioso de muchas horas frente a la pantalla y se lo tenemos que agradecer a los cuatro agentes que se han dejado los ojos.

Ruiz, a una señal de su jefa, despliega el portátil y muestra una serie de imágenes en las cuales aparece un tipo con gorra corriendo frente a los juzgados.

—Solo son unos diez segundos cada vez, pero tenemos docenas grabaciones como esta. Lo más extraño de todo es que el sujeto solo aparece en esta cámara del Palacio de Justicia. Hemos revisado las demás cámaras de vigilancia de los alrededores y no sale en ninguna de ellas.

El comisario pone cara de no entender.

—Las esquivo —añade Calderón—. ¿Y por qué lo hace?

—Porque no desea que lo graben, es evidente —confirma el comisario que ahora sí que ha cogido el hilo de las pesquisas.

—Fíjese que se dirige a la cafería Rojas. Donde la magistrada tomaba todos los días el café. La está controlando y, probablemente, obsesionándose con la idea de matarla.

—Por eso evita las cámaras —musita Gómez—. Y dice que hay docenas

de vídeos.

—Sí, más de cuarenta, lo que significa que nuestro amigo llevaba meses planeando el crimen, por fortuna, no se percató de esta cámara.

—Pero, aun y todo, nos enfrentamos a alguien muy inteligente y con mucha sangre fría.

—Eso es cierto: lo planeó todo hasta el último detalle. Pero siempre dejan pistas, solo hay que encontrarlas y seguirlas. Así que envié estas imágenes a mi antigua unidad Madrid para que las analizaran. Allí poseen un magnífico programa antropométrico. También les adjunté las grabaciones de los juicios donde aparecen nuestros sospechosos. Es una suerte que nos las proporcionaran desde el juzgado de familia. —Calderón sonríe a su jefe.

El comisario se yergue un poco ya que fue él quien las consiguió.

—Es un tipo de metro ochenta, con un margen de error de cinco centímetros, y que pesa entre setenta y cinco y ochenta y dos kilos. —La inspectora hace una pausa.

Ruiz la mira en silencio con indisimulada admiración.

—En definitiva —concluye—, tenemos dos coincidencias.

Calderón mira a Ruiz y este le entrega las dos carpetas al comisario. Que las acepta y estudia detenidamente durante dos minutos.

—Ordenaré a los agentes de mi equipo que los vigilen de forma discreta. Si no le parece mal, comisario —añade Calderón.

—Buena idea, inspectora, hágalo. ¿No piensa interrogarlos?

—Había pensado en interrogar a uno de ellos, de momento. —Señala uno de los folios.

—Ricardo Sanabria Toro —lee Gómez en voz alta—. Dos condenas por maltrato y una por amenazas a la fiscalía. Por lo que veo aquí, amenazó con liquidar al fiscal en pleno juicio. Menudo elemento... ¿Cree que ha sido él?

—Nunca se sabe, aunque es un crimen demasiado complicado para alguien tan estúpido como para amenazar a un fiscal en pleno juicio.

El comisario Gómez asiente y le indica que continúe.

—Iremos a charlar con él esta misma mañana. Trabaja en el puerto de Santander como estibador, hoy está en el turno de mañana. Lo esperaremos a la salida.

—Muy bien, ¿y el otro?... José Ignacio Mínguez Yécora. Por lo que veo, lo acusaron de un delito de violencia de género; no obstante, salió absuelto. Trabaja, sin antecedentes... y, según pone aquí, llegó a un acuerdo con su

exmujer ratificado por el fiscal, dos meses después de haber salido la sentencia. ¿Realmente sospecha de este tipo? —inquirió el comisario sin disimular su escepticismo.

—Eso es lo raro: el acuerdo. En la sentencia se lo dan todo a ella: el niño, el piso, la manutención... y, sin embargo, un mes más tarde la mujer renuncia al piso y lo abandona.

—Tal vez tenía cargo de conciencia. Según el propio resumen que me han hecho, fue ella la que rompió la relación y luego lo denunció —comenta Gómez mientras hojea el expediente.

—Sí, comisario, pero es muy extraño que se arrepienta tan pronto.

El comisario se acaricia el mentón. Pasea su mirada por el despacho hasta dejarla perdida en algún punto al otro lado de la ventana. Finalmente posa sus ojos saltones en las hermosas pupilas color miel de la inspectora.

—Está bien, tampoco tenemos nada más. Haga lo que le parezca. Confío en usted —afirma con desgana—. ¿Necesita más agentes?

—No, de momento no, gracias. Ordenaré a Hernández y a Soto que vigilen al señor Mínguez. Del otro, del tal Ricardo se encargarán Sánchez y Millán.

—Mejor, no nos sobra personal —suspira Gómez.

—No le fallaremos, comisario. No se preocupe.

Calderón muestra su sonrisa sabedora del efecto magnético de la misma.

Horas más tarde, Calderón y Ruiz, llegan con vehículo K al *parking* que está junto a la salida de los trabajadores del puerto de Santander.

—Da una vuelta a ver si localizamos su vehículo —ordena la inspectora.

—¿Es ese? —Ruiz señala un Ford Mondeo del 2011 color negro.

—Sí, ese es —contesta Calderón tras consultar la carpeta—. Aparca junto a él. Lo esperaremos dentro y procuraremos que no nos vean sus compañeros. Es mejor ser discretos. Así le evitaremos a este hombre rumores innecesarios.

Ruiz estaciona junto al Ford.

—¿Alguna estrategia para el interrogatorio?

—No, tranquilo. Tú calla y toma nota de su lenguaje corporal, después cambiamos impresiones. Además, no es un interrogatorio, tan solo una toma de contacto.

—¿Eres capaz de saber si una persona es culpable solo con hablar con

ella?

Silvia se gira hacia su compañero. Mantiene los ojos muy abiertos y espera expectante su respuesta. No detecta ningún atisbo de ironía o de sarcasmo en su expresión.

—A veces tengo intuiciones claras sobre algunos sospechosos, aunque no siempre. Imagino que, en ocasiones, el cerebro consigue realizar asociaciones de datos de forma no lineal. De modo que llega a conclusiones acertadas de una manera tan compleja que ni tan siquiera alcanzamos a comprender — explica Calderón. No obstante, no quiere confesar que confía en su intuición más de lo que debería.

—Yo creo que tienes un gran instinto policial —asevera Ruiz—, y espero que se me pegue algo. Para mí es un gran privilegio que seas mi compañera.

Silvia lo observa con detenimiento. Sigue sin encontrar sarcasmo o ironía en sus afirmaciones. No se explica por qué alguien tan ingenuo decide hacerse inspector de policía. Sin embargo, le ha cogido cariño al chaval y, en contra de su propio criterio, decide ponerse en «plan madre» y soltarle un pequeño discurso que lo prevenga del primer encuentro con la cruda realidad.

El timbre de llamada del *smartphone* de la inspectora irrumpe en la escena sin pedir permiso. Ella agarra la cazadora del asiento trasero y lo busca entre los bolsillos. Como siempre ocurre, lo encuentra en el último que revisa.

En la pantalla aparece el nombre de su madre.

Lo deja sonar hasta que se corta la llamada.

Las ganas de ejercer como psicóloga del novato desaparecen.

Ruiz la mira expectante. No es la primera vez que observa este suceso y se muere de ganas por preguntar, mas no dice nada. Sabe que el humor de su mentora se torcerá durante los próximos veinte minutos. Es mejor respetar su silencio así que sube la música de la radio y se relaja, aún falta media hora para las dos.

A las dos y diez minutos un grupo de trabajadores abandona el puerto por una de las puertas de servicio. Reconocen a Sanabria entre ellos. Los dos inspectores salen del vehículo.

—Buenos días. ¿Es usted Ricardo Sanabria? —interpela Calderón mostrando de forma discreta su placa.

Ruiz lo flanquea a unos tres metros, mantiene una distancia defensiva. No esperan que el sospechoso haga ninguna tontería, pero nunca se sabe.

—Sí, soy yo. —Se muestra tenso, a la defensiva. La mira con abierta desconfianza.

—Soy la inspectora Calderón y este es mi compañero, el inspector Ruiz.
—Su tono de voz es neutro.

—¿Qué pasa? ¿Vienen a detenerme? ¿Ha sido mi ex otra vez? Hace meses que no hablo con ella y no pienso decir nada más. Quiero que venga mi abogado.

—No, nada de eso. Solo queremos hacerle unas preguntas. No se preocupe, su ex no ha tenido nada que ver.

Silencio. Solo se escucha el ruido de la autovía al fondo.

—¿Conoce a Ricardo Torres?

El tipo niega con la cabeza.

—¿Y a Celia Díaz?

Comienza a negar con un gesto, pero se detiene. Como si acabara de darse cuenta de algo.

—Ah, sí, ahora caigo. Son los que mataron el otro día.

Calderón asiente.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —pregunta cruzando los brazos.

—Bueno, usted amenazó al fiscal en el juicio.

—Sí, pero... Fue un calentón. El hijo de pu..., perdón, el tío parecía más abogado de mi ex que fiscal. Pidió que se lo dieran todo a ella. Como así hizo la otra vez..., la magistrada.

Calderón escucha con atención.

—¿No pensarán que he sido yo? Ah, no. No voy a cargar con ese muerto. ¿Estoy detenido? No pienso hablar más. Quiero que llamen a mi abogado.

—Tranquilícese, señor Sanabria. No le estamos acusando de nada y no lo vamos a detener. Pero póngase en nuestro lugar, amenazó a una persona que ha sido asesinada. Es normal que nos pongamos en contacto con usted. Aunque solo sea para descartarlo como sospechoso. —Calderón le regala una sonrisa.

El rostro del hombre refleja una lucha interna. Se mesa el pelo y la barba. Sus movimientos son nerviosos.

—Estoy convencida de que es inocente. Así que no se comporte como si fuera culpable y colabore con nosotros. —Silvia coloca su mano derecha en el hombro del tipo—. Si no, me veré obligada a citarlo en calidad de sospechoso y entonces sí que tendrá que acudir con su abogado.

—¿Qué quieren saber? —pregunta derrotado.

—¿Dónde estuvo el jueves seis de octubre a eso de las diez de la mañana?
El hombre levanta la vista y cuenta mentalmente.

—Ese día estuve de noche, así que a esa hora estaría durmiendo en casa.

—¿Hay alguien que lo pueda corroborar?

—Mi madre, supongo, ahora vivo con mis padres —sonríe incómodo.

—¿Le gusta salir a correr?

—No, suelo ir al gimnasio. Me gusta hacer pesas y *spinning*, pero correr, no demasiado. Alguna vez en la cinta, aunque poco.

—¿Y la mitología?

Ricardo se encoge de hombros.

—No, ¿a qué viene eso?

—¿Ha estado en el ejército?

—No, me libré de la mili por poco. La quitaron un año antes de que cumpliera los dieciocho.

—¿Tiene permiso de armas?

—Supongo que me ha caducado. Hace unos años me dio por ir a cazar, pero lo dejé.

—¿Conserva algún arma de aquella época?

—No, la vendí. La verdad es que no me gustaba.

—Muy bien, muchas gracias por su colaboración. —Calderón estrecha su mano—. Es posible que nos pongamos en contacto con su madre para corroborar que estaba en casa aquel día.

Ricardo asiente.

—Si se le ocurre algo más que pueda ayudarnos no dude en llamarme. —
Le entrega una tarjeta—. Se lo agradeceré.

Minutos más tarde abandonan Santander. Ahora es Calderón quien conduce. Reflexiona en silencio.

—¿Crees que ha sido él? —pregunta Ruiz.

—No. —contesta con desgana. Le molesta que la interrumpan cuando se encuentra en ese estado—. Demasiado estúpido para un crimen tan elaborado.

—Estoy de acuerdo. Buscamos a un individuo frío y calculador.

Capítulo XIV (Jimmy)

Martes, 2 de febrero de 2016

Jimmy encontró la calle que le había dicho Paco, era una perpendicular de la Avenida de Valencia del Cid, en Burgos. Había viajado con un plano de la ciudad, como en los viejos tiempos. Sin móvil y sin GPS. No quería dejar ninguna pista. Sabía que, si Ruth acudía a la Policía, él sería primer y único sospechoso.

Era un fantasma, indetectable, invisible. Ni tan siquiera Google conocía su paradero. Descubrió que tenía mono del móvil, lo buscaba, trataba de palparlo. No esperaba ningún mensaje importante y solo iba a estar poco más de un día sin él, no obstante, era como si le hubieran arrancado parte de su ser. Era increíble la dependencia que generaba ese estúpido aparato. Encontró un sitio. Estacionó su BMW a la primera. Ese pequeño gesto le infundió ánimos. En realidad, ansiaba reencontrarse con Paco. Él sí que era un amigo, estaba convencido de que no le fallaría. Las amistades que se forjan en los momentos duros son las auténticas, porque se han fraguado bajo el fuego de los problemas y se han templado en los momentos difíciles. Sintió el pinchazo de la culpa por haberse distanciado de Paco. Por haberse creído que pertenecía a un estrato superior.

«Qué imbécil he sido».

Recordó cuando iba con Ruth de compras. Ella tan emperifollada y él igual, vestido con la ropa que ella le elegía. Caminaba sobre sus tacones mirando por encima del hombro a todo el mundo. Elegía lo más caro, sin reparo, sin contemplaciones.

Pagaba el tonto, claro.

Encontró el portal. Llamó al portero automático.

—¿Quién? —Era el inconfundible vozarrón de Paco.

—Soy yo, Jimmy.

Empujó la puerta al escuchar el pitido. Subió los tres pisos a la carrera ignorando las paredes desconchadas y las escaleras de madera que se

retorcían de forma caprichosa. Paco lo esperaba bajo el marco de la puerta.

—¡Qué pasa, tío!

Le dio un abrazo de oso antes de que pudiera reaccionar.

—Bien colega. Aunque ahora mejor. —No mentía. Al encontrarse con su viejo amigo volvía a sentirse indestructible. Un binomio perfecto.

Entraron.

Jimmy repasó el apartamento. Muebles del siglo pasado, suciedad, paredes abandonadas... Olía a humedad y a hombre. Tendría que dormir allí, pero decidió dejar a un lado los remilgos y las reminiscencias de pijo que aún le quedaban de su relación con Ruth.

De todas formas, en pocas horas estaría borracho.

Dos horas después, Paco daba buena cuenta del último trozo de pizza. Se habían devorado dos: una grande y una mediana. Las latas de cerveza vacías formaban un muro sobre la mesa auxiliar que acompañaba al sofá. Cada uno había resumido su vida entre tragos y trozos de *peperoni*. A Paco no le había ido demasiado bien. Trabajó en la construcción hasta que la crisis del ladrillo lo mandó de una patada a la cola del paro. Sin formación y con poca capacidad de adaptación, sobrevivía como portero de uno de los clubs de carretera que se encontraban a la vera de la nacional uno. Expulsando a los borrachos que se propasaban con las chicas. Contemplando cómo putas y puteros mantenían un círculo vicioso de amor mercenario.

—Estoy hasta los cojones de cerveza —dijo el de Burgos—. Voy a empezar con los cubatas. ¿Quieres?

Jimmy asintió.

Paco desapareció en la cocina y, al rato, volvió con una botella de DYC, una de Coca-Cola de dos litros, una fuente llena de hielos y dos vasos de cristal no del todo transparentes. Los colocó sobre el cartón de una de las cajas de pizza y preparó dos combinados con una generosa proporción de wiski barato.

—Así que esa tía te ha jodido bien —dijo Paco golpeando los vasos a modo de brindis.

—Sí, colega. Me ha puesto en cuatro y me la ha metido hasta el fondo. Me ha quitado a mi hijo, mi casa, mi sueldo y mi dignidad. Ahora trabajo para

ella, soy su puto esclavo. Encima tengo que aguantar que se folle a un tío en mi cama, con mi hijo en la habitación de al lado. Aunque lo peor de todo es como me mira, con qué aires de superioridad, como si fuese un puto perro.

—Lo siento, Jimmy. Pensaba que las cosas habían cambiado con esto de la igualdad.

—¿Igualdad? Ya podría haberla. Cada vez está peor. Si yo llego a saber esto, no meto a una mujer en mi casa ni loco, y para rato tengo un hijo. ¿Sabes en qué consiste la ley?

Paco niega con la cabeza y da un trago.

—Normal, yo tampoco lo sabía. No la explicaron. Básicamente convierte a todos los hombres en culpables. Basta con que una mujer te acuse de haberla llamado tonta o diga que tiene miedo de ti para que se active el protocolo: Te detienen y te vuelves automáticamente culpable, aunque no haya pruebas, ni testigos, ni lesiones, ni signos de violencia. Nada, con su palabra o su mentira es suficiente. Pasas la noche en el calabozo, eso si no es viernes porque entonces pasas tres, y al día siguiente al juzgado de violencia contra la mujer. Donde todos van contra ti, incluso el abogado que te ponen. Su único objetivo es que te declares culpable. ¿Sabes esa frase famosa de todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario?

—Sí, claro —Paco terminó el cubata y se preparó otro.

Jimmy bebió un poco y continuó animado por la quemazón del wiski en la garganta.

—Pues es mentira, por lo menos en este caso. Es el varón quien tiene que demostrar su inocencia.

—No jodas, cómo puede ser.

—No lo sé, macho. Pero es así.

—¿Y qué pasa si es ella la que te insulta o la que te da una hostia? Conozco a algunas que están muy locas.

Esa vez fue Jimmy el que bebió.

—Eso mismo le pregunté a mi abogado y me dijo que lo más probable es que ni tan siquiera te admitan la denuncia en comisaría. Y si lo hacen, igual hasta te detienen a ti. Lo mismo que pasaba antiguamente: que una mujer iba a denunciar y la mandaban para casa con el argumento de que son cosas de familia. Pues ahora pasa algo parecido, aunque con los hombres.

»Me contó que un cliente suyo fue a recoger a su hijo el día de la visita semanal. Su ex se puso como loca y comenzó a insultarlo a gritos en el rellano

de la escalera. Los vecinos llamaron a la Policía y ella les dijo que había intentado agredirla. El crío, que tenía once años y había presenciado todo, se abalanzó sobre los policías gritando que su papá no había hecho nada. Que había sido su madre. No les importó. Lo esposaron y se lo llevaron delante de su hijo.

»Por fortuna, una de los cuatro agentes llamó a los servicios sociales y contó lo ocurrido. También testificó a favor del hombre. El niño se dibujaba a sí mismo matando con un cuchillo a los policías que se llevaron a su padre. No paraba de decir que no quería estar con su madre. Al final, meses después el padre consiguió la custodia.

—Increíble, tío. ¿Y esas historias por qué no salen por la tele?

—Lo silencian, colega. Apenas las difunden. Y alguien podría decir que el objetivo es evitar que asesinen a más mujeres y que eso justifica alguna que otra injusticia. Pero resulta que cada año aumentan los feminicidios, y eso es un dato objetivo, es una ley que no solo no detiene los crímenes, sino que incluso los incrementa.

—No me extraña. Si a mí me hacen algo así, no sé cómo iba a reaccionar. Veo que estás muy puesto en el tema.

—Sí, ya ves. Hace poco más de un año me importaba un carajo. Hasta que me detuvieron sin haber hecho nada y me lo arrebataron todo. Entonces abrí los ojos. Comencé a informarme, a seguir grupos de Facebook que defienden los derechos de los hombres.

Apuró el cubata y se preparó otro.

—Y yo que me quejaba de no tener parienta. De buena me he librado.

—Sí, bueno, tampoco serán todas iguales. Tú no metas a nadie en tu casa. Si vas a ir a vivir con alguna, lo mejor es alquilar una vivienda entre los dos. De esta forma, si hay problemas te marchas, deshaces el contrato y asunto terminado. Si quieres tener hijos es más complicado, pero si pudiera volver atrás no permitiría que Ruth redujera su jornada. Lo haría yo porque, si te separas, en el juicio no valoran el trabajo, ni el esfuerzo, ni las veces que te has levantado a las cinco de la mañana, ni las noches, ni las tardes de verano pasando un calor de muerte, ni nada.

»Los hombres tenemos mucho que espabilar, nos limitamos a asumir ciertas cosas como inevitables. Una herencia machista que nos está machacando. No debemos consentir que nuestros derechos como padres sean sistemáticamente pisoteados en los procesos de divorcio. Tenemos que protegernos, solicitar

reducciones de jornada y que trabajen ellas—. Jimmy agitó el vaso y se quedó pensativo. Necesitaba desahogarse con un amigo de verdad—. Y tampoco podemos olvidar a los niños, también necesitan un modelo paterno. ¿Sabías que los varones que crecen sin un modelo paterno adecuado tienden a convertirse en maltratadores?

—No sé, tío. Siempre ha sido así. Te divorcias y ellas se quedan con todo.

—Exacto, siempre ha sido así. Pero los tiempos han cambiado. Ahora los hombres nos implicamos en la crianza, cambiamos pañales, damos el biberón, limpiamos, nos levantamos a las tantas cuando llora el bebé... No obstante, en los juzgados parece que no se han enterado y nos siguen tratando como a seres incapaces de cuidar de un niño. Siguen anclados en los tiempos de Franco, y los movimientos feministas encantados con esta situación. Al final, para una mujer es un gran negocio separarse, es como si les tocara el sueldo de Nescafé. Todos conocemos a unos cuantos separados a los que les han quitado todo y apenas se quejan. A los hombres nos educan para no reconocer que somos víctimas, que tenemos que resolver solos nuestros problemas, a no pedir ayuda. Si lloras eres una «nenaza», compórtate como un hombre, sé un caballero... Son frases que nos inculcan desde niños y no nos permiten ver que se aprovechan de nosotros. Los de nuestra generación teníamos que ir al servicio militar mientras que ellas se quedaban en casa. Lo asumíamos como un hecho natural, pero no, no lo era. Dimos nueve meses de nuestra puta vida solo por haber nacido con pene. Y eso que no hubo una guerra. ¿Quiénes habrían ido al matadero si la hubiera habido? Ellas no, desde luego. Para que luego hablen de igualdad. No, no la hay, y los hombres somos discriminados por la ley. Incluso le han puesto nombre: «discriminación positiva» ¿Cómo puede ser la discriminación positiva? ¿Desde cuándo? ¿Acaso podríamos hablar de «racismo positivo»? Es absurdo y, en cambio, lo asumimos como si fuese la palabra de Dios.

—Es verdad, colega. Nunca lo había pensado.

—Perdona, tío. Menuda «chapa» te estoy dando, pero es que me caliento y no me aguanto.

—«Tranqui», amigo. Estoy contigo. Te ayudaré. Ya sabes que te debo una bien gorda —la voz de Paco se quebró—. A veces dudo... No estoy seguro de que hiciéramos lo correcto. Igual se nos fue la olla.

Se cubrió la cara con sus enormes manos.

—Ya está, Paco. Hicimos lo correcto. Con dos cojones. Era un pedazo de

hijo de puta. Lisa lo merecía. —Jimmy se acercó y lo abrazó—. Venga, déjalo. Prometimos no hablar más del tema. ¿Recuerdas?

—Lo sé, lo sé, aunque no te creas que lo he olvidado. Hay noches que tengo unas pesadillas terribles. Y ya ves cómo me lo pagó Lisa.

Jimmy dejó que llorara en silencio. Él tampoco lo había olvidado y también tenía pesadillas. En cuanto a Lisa, era mejor no pensarlo.

—Bueno, tú por lo menos disfrutaste de esas enormes tetas.

Los dos amigos rieron con estridencia.

—Vale, gracias, colega. Necesitaba esto —dijo Paco deshaciéndose de los brazos de su amigo—. Dime, ¿qué has pensado? —Miró a su compañero a los ojos decidido a todo.

Jimmy bebió lo que le quedaba del último cubata.

—Quiero recuperar mi casa. Es mía y ella no tiene derecho a quitármela, por mucho que lo diga una maldita jueza. Después la venderé y me sacaré la hipoteca de encima. De esa forma, podré solicitar una excedencia o una reducción de jornada y volver a pedir la custodia compartida. Si no, voy a perder a mi hijo. Ahora mismo soy casi un desconocido para él. Pasa más tiempo con el cabrón ese al que se folla Ruth que conmigo.

Paco asintió animándolo a continuar.

—Me gustaría que le dieras un susto.

Paco respiró aliviado, se imaginaba algo peor.

—Ruth no es una persona valiente. Estoy seguro de que serás capaz de «convencerla» para se vaya. Siempre fuiste muy bueno en eso —sonríe—. Además, por muy chula que se ponga, en el fondo sabe que no lo ha hecho bien, que ese piso es mío.

—Lógico, si tiene un mínimo de conciencia.

—Es fácil. —Buscó un papel que guardaba en el bolsillo de su camisa y lo desplegó sobre la mesa—. He dibujado el plano del garaje: ésta es mi plaza, se encuentra en el segundo sótano. Lo que facilita las cosas. Aquí hay un cuarto donde se encuentran las bombas de agua —señala con el dedo—, se inunda con facilidad así que son necesarias. Tengo la llave. Cuando me tocó ser el administrador encargué copias de todo. Pensé que algún día podrían serme útiles.

—Siempre tan previsor. —Paco agarró el croquis para estudiarlo—. ¿Qué coche tiene?

—Un Ibiza negro lleno de bollos. Ruth nunca ha sido buena conductora.

—Vale, entiendo que puedo esperarla en el cuarto de las bombas y asaltarla cuando vaya a entrar al coche. Necesitaré alguna foto.

—Sí, claro aquí tienes.

Le entregó un folio con dos imágenes de ella.

—Joder tío, no está nada mal. Menuda morenaza. ¿Cuál es el plan? Seguro que ya tienes uno.

—Sí, ella deja al niño en el colegio a las nueve y cuarto. Después vuelve a casa y baja al garaje. A esa hora es extraño cruzarse con alguien más. Ninguno de mis vecinos saca el coche. Lo he comprobado. ¿A qué hora terminas en el club?

—Cierran a las cinco, aunque siempre hay algún cliente que se retrasa un poco.

—Bien, es perfecto. Terminas en el curro, te vienes a casa, desayunas un poco y te marchas. En coche tardas un par de horas. Llegas sobre las ocho, la esperas, le pegas el susto y te vuelves. No te lleves el móvil, déjalo encendido sobre la mesilla. De esta forma podrás decir que estabas durmiendo.

»Ah, y no olvides destruir el plano y las fotos.

—¿Qué vas a hacer si a pesar de todo no se marcha?

—No lo sé, colega, no lo sé. Si no se asusta, cosa que no creo, irá a la Policía y me detendrán de nuevo, supongo. Lo negaré hasta el final y ella no tendrá pruebas. Ya me acusó en falso una vez, espero que eso juegue en su contra.

—Lo haré bien, tío. Se cagará en las bragas.

—No lo dudo, Paco, no lo dudo. ¿Tomamos otra?

—¿Te acuerdas de Lisa? —preguntó Paco con su corpachón apoyado en la barra.

Llevaban ya casi dos horas en uno de los *clubs* que flanquean la nacional a la salida de Burgos, muy cerca de donde Paco trabajaba como gorila. A Jimmy no le extrañó que le propusiera ir a uno de ellos, a su amigo siempre le habían gustado las prostitutas. Él, en cambio, no sentía ninguna simpatía por esos lugares. Sin embargo, le pareció una idea excelente, ya que no se podía elegir un lugar más discreto y no deseaba que lo vieran con él por Burgos.

—Sí, colega, estaba buenísima. Qué suerte tuviste, capullo. Me imagino

que sería una diosa en la cama —confirma Jimmy zarandeándolo un poco.

En realidad, Lisa le rompió el corazón a Paco y jugó con él como si fuera su muñeco, también con Jimmy. Este dudaba si ella les había mentido y lo había planificado todo. Al fin y al cabo, solo habían escuchado la versión de Lisa. «El Rata» lo negó todo hasta el final, aunque, dadas las circunstancias, su palabra no tenía demasiado valor. Sin embargo, guardó sus pensamientos y le siguió la corriente mientras escuchaba las maravillas de la tinerfeña.

«La mente es farsante a la hora de rescatar recuerdos antiguos», meditó.

Jimmy levantó la vista y observó que el local estaba casi vacío. Tan solo había tres clientes, aparte de ellos. La tenue luz azulada, auxiliada por luces ocultas de tono rojo, iluminaba una pista metálica que recordaba a las discotecas de los setenta. Una docena de chicas ocupaban los rincones sentadas en los taburetes, aburridas, esa no iba a ser una noche rentable. Él y Paco las habían rechazado a todas y hacía ya un buen rato que los dejaban tranquilos.

Una de ellas, una rumana, alta, morena y hermosa, aunque demasiado antipática para el gusto de Jimmy. Se colocó en el centro de la pista y comenzó a bailar de forma provocativa mirando con descaró a Jimmy.

—Creo que le has gustado —sugirió Paco—. Vete con ella, seguro que te lo hace pasar bien.

—No sé, tío. Está muy buena, pero me ha parecido una borde.

Ella continuó con su mirada descarada.

Jimmy levantó su cerveza sin alcohol, hacía rato que no podía tomar más, y la saludó sonriente. Ella cerró el puño y levantó el dedo medio apuntando a Jimmy antes de girarse y continuar con su danza meneando aún más el trasero.

—¿Lo ves? Qué mala hostia tiene la tía.

Los dos soltaron una carcajada.

Fue entonces cuando aparecieron dos chicas nuevas.

Al verlas acercándose, los dos amigos callaron. Caminaban juntas, casi rozándose, sensuales, contoneando sus generosas formas. Los diminutos vestidos apenas ocultaban sus encantos. La morena era un poco más alta. Jimmy se fijó en la rubia, ojos verdes, sonrisa dulce. No hicieron falta palabras. Ella se apoyó en él y su amiga sobre Paco.

—¿Cómo te llamas, guapo? —el acento brasileño delató su procedencia.

—Jimmy, ¿y tú? —Rodeó su cintura con el brazo. Dio un trago a su cerveza «sin» y se sintió ridículo.

—Vaya, un chico sano, me gusta —añadió ella riendo con suavidad—. Me llamo Clara.

Le plantó dos cálidos besos demasiado cerca de los labios. Jimmy supo que había caído, que estaba atrapado. La deseaba y su cuerpo reaccionó. Hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer.

—Me gustas —susurró Clara dejando que su aliento jugueteara con la oreja de Jimmy—. Necesito que me hagan el amor y los de cuarenta sois los mejores en la cama.

Ella se apretó aún más contra su cuerpo y él pensó que iba a romper el pantalón.

Paco lo miraba sonriendo. La morena lo abrazaba y reía apoyada en su musculoso hombro.

—Yo subo con ella. Tú haz lo que quieras.

Jimmy asintió.

—Vamos —dijo Clara—. Caminemos agarrados, deja que imagine que eres mi novio.

Subieron las escaleras hasta la primera planta. Las dos mujeres reían y charlaban animadamente en portugués. A Jimmy le pareció que Clara decía que lo iba a usar para sacarse el asco de encima. Decidió no darle vueltas al asunto. No quiso saber ni imaginarse lo que había hecho la joven antes de que se encontraran.

Se despidieron y cada pareja entró en su habitación.

Jimmy la abrazó por detrás, paseó sus besos por el cuello y la nuca. Ella se dejó hacer acariciando los bíceps que la rodeaban y apretando su bien torneado trasero contra el bulto del pantalón. Al rato, ella se giró, buscó sus labios y sus lenguas se entrecruzaron en un juego delicioso. Jimmy no tenía mucha experiencia con prostitutas, solo había contratado sus servicios en tres ocasiones cuando estaba en el ejército, pero tenía entendido que las putas no besaban. No le importó, decidió dejarse llevar.

—Espera un poquito —dijo Clara separándose—. Déjame prolongar este momento.

Hurgó en su móvil y una canción llenó el ambiente. Era una melodía con un ritmo suave. De esas que invitan a los amantes a bailar abrazados. Una voz femenina cantaba en portugués. Clara repetía la letra susurrando al oído de Paco. De cuando en cuando, ella le quitaba una prenda y le dejaba a él hacer lo mismo. Tardaron dos canciones en quedarse totalmente desnudos. Hacía

mucho tiempo que Jimmy no disfrutaba de la compañía femenina. Ella consiguió, aunque fuese por un rato, que se olvidara del odio y el rencor que había acumulado durante los últimos meses. Lo tendió sobre la cama. Buscó en su bolso un preservativo y estudió su pene acariciándolo. Lo miró con picardía y dejó el profiláctico sobre las sábanas. Jugó con él utilizando los pechos y la boca. Jimmy creyó estar en paraíso.

«A saber cuántas pollas ha chupado hoy y tú morreándote con ella», le hablaba la parte más cínica de su cerebro. No le importó, pensó que era especial. Seguro que con los demás había usado la gomita. Al cabo de un rato le indicó que parara, el punto de no retorno estaba demasiado cerca. Clara se puso sobre él. Colocó el condón con destreza profesional y se deslizó hasta que los dos cuerpos encajaron.

—Aguanta un poco, vale... —gimió ella.

—Tranquila. Aguanto lo que quieras, amor —contestó convencido, deseaba darle placer, llevarla al cielo. Por fortuna el alcohol actuaba como retardante.

Hicieron el amor con pasión y ternura. Jimmy perdió la noción del tiempo. Al terminar Clara se recostó sobre su hombro. Hablaron mientras las endorfinas recorrían sus sistemas sanguíneos. Cada uno hizo un breve resumen de su vida. Clara había nacido en la ciudad de Recife, al norte de Brasil, hacía veintiocho años. Decidió viajar a España con la idea de hacerse rica, aunque las cosas no eran tan sencillas como había creído dos años atrás. Los tres primeros meses los pasó en un club de Almería pagando la deuda. Le contó que había días que no sabía ni con cuántos hombres se había acostado. Jimmy no quería escuchar eso, sin embargo, ella necesitaba desahogarse y él sentía que debía protegerla.

—Estoy muy a gusto contigo, pero tengo que seguir trabajando —dijo Clara por fin. Se levantó y comenzó a vestirse—. Lo he pasado genial.

—Yo también. —Jimmy buscó su cartera. Paco le había informado de que el precio solía rondar los cincuenta euros. Sin embargo, le pareció demasiado bajo para lo bien que lo había pasado. Así que sacó ochenta y los dejó sobre la mesa.

Ella lo miró con una extraña sonrisa.

—Me vas a hacer sentir como una puta.

—Perdona, no era mi intención, aunque no entiendo nada...

—No quiero cobrarte, me has tratado como a una princesa.

—Ya, pero es tu trabajo.

—No siempre. También soy una mujer que necesita que la atiendan. Sácame a pasear un día. Comparto piso con unas compañeras en Santander. Vivimos cerca.

Antes de que pudiera reaccionar utilizó el pintalabios para escribir su número en el billete de cincuenta, marcó un beso y se lo entregó.

—Llámame y me invitas a cenar con este dinero.

—Está bien, lo haré. —Ignoró las alarmas de su cerebro—. ¿Cuándo libras?

—Nos comprometemos a trabajar en los clubs durante veintiún días seguidos. Después me gusta descansar diez. Aquí termino el jueves de la semana que viene.

—Vale, quedamos el fin de semana siguiente.

Clara se acercó solicitando un beso y él la correspondió.

—No te sientas obligado: si no me llamas, lo entenderé. Aunque me gustaría volver a verte.

—A mí también.

—Ojalá... —Ella bajó la vista.

Se despidieron y Jimmy se abandonó la habitación primero. Buscó a Paco alrededor la pista. No estaba. Decidió esperarlo fuera. Por nada del mundo quería ver a Clara marcharse con otro cliente. Encontró a su amigo charlando con el portero del local. Pertenecían al mismo gremio así que se conocían.

—¿Ya has terminado, campeón? Pensaba que te habían secuestrado.

Los dos gorilas rieron con estruendo.

Se montaron en el coche de Paco. Un Mercedes de más de veinte años. Jimmy le contó lo ocurrido con Clara.

—Así que no te ha querido cobrar.

—No, y me ha pedido que la llame.

Le enseñó el billete con el número.

—Bórralo —sentenció Paco tras unos instantes de reflexión—. Lo que te ha pasado no es tan raro. Ellas también se enamoran, ¿sabes? Son mujeres y les gusta tener un novio. He visto muchos casos, demasiados. Creo que casi todas las que trabajan en mi club tienen pareja o están casadas. ¿Te imaginas lo que supone eso para un hombre? El otro día tuve que echar del club al marido de una. Llegó todo borracho dispuesto a liarla. Después lloró en mi hombro y llamé a un taxi para que no volviera a casa en coche.

—Tienes razón, lo borraré —afirmó Jimmy.
Se miraron.
Ambos sabían que mentía.

Capítulo XV (Calderón)

Lunes, 17 de octubre de 2016

Silvia entra en su portal y decide terminar el entrenamiento subiendo por las escaleras dando grandes zancadas. Cuando llega a su piso el corazón le late desbocado y los pulmones no consiguen absorber todo el aire que necesita.

«Demasiado tabaco».

Necesita unos instantes para recomponerse antes de poder abrir la puerta. Una vez dentro se quita la ropa de *runner* y se dirige al baño con la intención de darse una merecida ducha. Por el camino consulta el teléfono y descubre una llamada perdida de su antiguo jefe: el comisario Álvarez. Esto le sube la moral, aún no son las nueve de la noche, así que decide devolver la llamada cuando salga del baño.

Veinte minutos más tarde marca el número de Álvarez mientras prepara un sándwich para cenar.

—Hola, ¿qué tal te trata la vida? —contesta una voz de barítono al otro lado de línea.

—Bien, comisario, no me quejo. ¿Y a vosotros? ¿Cómo os va?

—Igual que siempre. Todo el día buscando chalados, ya sabes. Pero hablemos de ti. ¿Qué tal llevas el caso del asesinato en el juzgado?

—No sabría qué decirte. Voy tejiendo una red mientras descarto sospechosos. Ya solo me queda uno por investigar, aunque, de momento, ni tan siquiera he hablado con él.

—No deseas alertarlo, supongo.

—Sí, mejor que no sepa que lo tenemos en el punto de mira. Por cómo cometió el crimen está claro que es un tipo muy inteligente. No dejó ninguna prueba en la escena de los hechos.

—Vaya, eso sí que sería una putada. Saber quién es y no poder demostrarlo. Pero no te preocupes: seguro que ha cometido un error. Entiendo que aún no habéis registrado su casa.

—No, aún no. No obstante, no tengo prisa; es lo bueno de este tipo de crímenes. No tienes la urgencia de atraparlo antes de que cometa otra

salvajada, por eso me lo tomo con calma a pesar de las presiones de los de arriba.

—Haces bien, Calderón; no te precipites y los de arriba que se jodan. En realidad, les importa un carajo, solo desean quedar bien con la opinión pública.

—Lo sé, pero cuéntame algo de la unidad. Ni te imaginas lo que os echo de menos —sugiere Silvia.

Una hora más tarde Silvia se sirve un generoso vaso de Ballantines sentada en el sofá frente al televisor. Agradece haber hablado con Álvarez, él había sido su mentor años atrás, cuando entró en la unidad de delitos sexuales.

Se enciende un cigarrillo.

Sin embargo, los fantasmas del pasado han acudido a la cita periódica con su mente. Lucha contra ellos con la dudosa ayuda del wiski. Mira sin interés un programa el cual dos jóvenes, no demasiado agraciadas, se disputaban el amor de un granjero de cuestionables modales.

Bebe un trago y deja que los vapores del alcohol la transporten unos años atrás:

Madrid, 27 de julio de 2013

Silvia estaba agotada, en las últimas sesenta horas solo había pasado por casa en una ocasión; lo justo para darse una ducha y cambiarse de ropa. Se encontraba sola en la sala de reuniones, sentada en una desgastada silla de escay negro. Con los codos apoyados sobre una mesa central plagada de papeles, fotografías, trozos de bocadillo y vasos de café de máquina con su correspondiente circulito debajo. El viejo sistema de climatización no conseguía aplacar el inmenso calor que castigaba la ciudad en los últimos días. Sentía su cuerpo pegajoso, así como el denso olor de sus axilas, sin embargo, se resistía a irse a casa, no pensaba rendirse, no, ella no. El reloj que colgaba en la pared, blanco y con las agujas y los números negros, marcaba las diez menos veinte de la noche. Agarró una de las fotos del niño y mirando su cara sonriente murmuró:

—No, chaval, no te abandonaré; se lo prometí a tus padres. Tú resiste, sé fuerte. Todavía te quedan más de cinco horas. Te encontraré.

Era el quinto crío que había desaparecido en los últimos seis meses. Sabía

que llevaba casi setenta horas de tormento a manos de su captor, pero aún estaba vivo. Era un ritualista, después de abusar de ellos sin compasión durante tres días, les marcaba la frente con un tres antes de estrangularlos a las tres de la mañana.

La inspectora llevaba más de una década en la unidad especial de delitos sexuales. Había visto de todo, no obstante, nada la había preparado para este caso: por la corta edad de las víctimas -entre cuatro y siete años-; por cómo se ensañaba con ellos; por la astucia e inteligencia del asesino; por el revuelo mediático que se había producido... Procuraba no implicarse personalmente en los casos, pero esta vez había sido imposible. Odiaba a aquel tipo, deseaba atraparlo más que nada en el mundo, los últimos meses había sido su obsesión y ahora volvía a esfumarse sin dejar ningún rastro. Salvo vagas referencias a una furgoneta blanca y vieja de las pequeñas, tipo C-15. Había más de diez mil vehículos en Madrid que coincidían con esas características. Un par de vibraciones de su *smartphone* la sacaron de sus cavilaciones y lo extrajo del bolsillo. Era un extenso mensaje de Carlos cargado de reproches porque se sentía abandonado. Apenas lo leyó, no tenía el cuerpo para una pelea de novios, ella estaba intentando salvar a una criatura y él solo se preocupaba de sí mismo.

Ignorando las quejas de sus agotados músculos se obligó a incorporarse, necesitaba cafeína. Al hacerlo, observó que, debajo de un informe, había un paquete de Lucky Strike. Lo agarró y comprobó que dentro quedaban cuatro cigarrillos y un mechero del Deportivo.

—Supongo que no te importa, Ferreira —murmuró antes de encenderse uno.

Solo fumaba en ocasiones especiales, y esta era una de ellas. Saboreando cada calada, se dirigió al pasillo contiguo en busca de la máquina de café. Eligió el solo largo sin azúcar y volvió a su asiento. Frente a ella estaba el mapa de Madrid, en él habían dibujado varios puntos: en azul los lugares donde se habían producido los secuestros; en rojo donde habían aparecido los cadáveres. Sendos círculos negros delimitaban las zonas donde dos algoritmos habían decidido que podía encontrarse la guarida del monstruo.

Observó el plano entre el humo mientras saboreaba la cafeína.

Los resultados no habían sido concluyentes. Faltaban datos y habían dado unos niveles muy bajos de probabilidad. Aunque eso no había impedido que varias patrullas, y ella misma, recorrieran varias veces las zonas marcadas.

Recordó una serie americana en la que un matemático, realizando complejas ecuaciones, era capaz de determinar el lugar del próximo crimen.

«Ojalá fuera tan fácil», meditó.

Pero no, no era una película, era el asqueroso mundo real, donde no siempre ganaban los buenos salvando a la víctima en último instante. Fantaseó con la idea de tener superpoderes y ser capaz de localizar a su presa con algún truco telepático. Estaba desvariando, probablemente por la falta de sueño. Silvia no lo deseaba, pero sus párpados se cerraron y todo se volvió negro.

—Inspectora, inspectora... ¡Despierte! —escuchó mientras alguien la zarandeaba.

Entreabrió los ojos y pudo distinguir al comisario Álvarez.

—Perdone, comisario, he debido de quedarme dormida.

—Ya veo, ya. Pero... ¿qué hace aquí? Váyase a casa tiene un aspecto horrible. ¿Cuánto lleva sin dormir? ¿Tres días?

—Lo sé comisario, pero no puedo. Ese niño... —cortó la frase y miró al reloj—. ¡Son las once y cuarenta! ¡Mierda! ¡Le quedan menos de cuatro horas! —exclamó golpeando la mesa con la palma de la mano. No conseguía disimular la rabia y la impotencia.

—Lo sé, Calderón, pero ya no puede hacer nada más. Ha hecho todo lo posible, está agotada. Necesita descansar, es usted mi mejor investigadora y la quiero en plena forma para mañana.

—No, Álvarez, no. Me niego a encontrar mañana su cadáver, aún está vivo, no me resigno. —Un puño de acero retorció su garganta.

—Yo tampoco inspectora, ya sabe que tenemos a todas unidades disponibles buscándolo. Pero usted ya no puede más, es humana, lo ha dado todo, de eso puede estar segura.

—¿Sabe, comisario? Prometí a sus padres que lo encontraría y que se lo llevaría sano y salvo a su casa —comenzó a sollozar sin control—. Esa pareja me miró a los ojos y contemplé la desesperación más profunda. Me suplicaron que encontrara a su pequeño y les juré que lo haría —hablaba entrecortada por culpa de la congoja—. No puedo fallarles a esos padres. ¿Lo entiende?

El comisario, un sesentón de casi noventa kilos y metro ochenta, la abrazó dejando que mojara su camisa con las lágrimas.

—Tranquila, Silvia. —Aunque, desde que entró en la unidad había sido

como un padre para ella, era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila—. Has hecho todo lo posible, no somos dioses, tenemos limitaciones. Tienes que asumirlo.

—No puedo, comisario, ya lo he dejado escapar en cuatro ocasiones.

—No digas eso, joder, no. Tú no eres responsable de lo que haga ese hijo de puta. —La agarró por los hombros separándola con enérgica delicadeza—. Vete a casa y descansa, mañana lo verás de otra manera.

Silvia se separó un tanto avergonzada por su comportamiento.

—Está bien —musitó agachando la cabeza.

Agarró el pequeño bolso de cuero marrón que colgaba de uno de los percheros de la pared, extrajo un clínex para sonarse, se despidió del comisario y, caminando como quien arrastra una dura derrota, se dirigió al ascensor.

—¡Calderón! —la llamó el comisario desde el marco de la puerta mientras ella miraba la puerta metálica del elevador—. No se hunda, lo está haciendo bien, terminará por atrapar a ese cabrón.

La inspectora esbozó un amago de sonrisa, entró en el cubículo y apretó el botón del segundo sótano. El pequeño habitáculo no estaba acondicionado así que el bochorno provocaba que sus vaqueros se adhiriesen a su piel. Se estiró la blusa de color azul oscuro para tratar de disimular su arma reglamentaria que llevaba en la cartuchera unida al cinto. La placa era visible al otro lado. Al entrar en el garaje, su cerebro cortocircuitó, ¿cómo podía ser posible que allí abajo hiciera más calor? Para una mujer nacida a orillas del Cantábrico, eso era inexplicable, aun llevando una década viviendo en la capital. Buscó su Alfa 147, se introdujo y arrancó para poder poner a tope el aire acondicionado. Volvió a mirar el móvil y descubrió otros dos WhatsApps de Carlos, ni tan siquiera los abrió. Se quedó un rato estudiando, a través del retrovisor interior, las horribles ojeras que tenía.

No iba a ir a casa, el niño estaba vivo y ella lo buscaría. Agotadas todas las pistas y las líneas lógicas de investigación, probaría con la suerte. Volvería a recorrer los polígonos marcados por el programa informático. Sin embargo, estaba agotada, su cuerpo y su mente respondían con lentitud. Buscó en la guantera, al fondo, en una esquina, encontró lo que buscaba: una pequeña bolsa transparente con unos gramos de polvo blanco dentro. Una requisita realizada unos meses atrás. Esparció un poco sobre el libro de mantenimiento y con el mismo plástico hizo dos rudimentarias rayas. Enrolló un billete de diez euros y

aspiró una por cada orificio de la nariz. Tras el picor inicial, sintió como la droga entraba en su torrente sanguíneo dándole nuevas energías. Abandonó el parking y condujo por unas calles que comenzaban a estar desiertas. Exprimía las marchas escuchando el motor del 147, como si las revoluciones fueran a darle la respuesta que necesitaba.

Llegó a la M-40, el reloj del tablero marcaba la una y veintisiete. Se imaginó al tipo, el perfil elaborado por criminalística decía que era un hombre soltero, de entre treinta y cuarenta que, probablemente, había vivido con su madre o abuela fallecida recientemente y que al perder ese freno había salido el monstruo que llevaba dentro. Un cartel de la autovía anunciaba el Polígono Industrial Ventorro del Cano en la próxima salida. La segunda opción marcada por el algoritmo cazador de criminales.

Al entrar en el polígono, comenzó a perder aplomo y seguridad. Las dudas jugaban en su mente. ¿Por qué había escondido un revólver en el maletero? No obstante, no tenía nada que perder. Detuvo el vehículo en el arcén y contempló la multitud de pabellones que tenía frente a ella. Necesitaba otro «tiro», así que volvió a buscar la bolsita y repitió la operación, aunque esta vez se conformó con una sola raya. El reloj indicaba que quedaban trece minutos para las dos.

—Vamos, Silvia, ¿izquierda, derecha o frente?

Reanudó la marcha y giró en la primera a la derecha, condujo sin rumbo entre las solitarias calles movida únicamente por la desesperación, sin saber qué buscaba. Decidió abandonar las vías principales e introducirse por las más estrechas, algunas no estaban asfaltadas y la dura suspensión de su Alfa 147 se quejaba. Siniestros gatos huían asustados por los faros, como únicos testigos de su locura.

Cuando estaba por la parte más antigua del polígono, entre las edificaciones más ruinosas, divisó una furgoneta blanca de las pequeñas, una Ford Courier. Frenó en seco, se encontraba a menos de cien metros. Apagó las luces y estacionó junto a una pared. Miró la hora: las dos y veinte. Sintió algo. ¿Un aviso de su intuición? ¿O la confirmación de que se estaba volviendo loca? Un torrente de adrenalina recorrió su cuerpo, acelerando su corazón y reconfortando su espíritu.

—Vamos, Silvia, con dos ovarios— le dijo a la mujer que la miraba desde el retrovisor.

Antes de salir extrajo su USP Compact, montó el arma, comprobó el seguro

y la volvió a guardar en la cartuchera. Al bajar, se hizo con una linterna y abrió el maletero. Debajo del tapizado, escondido en la rueda de repuesto, guardaba un pequeño revólver sin registrar, se había hecho con él en una redada a un puticlub dos años atrás. Lo sacó de su envoltorio de plástico y tela, comprobó que tenía seis cartuchos y giró el tambor antes de guardarlo en el bolso. Todo ello sin quitar el trapo, para evitar tocarlo con sus dedos.

Caminó con sigilo escondida entre las sombras. La furgoneta estaba frente a lo que parecía un taller abandonado. Su pulso se aceleró, por alguna extraña razón sabía que era esa. Sacó una foto de la matrícula y después ordenó al Google Maps de su móvil que la localizara. Realizó una captura de pantalla y le envió los dos archivos a su compañero. Si le ocurría algo, sabría por dónde empezar a investigar y, si se equivocaba, ya hablaría con él, convencida de que todo quedaría entre ellos. Para llegar a la puerta debía subir por una oxidada escalera metálica. Procuró hacer el menor ruido posible; por fortuna, las zapatillas que llevaba eran de suela blanda. Se colocó los guantes de látex y forzó la cerradura con la ganzúa que siempre llevaba consigo. Empujó la puerta conteniendo el aliento y entró. En ese momento estaba cometiendo un delito, allanamiento de morada. Las dudas la asaltaron, en realidad, no tenía ninguna evidencia de nada, solo una corazonada que bien podía deberse a la falta de sueño y a la cocaína. No importaba, ya no se iba a echar atrás, lo más probable es que el sitio estuviese vacío.

Alguien silbaba, así que no estaba sola. Se apretujó contra la pared y estudió el lugar. Olía a aceite viejo y podrido. Era un espacio amplio y vacío con ventanales a unos cinco metros de altura, gracias a eso la luz de las farolas lograba iluminar tenuemente el pabellón. Observó que había alguien en lo que supuso que había sido la oficina, en una esquina. De ahí venía el silbido, así como un rayo de luz que se filtraba por el marco de la puerta. Comenzó a sudar aún más y desenfundó la pistola.

«Piensa, piensa...», meditó de cuclillas con la espalda apoyada contra la mal encalada pared.

De pronto, frente a ella, en el lado opuesto, le pareció que algo brillaba: era una cadena unida a una argolla. Demasiado nueva para encajar en ese lugar. Los eslabones bajaban y desaparecían tras un bulto que parecía estar envuelto en algo. Recordó las marcas en el cuello de las víctimas que le había mostrado el forense y se puso en movimiento. Se acercó agazapada sin salir de las sombras. La adrenalina fluía por sus venas sin control y el corazón se

disparó. Con la mano izquierda retiró una áspera y maloliente manta y lo descubrió. Allí estaba Jorge, encadenado como un perro sobre un colchón que parecía sacado de la basura. El niño no se movía, por un momento se temió lo peor, pero no, comprobó que respiraba, lo más probable es que estuviese drogado.

La puerta de la oficina se abrió y observó que un hombre salía con una luz de *camping* en la mano continuaba silbando la melodía.

—Bueno, guapo, ya casi son las tres y ya me he cansado de ti —escuchó.

La inspectora reaccionó al instante, con la linterna en la mano izquierda y la pistola en la derecha apoyada sobre el antebrazo contrario se incorporó. Apretó el botón y dirigió el haz de luz a los ojos del asesino para deslumbrarlo, se aseguró de que el cañón se interpusiera un poco delante de la bombilla de led para que el tipo pudiese verlo.

—¡Alto, policía! —dijo con autoridad—. ¡De rodillas, cacho cabrón! ¡Ponte de rodillas!

El sujeto, cogido por sorpresa, se quedó paralizado. Del susto dejó caer algo metálico y el candil que rodó un par de metros creando una fantasmagórica danza.

—¡He dicho que de rodillas y las manos en la nuca! —insistió la inspectora más amenazante.

—Está bien: me rindo —dijo sumiso arrodillándose.

La inspectora, sin dejar de encañonarlo, comprobó los objetos caídos: un cable, un mechero Zippo y un hierro con un tres seguido de dos ceros.

—Lo ibas a marcar antes de estrangularlo, ¿verdad, hijo de puta? —siseó Calderón decepcionada porque no presentaba resistencia.

—Lo siento, estoy enfermo, hay unas voces que obligan a hacerlo... —sollozó.

Silvia lo observó, era un tipo corriente con unas gafas de pasta oscura. Ni alto ni bajo, ni feo ni guapo, bastante en forma y con cara de bueno. Nada en su aspecto exterior delataba el monstruo que llevaba dentro. Uno espera ver algo maligno en el rostro de un ser así, pero no, su aspecto suele ser normal incluso demasiado corriente.

—Me alegra que me hayas detenido, no podía soportarlo más...

—¡Cállate, gilipollas! —interrumpió la inspectora.

Allí lo tenía, sumiso como un corderito y ya comenzaba a interpretar su papel. Recordó la teoría sobre la moral Lawrence Kohlberg. Un tipo que había

dedicado su vida a estudiar el desarrollo ético. Según Kohlberg había siete niveles de desarrollo moral: el primer lugar lo ocupaba el niño, sin discernir entre el bien y del mal, basando sus acciones en función de sus necesidades y deseos, reguladas únicamente por los estímulos negativos o positivos. En el segundo nivel, las personas responden al sí o no aceptando la autoridad. Las del tercer nivel estaban fijadas en reglas y obedecían órdenes. Las del cuarto nivel aceptaban la ética de la mayoría. Una persona del quinto nivel dedicaría su vida a crear y defender leyes con el objetivo de beneficiar a la mayoría. Las personas de este nivel solían ser excelentes abogados. Las del sexto nivel serían capaces de trascender a las del quinto y crear realidades éticas más allá de las fronteras nacionales, culturales, sociales o religiosas. Las del séptimo nivel respondían a principios universales y serían casos excepcionales: Jesús, Gandhi, Buda... Kohlberg pensaba que los Estados Unidos estaban compuestos en su mayoría por individuos del tercer o cuarto nivel, dirigidos por sujetos del quinto nivel. Sostenía que las personas nunca podían actuar por encima de su nivel de desarrollo, pero sí por debajo del mismo. Años después, descubrió horrorizado que había un nivel cero. Había personas que carecían de conducta moral, por primaria que fuese, ni tan siquiera por los estímulos placer/dolor. Una persona de este nivel podía cruzarse con otra y matarla por puro capricho, sin mostrar duda o arrepentimiento alguno.

Silvia estaba convencida de haber conocido a algunos individuos del nivel cero. Sin embargo, mirando a aquel monstruo le pareció que Kohlberg se había quedado corto. Tal vez había un nivel por debajo del cero. Personas excepcionalmente crueles y malvadas. Seres, como el que tenía delante, que no tenían el derecho a ser considerados personas.

Pensó en los años que estaría en la cárcel: pocos, sin duda. Recibiría tratamiento psiquiátrico, se comportaría de forma sumisa en los tribunales y en veinticinco años en el mejor de los casos estaría fuera. Y antes estaba el juicio, tardaría unos dos años en celebrarse. Las víctimas volverían a revivir el infierno sufrido. Las heridas mal cerradas se abrirían de nuevo. Era posible que le hicieran declarar a Jorge, obligándole a recordar esos tres días infernales.

Una furia primitiva se apoderó de la inspectora. ¿Para qué había cogido el revólver? Lo sabía, sin embargo, dudaba, ella no era una criminal, aunque..., ¿acaso era un crimen librar a la sociedad de ese demonio? El niño sollozó y se

removió en su catre, él lo miró y Silvia observó un destello de lujuria en sus ojos. Aquello fue suficiente para que cayera la débil barrera que la sujetaba. El primer disparo lo hizo su dedo índice, que cobró vida propia; el segundo fue ella misma, para asegurarse, consciente de que, aun siendo una tiradora excelente, no estaba en su mejor momento.

El monstruo cayó hacia atrás como un saco. Enfocó a Jorge y comprobó que el ruido de las detonaciones lo había espabilado un poco, pero aún seguía inconsciente. Debía actuar rápido. Todavía llevaba puestos los guantes. Sacó el 38 del bolso y lo colocó en la mano derecha del cadáver, asegurándose de impregnar sus huellas por toda el arma. Se colocó detrás y lo elevó dejándolo sentado. Los proyectiles lo habían atravesado así que debió tener cuidado para no mancharse demasiado de sangre. Estiró el brazo del pederasta y, cogiendo la mano inerte, realizó un disparo con el 38 hacia donde se encontraba ella momentos antes. Después rebuscó en sus pantalones en busca de la llave del candado para liberar a Jorge. Lo encontró a la primera en uno de los bolsillos traseros, no obstante, continuó revolviendo los delanteros y moviendo el cuerpo. Una disculpa excelente para despistar a los de balística.

Se quitó los guantes y llamó a la comisaría solicitando refuerzos y una ambulancia. Con el pie golpeó el revólver siguiendo el procedimiento de desarme de un sospechoso caído. Liberó al niño.

—Jorge, Jorge. Cariño, despierta —lo zarandé con suavidad.

La criatura entreabrió los ojos y quiso zafarse del abrazo de Silvia.

—Tranquilo, soy policía —susurró con la máxima dulzura de la que era capaz—. Estás a salvo.

—El señor malo... ¿se ha ido?

—Sí, no te preocupes. No volverá a hacerte daño.

Se incorporó con el niño aferrado a su cuello buscando con la linterna un interruptor o un tablero eléctrico. Encontró uno a unos metros y lo apretó. Al instante, unos fluorescentes comenzaron a iluminar el pabellón. Buscó un lugar cerca de la entrada desde donde Jorge no pudiese ver el fiambre y se dejó caer apoyando la espalda en la pared, ya solo quedaba esperar. Lo escuchaba sollozar y temblaba apretándose contra ella, decidió hacer algo poco ortodoxo. Buscó en su móvil el número de sus padres y llamó. Apenas saltó el primer tono cuando escuchó la voz de un hombre.

—¿Sí, dígame? —aun siendo una pregunta corta, el tono reflejaba el terror de quien espera recibir la peor de las noticias.

—Sr. Herrán... —no recordaba el nombre de pila.

—Sí, soy yo...

—Está bien. Jorge está bien, lo tengo aquí conmigo, lo hemos rescatado.

La Inspectora Calderón jamás olvidaría los instantes que siguieron a esa frase: escuchó gritos de júbilo y como la madre se hacía con el teléfono.

—¿Inspectora? ¿Es usted...?

—Sí, soy yo. Les prometí que encontraría a su hijo.

—Es usted un ángel, gracias... mil gracias... —decía sollozando.

Jorge comenzó a espabilarse al escuchar las voces de sus progenitores, así que Silvia activó el altavoz para que pudieran hablar.

Los primeros en llegar fueron un par de uniformados que no conocía, un hombre y una mujer. Parecían bastante novatos y se pusieron muy nerviosos al ver al pederasta muerto. La inspectora sonrió para sus adentros viendo como no solo no acordonaban la zona, sino que pisoteaban todas las evidencias. Después llegó una patrulla de la policía local, la ambulancia y más compañeros que, estos sí, protegieron el cadáver. A Silvia se le vino encima todo el cansancio y el estrés acumulado, su organismo avisó que ya no daba más de sí. Algunos inspectores le preguntaron qué había ocurrido, ella, sin disimular su agotamiento, mantuvo la versión de la defensa propia. En algún momento apareció el comisario Álvarez con los de criminología y se la llevó espantando al resto, sin dejar que contestara a más preguntas. La metió en su coche y la llevó a casa. Por el camino echó una cabezada así que apenas hablaron. Su jefe le dijo que descansara y que ya declararía mañana cuando le apeteciera ir por la comisaría.

Cuando entró en su piso, Carlos ya se había ido a trabajar, cosa que agradeció, se dio una ducha y se acostó. Esa noche no tuvo ningún remordimiento, no fue consciente de que había cometido un asesinato.

En la tele pasan un anuncio de una clínica de reproducción asistida. Todo está muy blanco e impoluto, médicos y enfermeras sonríen a una mujer, bien entrada en los cuarenta, que luce orgullosa su barriga.

Silvia se sirve el quinto lingotazo de wiski y enciende otro cigarro. Apenas hubo investigación, ni tan siquiera le hicieron la prueba de la parafina, de tal forma que no tuvo que explicar por qué llevaba unos guantes de látex puestos.

Todo el mundo estaba contento. A la prensa le encantó que fuese una mujer quien resolviera el caso; la elevaron a la categoría de heroína. El ministro en persona la propuso para la medalla al mérito policial y el rey se ofreció a entregársela. Solo ella sabía la verdad: que fue una casualidad y que asesinó a un hombre a sangre fría. No importa que fuera un auténtico desgraciado, una persona de nivel menos uno. Ella fue, juez, jurado y verdugo. Por otro lado, tampoco ha conseguido explicarse qué la llevó hasta aquel pabellón. ¿La casualidad? ¿Alguna fuerza misteriosa? ¿O tal vez su cerebro inconsciente logró deducir dónde se encontraba la guarida del aquel hijo de puta?

Apura lo queda en el vaso y se recuesta en el sofá. Necesita olvidar y perdonarse a sí misma. Sin embargo, no puede, como no puede pasar página con lo de Carlos. También extraña a su madre y sabe que debe reconciliarse con ella.

Capítulo XVI (Jimmy)

Miércoles, 18 de mayo de 2016

Jimmy caminaba despacio, feliz, disfrutando del añorado sol de primavera. Por fin veía la luz al final del túnel. Acababa de firmar la venta del piso. Se sentía ligero, libre y con dinero. Después de liquidar la hipoteca y pagar por la plusvalía le habían quedado noventa mil euros limpios. Había decidido deshacerse de la vivienda cuando Ruth renunció al uso y disfrute que le otorgaba la sentencia, pero prefirió no arriesgarse por si la justicia se la volvía a arrebatarse. Razón por la cual había decidido esconder el dinero, llevarlo a Andorra y convertirlo en *bitcoins*, de esa forma el dinero sería imposible de rastrear por la justicia española. También había solicitado una excedencia de un año en la empresa, estaba harto de tanto trabajar. Con más tiempo libre trataría de recuperar a su hijo, aunque, con el exiguo régimen de visitas de la sentencia, apenas podía verlo.

«Gracias, Paco. No sé qué hiciste, pero lograste convencerla»

Deseaba volver a verlo. No había vuelto a hablar con él desde que le encargó el «trabajo». Le pareció lo más seguro, por si las cosas se torcían. No obstante, habían pasado tres meses y consideraba que su amigo merecía saber que todo había salido bien. Observaba el mundo tras sus gafas de sol y sonreía, no era la primera vez que se burlaba de la justicia. Era curioso, pero todo le iba mejor cuando dejaba de ser un ciudadano sumiso. Él era un lobo y no el perrito que Ruth creyó cuando decidió quitárselo todo. Su relación con ella también había cambiado. Ya no lo miraba con esos aires de superioridad y desprecio, sino con respeto, incluso con miedo.

«Tal vez piense que tengo relación con la mafia y que Paco era un sicario».

El destino quiso que pasara por delante de los juzgados. La sombra de los malos recuerdos planeó sobre su optimismo. Entró en la cafetería Rojas, se merecía un café y un pincho de tortilla. El camarero le sirvió con celeridad y se sentó en una de las mesas. Extrajo el móvil y leyó un mensaje de Clara. Lo guardó, no siempre contestaba, pero a este le respondería. Empezaba a conocerla y por lo que había leído dedujo que había tenido una mala noche,

problemas con algún cliente. Jimmy no quiso ni imaginarse qué había podido ser. Debía tomar una decisión respecto a su relación con la brasileña. Ella se comportaba como si fuesen pareja y lo trataba como a un rey cuando estaban juntos. Pero ¿cómo iba a ser novio de una puta? Cada vez que estaba con ella, se decía a sí mismo que iba a ser la última vez; sin embargo, nunca encontraba el momento de decírselo. Había borrado su teléfono varias veces, un acto fútil ya que se lo sabía de memoria.

Entró una mujer. Alta, morena, pelo liso, cincuentona y un pelín gruesa. Ella no lo reconoció, pero él sí. La jueza que se lo había arrebatado todo se sentaba en un taburete junto a la barra. Pidió un desayuno y mantuvo una charla intrascendente con el camarero.

Miró la hora: las diez y un minuto. Allí estaba la zorra esa, a pocos metros de él. Devorando un *croissant* después de haberle jodido la vida a algún hombre, después de haber separado a algún niño de su padre. Y luego continuaría haciendo lo mismo durante el resto de la mañana. Con el estómago lleno. Sin importarle el daño que causaba. Incluso se hacía la simpática con el *barman*.

«Típico de un demonio».

Porque era eso, una bruja, una diabla. Allí estaba, sentada, tan tranquila. Disfrutando de una vida estupenda gracias al generoso sueldo que cobraba. Dinero que salía de los impuestos que pagaban ciudadanos como él, y que lo hacían para que hiciera justicia.

El odio acumulado salió de su escondite y se apoderó de su cuerpo. Jimmy tampoco trató de detenerlo. Era su amigo, el único que había logrado sostenerlo. El que evitó que se tomara las pastillas aquel día que pensó en terminar con todo. Lo volcó sobre la magistrada, el problema es que nadie se atrevía a hacer nada contra gente como ella. Se preguntó cuántos hombres se habrían suicidado por su culpa. Él mismo había estado a punto de hacerlo.

Y nadie hacía nada.

«Déjalo, Jimmy. Ya está, déjalo correr», hablaba la parte más racional de su cerebro.

Pero no podía hacerle caso.

Volvió el jueves y el viernes. La siguiente semana trabajó de mañana e intentó olvidarse de la jueza, hacer planes para el año sabático del que iba a disfrutar a partir de junio.

No lo logró, ya no era el mismo. El odio había modificado su mente.

Acudió durante un mes a tomar café y averiguó que la jueza no faltaba a su cita. Tomaba su desayuno a las diez. Media hora más tarde se marchaba. A veces se le unía el fiscal y pedía un cortado. Jimmy también le culpaba, aunque no tanto como a la que firmó su sentencia. Esos días fraguó un plan, deseaba vengarse. No estaba seguro de tener el suficiente valor o grado de locura para llevarlo a cabo. Seguramente se echaría atrás en el último momento. Sin embargo, disponía de mucho tiempo libre y jugar a los espías lo mantenía distraído.

El mes de julio estaba siendo caluroso. Jimmy trotaba protegido por una gorra y unas gafas de sol. Había decidido que no era demasiado inteligente acudir a la cafetería todos los días. Así que ahora salía a correr todas las mañanas y, casualmente, pasaba por delante. La vio a través de la cristalera, puso el cronómetro en marcha y aceleró. Corrió por las calles evitando las cámaras de seguridad de los comercios. En el último mes había paseado por ese recorrido anotando los puntos en los que podrían grabarlo. Lo haría hasta el día V, así llamaba al momento en el que impartiría su justicia. Necesitaba ser capaz de hacerlo con los ojos cerrados, el día V iba a estar muy nervioso y podía cometer un error. Llegó hasta la desembocadura de la ría y continuó por un camino para senderistas que discurría paralelo a la misma. Se detuvo frente a una fábrica abandonada y paró el cronómetro. Treinta y nueve minutos. Miró hacia los lados.

Nadie.

A esa hora casi siempre estaba solo. Se internó en el edificio en ruinas y lo inspeccionó. Era perfecto. Todavía quedaban algunas paredes y estancias separadas. Allí podría desmontar el arma sin que nadie lo viera. En el supuesto de que apareciese alguien, parecería que volvía de hacer sus necesidades. El lugar se usaba para eso, como lo atestiguaban la multitud de excrementos que poblaban el suelo.

—¿Por qué me sigues?

Se quedó paralizado. La magistrada bloqueaba una de las salidas del edificio en ruinas.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Jimmy sorprendido. Iba vestida con falda y tacones era imposible que lo hubiera seguido corriendo.

—Sé lo que tramas. No te saldrás con la tuya. Irás a la cárcel —espetó ella.

—Tú me lo arrebataste todo. ¿Con qué derecho? Yo era un padre y un marido ejemplar. Fue Ruth quien me puso los cuernos, la que me denunció en falso. Y todos en aquel juicio lo sabíamos.

—Sí, es verdad, pero eres un hombre y los niños son de las madres. ¿Qué te creías? Los hombres os tenéis que dedicar a trabajar para mantener a la familia. Y si no, no habértela follado, gilipollas. —Soltó una sonora carcajada y desapareció.

Jimmy se asomó por el hueco. Allí no había nadie. ¿Se estaba volviendo loco? Daba igual, con alucinaciones o sin ellas proseguiría con su plan. Convencido de que terminarían el día V.

Volvió al sendero y puso de nuevo el cronómetro.

Observó el reloj al entrar en casa: las once y nueve. Accedió a la pequeña cocina y se sirvió un vaso de una bebida isotónica. Encendió la tele y se dejó caer en el sofá del salón. Había comprado muebles nuevos y ahora se sentía más a gusto en el apartamento. El sillón se convertía en cama y era donde dormía Pablo las dos únicas noches que pasaban juntos cada mes. Ni tan siquiera tenía derecho a pasar las vacaciones con él hasta que no tuviera cuatro años.

Jimmy abrió una carpeta y desplegó cinco folios sobre la mesa de centro. Invirtió unos segundos en alinearlos y colocarlos en perfecto orden. Anotó los tiempos que había tomado y estudió su plan. Se incorporó, extrajo del armario que sustentaba la televisión la muñeca de una bruja vestida con una tela con forma de toga y la colocó junto a los papeles.

—Zorra de mierda. Te vas a enterar.

Fingió disparar formando una pistola imaginaria con la mano.

Estudió el plan. Aún no lo tenía terminado. Necesitaba un lugar donde cambiarse. Se le ocurrió que podría usar una de las múltiples lonjas abandonadas que se encontraban cerca del juzgado. Lo más probable es que los dueños no las visitasen muy a menudo. Si rompía una de las cerraduras y la cambiaba por otra la noche anterior al día V tendría un lugar donde disfrazarse. Apuntó la idea, recogió los folios y los guardó en la carpeta. Esa misma tarde iría a inspeccionar locales abandonados. También tenía que averiguar cómo forzar una cerradura. Seguro que en *YouTube* había un montón de vídeos explicativos. Lo investigaría con el portátil que había comprado

para esos asuntos y en algún lugar con *WiFi*. No dejaría ninguna pista, pensaba destruirlo todo antes del día V.

Agarró a la bruja y se tumbó en el sofá mirando la muñeca.

—Ya te queda menos. Aún no he conseguido un arma, pero ya tengo un plan para hacerme con una. Estoy deseando ver la cara que pones cuando te apunte con ella.

Creyó que los ojos de plástico lo miraban.

—¿Que necesito ayuda? ¡Vete a la mierda, zorra!

La arrojó contra la pared.

Capítulo XVII (Calderón)

Miércoles, 19 de octubre de 2016

Calderón y Ruiz hacen tiempo simulando que les interesa el escaparate de una famosa tienda de ropa dentro del centro comercial. Son casi las cuatro de la tarde y, en realidad, esperan a que termine el turno una de sus dependientas: Ruth Mediavilla, ex mujer del principal sospechoso.

—Ahí está —susurra Ruiz.

La mujer abandona el establecimiento y la siguen de cerca. Camina sobre unos kilométricos tacones con asombrosa soltura. A estas horas apenas hay gente, pero no se percata de la presencia de los dos policías. Observan que se dirige al ascensor. Entran con ella. Ruth pulsa el menos uno, se dirige al garaje.

—Buenos días —saluda Silvia—. Soy la inspectora Calderón —le muestra la placa— y este es mi compañero, el inspector Ruiz. ¿Es usted Ruth Mediavilla?

—Sí, ¿por qué? —La mujer se sobresalta y retrocede hacia la puerta en un acto instintivo.

—No se preocupe. Pertenece a una unidad de violencia de género —miente Ruiz, esta vez se han repartido los papeles.

La puerta se abre y Ruth sale aliviada caminando hacia atrás.

—Usted puso una denuncia a su marido el seis de enero del dos mil quince.

—Sí, pero lo absolvieron. Pensaba que ese asunto estaba olvidado.

Ella sigue inquieta, demasiado nerviosa.

—No se preocupe, solo es una entrevista rutinaria. El hecho de que lo absolvieran no quiere decir que fuera inocente. Nosotros estamos con usted. —Silvia le agarra el brazo en un gesto tranquilizador.

Ella parece calmarse un poco.

—¿Qué desean saber?

—Nada del otro mundo. ¿Cómo es la relación con él en la actualidad? —pregunta Ruiz.

Ruth hace una mueca que parece una sonrisa.

—No tenemos relación. No nos hablamos.

—Pero es el padre de su hijo. ¿Qué hace cuando tiene que comentarle algún asunto sobre el niño?

—Usamos el WhatsApp. —Se encoge de hombros—. De momento solo tiene tres años, así que no hay mucho que decir...

—Pensábamos que se llevaban mejor. Hemos visto que llegaron a un acuerdo después de que saliera la sentencia —interviene Silvia.

Ruth la mira, hay miedo en sus ojos y un ligero temblor recorre su cuerpo.

—Era lo justo —dice la mujer—. Al fin y al cabo, no era mi casa. Así que me marché, no me sentía cómoda viviendo allí.

Es evidente que miente. Hasta Ruiz se percató de ello.

—Y decidió ir a casa de sus padres —Silvia mantiene un tono neutro, profesional.

—Sí... —duda un instante—. De esta forma mi madre me ayuda con el niño.

—Lógico. Porque ahora trabaja a jornada completa.

—Sí, claro... No voy a dejar que un hombre me mantenga.

Los inspectores se miran extrañados. Calderón está convencida de que la mujer oculta algo por miedo, lo puede leer en sus ojos gracias a los años de experiencia en la unidad de delitos sexuales.

—Ruiz... ¿Te importa esperarme un minuto en el coche? —Lo dice con suavidad, como un susurro, no obstante, es una orden.

—No —el inspector en prácticas titubea, aquello no estaba en el guion—. Por supuesto que no.

Se aleja, camina con agilidad, sin mirar atrás. Parece que un poco ofendido. Ruth no oculta su desconcierto. Silvia posa la mano derecha en su hombro y exhibe su hermosa sonrisa.

—Ahora estamos más tranquilas.

Silencio.

—Olvídate de que soy policía. Piensa que soy una amiga, me puedes hablar de mujer a mujer.

Ruth asiente y niega con el mismo gesto.

—No sé de qué me habla. No la conozco...

—Mira, Ruth, dejemos los formalismos. Llevo casi quince años siendo policía y sé reconocer cuando una víctima esconde algo.

—Yo no escondo nada, déjame tranquila. Me marchó —el tono es

agresivo.

El instinto sabueso de Calderón sabe que oculta un secreto por miedo, sin embargo, no debe presionarla pues se cerrará en banda.

—Está bien, lo siento, no te enfades conmigo. Toma mi número: si te apetece hablar y contármelo me llamas.

Ruth agarra la tarjeta, se muerde el labio inferior y mira hacia los lados antes de asentir.

—Si quieres contarme cualquier cosa. puedes hacerlo, aunque sea de forma extraoficial. Tú decides, pero no te lo guardes dentro, es lo peor que puedes hacer. Lo mejor es soltarlo, desahogarse. Yo te escucharé. —Aprieta una de sus manos entre la suyas—. Confía en mí...

Se separa de ella y se aleja un par de metros caminado hacia atrás.

—Llámame, no te arrepentirás...

Al entrar en la comisaría, Ruiz aún mantiene ese rictus que delata que continúa ofendido por haber sido excluido de la conversación con Ruth. La inspectora se lo ha explicado mientras comían y él ha tratado de ocultar su enojo en todo momento. Sin embargo, su cara es un libro abierto para alguien con la experiencia de Calderón.

«Jodido niñato», piensa con cariño, «Anda que no te queda mierda por tragar».

El comisario les hace señas desde la sala de reuniones donde se encuentra el equipo al completo, incluyendo a los dos veteranos inspectores Sánchez y Cisneros. Conforme se acercan detectan la excitación de todos y descubren que han escrito un esquema en la pizarra vitrificada.

—Buenas tardes —saludan al entrar.

El resto les devuelven los saludos.

—¿Qué tal les ha ido con la ex? —pregunta el comisario Gómez.

—No muy bien, la verdad —confiesa Calderón—. Se niega a contarnos nada, pero estoy segura de que oculta algo. Hay miedo en sus ojos.

La inspectora se acuerda de su compañero y rectifica:

—Estamos seguros, quería decir...

—Sí, los dos opinamos lo mismo —confirma Ruiz ganando confianza al sentirse incluido por su jefa.

—Parece que os ha ido mejor a vosotros.

—Sí, hace tres horas que nos han llegado los movimientos bancarios de tu sospechoso y les estamos sacando petróleo —informa Cisneros—. Creo que has dado en el clavo, inspectora. Tiene que ser él.

Calderón asiente y se concentra en la pizarra.

—Resulta que nuestro amigo, el tal José Ignacio Mínguez Yécora. —El comisario Gómez comienza la explicación señalando las anotaciones—. Vendió el piso un par de meses después de recuperarlo y solicitó una excedencia en el trabajo desde el uno de junio. Una vez liquidada la hipoteca e impuestos le quedaron noventa mil euros limpios. —Gómez le enseña un papel bancario—. Fíjese lo que tiene ahora.

Calderón se muestra también a Ruiz.

—Ocho mil quinientos sesenta y siete. El tipo ha jodido ochenta mil euros en...

—Menos de seis meses —añade Calderón—. Pero igual lo ha ocultado.

—Sí, es posible. Antes de agosto sacó grandes cantidades en varios días y estuvo más de un mes extrayendo mil euros diarios del cajero.

—¿Sabemos si viajó a algún paraíso fiscal? Suiza, Andorra, Gibraltar...

—Negativo —el comisario acompaña la palabra girando la cabeza—. Hemos estudiado los movimientos de su móvil y no se marchó de la ciudad.

—O no se lo llevó con él —incide Calderón.

—Eso creo yo también —interviene Sánchez—. Sobre todo, la primera semana de agosto, que el teléfono no se movió de la zona donde reside.

—Bien, continuó —interviene Gómez un tanto molesto por las interrupciones—. El doce de agosto le quedaban treinta mil en la cuenta. Se registra en un hotel de cinco estrellas en Barcelona, después viaja a Valencia, Benidorm, Cartagena y Marbella, donde paga la última noche el cinco de septiembre. Alojándose siempre en hoteles de cinco estrellas y con grandes cargos a su tarjeta visa.

—¿Iba solo? —Calderón aprovecha la pausa del comisario.

—No, con él se aloja una mujer: María Clara Do Sousa, ciudadana brasileña de veintiocho años. Identificada tres veces en dos prostíbulos de la zona norte.

La inspectora jefe se lleva la mano al mentón, necesita ordenar la información.

—Así que nuestro sospechoso consigue «convencer» —Calderón hace el

gesto de las comillas con los dedos— a su exmujer de que le devuelva el piso. Lo vende y obtiene dinerito fresco. Solicita una excedencia en el trabajo. Ahora tiene tiempo y recursos para elaborar un plan con el que ha estado fantaseando. Finalmente, decide cometer el crimen, así que esconde casi todo el dinero, por si lo descubren y se lo embargan para indemnizar a la víctima. No obstante, antes de ejecutar su macabro plan se pega unas vacaciones de lujo —hace una pausa. Todos la miran—. Joder, tiene sentido.

—Sí, tiene sentido, sí, pero lo que no tenemos son pruebas —añade el comisario.

—De todas formas, tendremos que detenerlo y registrar su casa. Tal vez encontremos algo y puede que apretándole un poco confiese —sugiere Cisneros.

—Estoy de acuerdo. El juez no nos pondrá problemas con la orden de registro. Además, es probable que desee confesar, puede que por arrepentimiento, por vanidad o por una mezcla de ambas. Estoy segura de que se cree un justiciero o algo así y que está orgulloso de su «hazaña». —Calderón vuelve a realizar el gesto de las comillas.

—Está bien, hablaré con el juez y pediré una orden. Tampoco tenemos nada que perder.

—Sería interesante hablar con la prostituta. No creo que sepa nada, aunque nunca se sabe... ¿La tenemos localizada? —pregunta la inspectora jefe.

—Más o menos. Con esta gente nunca se sabe —contesta Sánchez—. Aquí tengo su foto y un teléfono. —Gira su portátil para mostrársela a Calderón—. No está mal la tía... ¡Qué cabrón! Se casca unas vacaciones del carajo por si lo enchironan. —El inspector suelta una carcajada—. No es tonto el tal José Ignacio Mínguez.

«Eso es verdad, de tonto no tiene un pelo», medita Silvia a pesar de que trata de mostrarse optimista sabe que no será fácil demostrar que ha cometido el doble homicidio.

Su *smartphone* suena, lo mira: un número desconocido. Abandona la sala para contestar mientras se disculpa.

—Sí, ¿quién es?

Silencio.

—Dígame.

—¿Inspectora Calderón? —pregunta una voz femenina.

—Sí, la misma.

—Soy Ruth Mediavilla. Hemos hablado este mediodía.

—Dime, Ruth, te escucho.

—Antes me has dicho que podemos hablar como amigas, ¿no?

—Sí, por supuesto.

—Quiero que esta conversación sea extraoficial.

—Lo es, no te preocupes.

—Hoy no habéis venido a hablar conmigo por la denuncia de maltrato, ¿verdad?

—No sé por qué dices eso. Es habitual realizar seguimientos a las víctimas de violencia de género.

—Mira, inspectora: hablaré contigo siempre y cuando no me mientas.

—¿Y por qué crees que hemos ido?

—¿Tiene algo que ver con el asesinato de la jueza y el fiscal?

Calderón duda, no debe dar información a civiles; sin embargo, no quiere que le cuelgue. Intuye que le puede dar una pista importante.

—Es posible, pero no es nada seguro.

—¿Sospechan de Jimmy? —pregunta Ruth con un hilo de voz.

—¿Jimmy? ¿Quién es ese?

—Ah, perdón. Es mi exmarido José Ignacio Mínguez Yécora. Es que todo el mundo le llama Jimmy.

—Entiendo. Aún no es nada seguro, pero sí, sospechamos que puede estar involucrado. —Silvia sabe que se está metiendo en un terreno resbaladizo.

—Creo que sé quién lo hizo —afirma Ruth convencida—. Un amigo de Jimmy.

—¿Por qué crees eso? ¿Y cómo se llama ese amigo? —pregunta escéptica.

—No sé cómo se llama, ni tan siquiera lo conozco: bueno. sí... Es complicado, podemos quedar mañana y te lo explico.

Calderón se muere de ganas por seguir preguntando, no obstante, guarda silencio. Conoce su oficio y sabe que no conviene presionar a un testigo como Ruth.

—Está bien, quedamos mañana —es una profesional y oculta su frustración con soltura.

—Ven a mi casa a las diez, a esa hora estoy sola. El niño está en el colegio y mis padres siempre salen. ¿Te doy mi dirección?

—Sí, dime, que apunto. —No hace falta que le diga las señas, ya las conoce; sin embargo, prefiere que se las de ella. A la gente no le suele gustar

que los desconocidos conozcan sus datos personales, aunque sean policías.

Cuando corta la llamada, está confundida. ¿Un amigo del sospechoso? No había pensado en esa posibilidad, pero ¿quién iba a estar tan tarado para asesinar a una jueza y a un fiscal por amistad? No, no puede ser. Decide aparcar el asunto hasta hablar con Ruth, lo más probable es que sea una pérdida de tiempo, pero necesita conocer a fondo el entorno del sospechoso.

Vuelve a entrar en la sala de reuniones para trazar el plan de acción, aunque no dice nada de la conversación a sus compañeros. Ha prometido que la entrevista será extraoficial.

Capítulo XVIII (Jimmy)

Martes, 2 de agosto de 2016

Jimmy observó el reloj del tablero de su BMW X3: las trece cuarenta y dos. Entraba en la localidad leridana de Seo de Urgel tras un viaje de seis horas. Siguió las indicaciones que llevaba anotadas en un papel sobre el asiento del copiloto y encontró su destino sin dificultad. Saltaba a la vista que era un municipio precioso y cargado de historia. Sin embargo, no había ido a hacer turismo. Aún quedaba un rato para las dos y media, así que entró en una cafetería para comer un tentempié.

A la hora convenida, llamó al tele portero y le abrieron. Había decidido alquilar un estudio; de esta forma, no dejaba constancia de su viaje a Andorra. Lo había hecho a la manera tradicional, por teléfono, sin webs de por medio. Así no podrían rastrear sus movimientos. Tampoco llevó el móvil. Lo había dejado encendido en casa.

El propietario era un tipo bajito y calvo, de esos que aparentan más edad de la que tienen. Le mostró la vivienda y le explicó el funcionamiento de la caldera. Sobre la mesa de la cocina tenía redactado un contrato de alquiler por una semana. Jimmy lo leyó y firmó antes de entregarle el dinero. Por suerte, no le pidió la documentación. Le había dado unos datos cambiando una letra en el apellido y un número de su DNI. De esta forma, si el tipo se percataba, podía achacarlo a un error de comunicación.

Cuando se quedó a solas, bajó la persiana antes de colocar la maleta sobre la cama. La abrió y extrajo la bolsa de mano donde llevaba los sesenta mil euros que ingresaría en Andorra antes de convertirlos en *bitcoins*. Necesitaba esconder el dinero, ya que si lo arrestaban y condenaban se lo embargarían para indemnizar a la familia. En cuanto a los treinta mil restantes, pensaba reservar una parte para contratar un buen abogado en el supuesto de que le hiciera falta y el resto se lo gastaría en unas buenas vacaciones. Invitaría a Clara, cada vez le importaba menos el trabajo de ella, al fin y al cabo, él era un delincuente. Legalmente solo se podía llevar diez mil euros al país vecino. Necesitaba realizar seis viajes, por eso escogió el municipio de Seo de Urgel

que distaba a cuarenta minutos en coche de Andorra la Vieja.

Encendió el portátil «B» y lo conectó a la clave del *WiFi*. Pasaría la tarde buscando información.

Jimmy abandonó el banco. Era lunes y ya había realizado todos los ingresos. Al día siguiente tenía que devolver el apartamento. Estaba un poco frustrado, llevaba una semana recorriendo armerías y lugares de suvenires militares y solo había conseguido dos botes de humo.

Le faltaba lo más importante: una pistola.

No le había resultado la historia del turista despistado que se alojaba el Lloret de Mar y que había olvidado la documentación en el hotel. Sin embargo, tenía otro plan. Aún le quedaba una tienda que había decidido dejar para el final. La descubrió al segundo día de recorrer las calles de Andorra la Vieja. Extrajo un collar de plata con un sol negro colgado en el extremo y se lo colocó. El reflejo de un escaparate le informó de su aspecto: camiseta negra, pantalón vaquero y unas botas Martens que había comprado para la ocasión. El calzado no era el más adecuado para la temperatura del mes de agosto en Andorra y tenía los pies achicharrados, pero eran parte de su disfraz. Se había rapado la cabeza en una peluquería de Seo de Urgel y completaba su atuendo un reloj en el cual las agujas giraban sobre un ochenta y ocho grabado en el fondo. Caminó con calma tratando de relajarse y elaborar un plan. Había supuesto que le resultaría fácil conseguir la pistola en el país de los Pirineos, pero no había sido así. Si no lo lograba esa misma mañana, viajaría a Madrid e indagaría por allí.

Se detuvo frente al escaparate simulando ser un turista curioso. Cascos, uniformes, emblemas... casi todo de la Segunda Guerra Mundial, aunque predominaban las esvásticas y la simbología nazi en general. Jimmy había gastado la tarde anterior indagando sobre el asunto. Al entrar en la armería, lo recibió un tipo que no desentonaba con el ambiente. Calvo, musculado, camiseta de camuflaje, pantalones caqui, botas militares y cara de pocos amigos.

—Hola, bonita tienda.

El sujeto le devolvió un gruñido a modo de saludo. No obstante, centró su atención en el sol negro que colgaba de su cuello y realizó un apenas

perceptible gesto de aprobación.

Jimmy paseó por el comercio deteniéndose en todo lo que representaba el nazismo. Se hizo con una gorra de las SS y un par de galones de oficial alemán.

Dejó todo sobre el mostrador con la mano izquierda, enseñando el reloj.

—Me llevaré esto de momento, pero quiero mirar un poco más. Me gusta tu tienda.

—Bonito reloj —tenía un marcado acento francés.

—Poca gente sabe lo que significa.

—Es verdad, tampoco esto —estiró su camiseta y mostró un dieciocho tatuado en su pectoral derecho.

—El hombre más grande de todos los tiempos, es una pena que solo unos pocos lo comprendamos.

Había leído el día anterior que el dieciocho significaba Adolf Hitler y el ochenta y ocho *heil* Hitler.

—Así nos va.

—Y eso que aquí no os podéis quejar, en España no hay más que moros y sudacas.

—Sí, lo mismo que en Francia. Encima tenemos que aguantar que nos maten y que violen a nuestras mujeres.

A Jimmy casi le entra la risa ante la simpleza del argumento, le costaba creer que aún quedaran individuos así, no obstante, se contuvo y continuó con su farsa.

—Me gustan —señaló unas pistolas de aire comprimido que imitaban a las auténticas—. ¿Puedo coger una?

—Sí, claro. —Abrió el armario de cristal y le entregó un par de ellas—. Son mis favoritas pasado y presente. Esta una Walther PPK. —La agarró por el cañón y se la entregó.

Jimmy la sopesó simulando reverencia.

—Es la que usó nuestro *Führer* para quitarse la vida —Jimmy había hecho los deberes—. O eso dice la versión oficial, porque quién sabe... después de tantas mentiras...

—¡*Heil Hitler!* —El tipo se cuadró y levantó la mano derecha.

A Jimmy aquello lo pilló por sorpresa y a punto estuvo de no reaccionar. Parecía mentira que aún quedasen zumbados de ese calibre. Sin embargo, reaccionó.

—¡Bien, Hitler! —lo tradujo al español e imitó el saludo nazi.

—Me llamo Armand —extendió la mano.

Lo había impresionado.

—Yo soy Fernando, pero mis amigos me llaman Nano.

Estrechó su mano. Lo tenía en el bote.

Dejó la réplica sobre el cristal del mostrador y agarró la otra.

—Es alemana, ¿verdad? —Estudiaba el arma con detenimiento.

—Por supuesto, una HK USP Tactical del 45, diseñada por la marca Heckler & Koch, usada por el ejército alemán en la actualidad.

Jimmy no dijo nada. Flexionó las piernas, estiró los brazos con el «juguete» entre sus manos y simuló apuntar a blancos invisibles. Hacía más de dos décadas que no disparaba, sin embargo, Armand asintió al ver su estilo.

—El tacto y el peso es el mismo que en una real.

—Lástima que solo sea un juguete. Deberíamos poder llevar una de estas para defendernos —sentenció Jimmy—. ¿Quién sabe cuándo aparecerá un moro loco con un kaláshnikov? Un hombre tiene que tener derecho a defenderse. Pero claro, con esta mierda de políticos que tenemos. Ninguno tiene los suficientes cojones para enfrentarse a los pacifistas.

Armand lo miró complacido. No añadió nada más, aunque estaba claro que compartía ese discurso. Pensaba y calibraba varias opciones.

—Son armas de balines, disparan gracias a una carga de Co2 con una fuerza de tres julios.

—Lo que yo digo. Un juguete. ¿No tendrás algo capaz de parar a un terrorista que quiera hacer daño a mi familia?

Silencio.

Armand abandonó su lugar tras el mostrador y observó la calle tras el ventanal. Se mostraba desconfiado.

—¿No serás un puto poli? —inquirió serio, encarándose a su cliente.

Jimmy percibió el peligro. Era un tipo musculado, con dos gruesos anillos en sus dedos y aspecto de saber pelear.

—Tranquilo, amigo. No soy un poli de mierda —contestó sin amilanarse. Se sorprendió de lo tranquilo y calmado que estaba—. Mira no tengo nada que ocultar. —Levantó su camiseta.

—¿Estás buscando algo auténtico?

—Sí, cualquier día comenzará la reconquista y me gustaría estar preparado.

Armand dudó durante unos interminables segundos. Finalmente, en sus labios se atisbó una sutil sonrisa. Cerró la puerta de la entrada y giró el cartel que informaba que estaba abierto.

—No te saldrá barato.

—Lo sé, no te preocupes. Tengo pasta.

—Espérame aquí.

Armand abrió una puerta y entró en el almacén de la tienda. Un minuto más tarde lo llamó. Jimmy accedió a la trastienda. Era un lugar con paredes de hormigón, mal iluminado y multitud de cajas desparramadas por la estancia sin un orden aparente. El francés le enseñó un bulto envuelto en un trapo sobre una mesa de madera.

Jimmy lo desenvolvió. Era una pistola auténtica. Se hizo con ella, por fin, lo había logrado.

—Es una Star de nueve milímetros. Fabricación española de los ochenta. Un arma fiable que apenas se encasquilla.

—¿Funciona?

—Por supuesto, te lo demostraré. Déjamela.

Armand la desmontó con habilidad y precisión. Enseñando cada uno de sus componentes. Jimmy creyó recordar cómo hacerlo, en el ejército desmontó unas cuantas.

—Son dos mil euros —informó Armand mientras la componía de nuevo.

—Mil doscientos y la munición —aventuró Jimmy, desconocía el valor real de la mercancía.

Armand fingió dudar con gesto demasiado teatral. Buscó una caja con las balas y las colocó junto al arma golpeando con ella la madera.

—Mil quinientos y veinte cartuchos.

—Acepto, tenemos un trato.

Estrecharon sus manos.

Jimmy llegó a su BMW. Lo había estacionado en un *parking* público ubicado a las afueras de la villa. Una vez dentro escondió la pistola junto a la columna de dirección del vehículo. Había retirado parte del recubrimiento de plástico para poder ocultarla al pasar la frontera. Colocó de nuevo las grapas en un movimiento que ya había ensayado varias veces. Se descalzó las

Martens y se calzó unas zapatillas de verano. El sol negro, la gorra nazi, los emblemas de las SS y el reloj los había arrojado a una papelera. No deseaba levantar suspicacias en la frontera. También se cambió la camiseta negra por un polo de Tommy Hilfiger azul celeste. Guardó las botas en su caja correspondiente junto a otras prendas recién compradas y un par de botellas de ron que tenía en el maletero. Resultaba demasiado sospechoso abandonar Andorra sin adquirir nada.

Capítulo XIX (Calderón)

Jueves, 20 de octubre de 2016

Calderón estaciona la Suzuki en la desconchada acera. Huele a mar y a óxido. A su izquierda se encuentran los edificios que construyeron a finales de los sesenta para alojar a los miles de inmigrantes que acudieron para trabajar en las industrias naval y metalúrgica. A su derecha la ría. Y en la otra orilla, los esqueletos desnudos de las fábricas de aquel pasado olvidado. Da cuatro pasos hasta el portal y llama al piso que tiene anotado en un papel. El sonido de apertura de la puerta es la única contestación. Entra en el portal y utiliza el ascensor para llegar al séptimo piso. Ruth la espera en el descansillo. Maquillada e impecablemente vestida con una blusa blanca y falda hasta las rodillas. Solo desentonan las pantuflas. Sus ojos recorren a Silvia de arriba abajo mientras se saludan.

La invita a entrar y le ofrece un café que la inspectora acepta gustosa.

Es una vivienda humilde bien cuidada, aseada y perfumada. Sin embargo, se intuye el aroma a rancio que provoca la humedad en los materiales de baja calidad. Hay docenas de fotografías, y Ruth es la protagonista incuestionable. Aparece siempre con caros vestidos: de bebé, de niña, de adolescente, de joven. Sin dejar de mostrar una hermosa sonrisa y exhibiendo su belleza con orgullo.

Calderón reconstruye la historia familiar: Una pareja de inmigrantes extremeños que se traslada al norte buscando un futuro mejor. Por alguna razón solo tienen una hija. Se vuelcan en ella y se matan a trabajar para darle todos los caprichos, todo lo que ellos nunca tuvieron. Con la esperanza de que termine una carrera. No obstante, la princesa se niega a estudiar.

Ruth la invita a sentarse en la mesa de la cocina. Coloca dos tazas de porcelana, una cafetera italiana, leche y azúcar.

—Sírrete tú misma.

Se sienta junto a ella. Fuerza una sonrisa y se frota las manos, nerviosa.

—Puedes contarme lo que sea. Te prometo que no saldrá de aquí —dice Silvia sin saber si lo podrá cumplir.

—Está bien, pero antes quiero que quede claro que no voy a poner ninguna denuncia. Lo pasado, pasado está.

Silvia asiente cada vez más intrigada. Se sirve un café solo, sin azúcar.

—Vale —juguetea con las manos, no sabe qué hacer con ellas—, en realidad aquella denuncia que le puse a Jimmy era una exageración. —Le tiembla la voz y asoman un par de lagrimitas.

—Tranquila —Calderón acaricia su hombro y le sigue el juego—, todos cometemos errores.

—La verdad es que Jimmy jamás me amenazó, ni me puso la mano encima, ni nada. Él era incapaz de hacerme daño, o eso creía por aquel entonces.

—A veces las personas nos sorprenden.

—Cierto, pero empezaré por el principio. Mi matrimonio no pasaba por el mejor momento. Pablo es lo mejor que me ha pasado en la vida, pero era un niño llorón que apenas dormía y eso provocaba tensiones entre nosotros. Jimmy se descuidó, ya no era tan atento conmigo... Y entonces apareció Jaime. Bueno, ya lo conocía. Es el dueño de la cafetería Cantábrico, la que está en el centro comercial.

Calderón hace un gesto afirmativo y se sirve otro café, solo y sin azúcar.

—Solía desayunar allí todos los días. Jaime siempre ha sido muy caballeroso conmigo. Así que, aunque no entiendo muy bien por qué, comencé a verlo de otra manera y terminamos por liarnos. Me enamoré de él y, por aquel entonces, pensaba que era correspondida.

»Tuve muchas dudas, imagínate con un hijo pequeño y manteniendo una relación paralela con otro hombre. Finalmente, se lo conté a una amiga que se acababa de separar. Fue ella quien me aconsejó lo que tenía que hacer. Lo sencillo que es para una mujer divorciarse y quedarse con la casa, los niños y una buena pensión. Incluso me pasó el teléfono de su abogada.

Ruth hace una pausa esperando que Silvia diga algo.

—Entiendo, continúa.

—Así que lo hice. —Vuelve a llorar—. Y sí, me lo dieron todo. Reconozco que sentí pena por Jimmy, siempre había sido muy bueno conmigo. Pensé que no me importaba ampliar el régimen de visitas. La verdad es que con esa sentencia apenas veía a su hijo. Sin embargo, Jimmy había cambiado, me miraba con un odio del que jamás lo creí capaz. No le di demasiada importancia, supuse que era un enfado normal, después de lo que le había hecho. Hasta que ocurrió lo del garaje...

Ruth interrumpe el discurso. Ahora no finge. Su labio inferior tiembla, junto con las manos. Su cara es la imagen del terror. De un miedo real que la hace temblar al recordarlo.

—¿Qué ocurrió en el garaje? —Silvia se acerca más a ella y le pasa el brazo izquierdo por sus hombros.

—Fue unos días después de que saliera la sentencia. Como de costumbre, dejé a Pablo en el colegio. Mi casa..., bueno, el piso de Jimmy se encontraba a menos de cinco minutos. Así que luego volví al garaje a por el coche. No lo vi —Ruth pierde de nuevo el aplomo y necesita unos segundos para recomponerse—. Debía estar esperándome escondido. La plaza de Jimmy se encontraba en el segundo sótano, por eso le fue fácil ocultarse.

»No lo vi llegar. Me tapó la boca y colocó un puñal delante de mis ojos. No muy grande, pero afilado, muy afilado. Me susurró que no gritara, que no tratara de huir, que si le obedecía no me pasaría nada. Yo estaba aterrada. Era un tipo enorme, fuerte y, además, sabía lo que hacía. Me retorció la muñeca de tal forma que lograba manejarme como si fuera un juguete. Me arrastró hasta un cuarto de máquinas, o algo así, que había a unos diez metros de mi coche. Tenía la llave. Me obligó a entrar y cerró. Yo no sabía qué hacer. En realidad, no podía hacer nada.

»El tipo estaba tranquilo, calmado, y eso era lo que más miedo me daba. Me fijé en que iba encapuchado. Encendió una linterna y comenzó a deslumbrarme mientras me hablaba. Tenía una voz gutural, dura. Me ordenó desnudarme. En un principio me negué. Le dije que no. Aunque, le bastó con colocar el puñal en mi cuello y decirme: «Te conviene obedecer si quieres salir viva, putita». Aquello terminó por derrumbar mi leve resistencia. ¿Qué podía hacer? Estaba segura de que me iba a violar.

Le asalta un llanto incontrolable.

—Tranquila, no te sientas culpable. Les pasa a muchas víctimas. Piensa que eres una superviviente. Creo que actuaste correctamente. Lo más importante en una situación así es salir con vida —añade la inspectora Calderón.

—Sí, pero no es eso. La verdad es que no me tocó.

Calderón asiente. Trata de disimular su impaciencia.

No está segura de conseguirlo.

—Encontró mi móvil en el bolso y me pidió la clave. Allí me tenía: desnuda, iluminándome con una linterna, sentía el frío suelo de hormigón en

mis pies, la rugosidad de la pared me raspaba la espalda y, sin embargo, lo que más me preocupaba, lo que más me humillaba era que aquel hijo de puta estuviese hurgando en mi teléfono. —Inspiró y sus labios dibujaron un esbozo de sonrisa—. Al final encontró los vídeos.

—¿Vídeos?

—Sí, ya sabes... Grabaciones subidas de tono que le enviaba a Jaime. Aquel cabrón comenzó a verlos y a comentarlos. Eso me humilló aún más. El tipo disfrutaba con aquello. Me llamó zorra, putita y un montón de cosas por el estilo. Estaba calmado, demasiado tranquilo. Era extraño, no tenía pisa. Por un momento deseé que me violara para terminar con aquello cuanto antes. No lo hizo. Se limitó a pasarme la punta del puñal por todo el cuerpo mientras me hablaba. Me dijo que era una usurpadora, que aquella casa no me pertenecía, que no había actuado correctamente, que eso tendría consecuencias y que tenía quince días para marcharme. Que si no me iba en ese plazo volvería y que la próxima vez no sería tan «amable». Todo eso con aquella voz calmada y salida de ultratumba. También me advirtió que no se me ocurriese llamar a la Policía, que ellos no podrían protegerme. Me ordenó que esperara cinco minutos antes de salir y se marchó. No sin antes dedicarme una asquerosa mirada lasciva y una inquietante sonrisa. Se llevó mi teléfono y mi ropa interior.

»Me vestí y esperé un rato antes de salir. Subí a casa y llamé al trabajo. Les dije que Pablo estaba enfermo y que no podía ir. Por fortuna, soy muy amiga de la encargada. Después, hablé con mi abogada y le dije que deseaba marcharme de allí. Se extrañó y me hizo un montón de preguntas, pero me mantuve firme, no quería volver a encontrarme con ese animal. Así que diez días más tarde le dejé a Jimmy las llaves en una notaría y me vine aquí con mi hijo. Pensé que sería provisional, convencida de que Jaime nos invitaría a ir a vivir a su piso. Por aquel entonces mi relación con él marchaba muy bien. Dormía en mi casa, bueno en la de Jimmy, casi todas las noches. Sin embargo, aquí sigo. Jaime no quiere que vayamos a su casa. Es posible que no se fíe. Tal vez piensa que le voy a hacer lo mismo que a Jimmy.

«¿Y qué esperabas, guapa?», piensa Calderón.

—Desde hace un tiempo, mi relación con él se ha resentido. —Aparecen de nuevo las lágrimas—. Ni tan siquiera sé si tenemos una relación.

La inspectora espera a que termine la interpretación antes de preguntar.

—Has dicho que el tipo que te atacó iba encapuchado.

—Sí.

—¿Qué tipo de capucha llevaba?

—De camuflaje, solo se le veían los ojos y la boca.

—Color de ojos, cómo era la boca. —Calderón reprime el impulso de sacar la libreta.

—Marrones creo, estaba oscuro. Y la boca no sé, labios gruesos...

—Describeme lo que puedas de él.

—Grande, casi dos metros, fuerte, con unas manos enormes. La voz grave, muy masculina, incluso me hubiera resultado *sexy* en otras circunstancias. ¿Crees que ha sido él el asesino?

—Valoraré esa posibilidad —miente la inspectora, la descripción no coincide con el hombre que sale en los vídeos de seguridad—. Supongo que sabes que a ese individuo lo contrató Jimmy para asustarte y que te marcharas de su casa. Hay delincuentes que se dedican a esos asuntos.

—Sí, lo envió él, pero no creo que lo contratara. Lo conocía, o lo conoce: vamos, que son amigos. Estoy segura.

—¿Cómo puedes afirmar eso? ¿Te resultaba familiar?

—No, en realidad no. Y eso que creía conocer a todos los amigos de Jimmy. Pero cuando hablaba de él se notaba que se conocían. No sé cómo explicarlo, las mujeres notamos esas cosas. Ya me entiendes.

Calderón medita unos segundos estudiando a Ruth. Es posible que tenga razón.

—¿Cuánto hace que conoces a Jimmy?

—Nueve años más o menos. Y, si te soy sincera, apenas conozco su vida anterior. Es un tipo reservado. Le he dado muchas vueltas y pienso que igual tiene un pasado delictivo.

—Nunca se sabe. No obstante, las cosas suelen ser más simples de lo que creemos. A mi entender, Jimmy pagó a ese matón y él cumplió su parte. ¿Has pensado en denunciar los hechos?

—No, de qué serviría. Ya me he marchado. Además, ¿quién me iba a creer? No tengo ninguna prueba y quiero vivir tranquila. Tampoco me tocó. ¿De qué lo iban a acusar?

—Amenazas, coacciones, robo... El hecho de que te obligara a desnudarte se considera agresión sexual, incluso podríamos incluir el de detención ilegal.

—No, por favor, no insistas. Convinimos en que iba a ser una charla entre amigas. ¿Qué posibilidades hay de atraparlo?

«Muy pocas, la verdad».

—Está bien —concede Calderón—. De todas formas, te voy a dar el teléfono de la Unidad de Víctimas de Violencia Sexual en Santander. Hablaré con la psicóloga para que te admita en las reuniones de víctimas. Te vendrá bien acudir.

Silvia busca el número en su móvil, lo escribe en una de sus tarjetas y se la entrega.

Ruth la mira, juguetea con ella entre sus dedos. En silencio.

—Habla con ella. No hará preguntas. Se llama Sonia.

La joven asiente resignada.

—Háblame de Jimmy. ¿Cómo es?

Ruth se encoge de hombros.

—Guapo, deportista, atento... Es fácil enamorarse de él. Aunque es un poco obsesivo.

—¿En qué sentido?

—Con todo, con su entrenamiento, con la comida, con la limpieza, con el orden... A veces discutíamos por eso, y yo solía pensar: «joder, que la mujer soy yo.» Pero, en este caso, el maniático de la casa era él.

—¿Y como padre?

Ruth se muerde el labio inferior y baja la vista avergonzada.

—Es un buen padre. Comprometido, entregado...

«No es eso lo que dijiste en el juicio».

—Siempre pendiente de lo que podía comer el niño y lo que no. A veces me desquiciaba que se pasara el día mirando los componentes de los juguetes: que si tenían plomo, ftalatos, PVC..., y yo qué sé cuántas cosas más. De todas formas, Pablo lo adoraba.

—¿Y después de la separación?

—Las cosas cambiaron —toma aire y esquiva los ojos de Calderón—. Estuvo dos meses sin ver a su padre y eso para un niño tan pequeño es mucho tiempo, demasiado. No estaba de acuerdo con ese régimen de visitas y me habría gustado cambiarlo, pero la ley es así. Mi abogada me recomendó que no hiciera nada, que me limitara a cumplirlo.

—¿Y ahora?

—Lo recoge y lo trae cuando le toca. Sin embargo, Pablo está confundido. A veces llora y no quiere ir con él. No entiende que es su padre. Y a mí me da miedo, estoy convencida de que es incapaz de hacerle daño al niño. Aunque no lo tengo tan claro en lo que respecta a mi persona. Esa mirada que tiene

ahora...

Calderón reprime las ganas de decirle que no se preocupe. No sería sincera. Si ha sido capaz de cargarse a una jueza y a un fiscal, puede hacer cualquier cosa. Ha probado esa droga, esa sensación de poder que obtienes cuando matas a una persona. Ella lo sabe porque también lo ha sentido, cuando descerrajó dos tiros a aquel sádico pederasta. Esa impresión de ser un dios por encima de la justicia, por encima de todo. No hay nada que lo iguale. Esa es la verdadera razón de que abandonara Madrid. De algún modo, sabía que, si continuaba en la Unidad de Delitos Sexuales, volvería a encontrar otro motivo para matar.

Decide que es mejor que la mujer se mantenga alerta. Hablará con el comisario para que le coloquen una discreta vigilancia. De todas formas, espera resolver el caso en unos días y encerrarlo.

Capítulo XX (Jimmy)

Viernes, 26 de marzo de 1993. La Laguna, Tenerife.

Paco y Jimmy entraron en el McTenya, una hamburguesería situada en la Avenida Trinidad. Faltaban unos minutos para la una y el local estaba casi vacío.

—Lisa aún no ha llegado —comentó Paco—. ¿La esperamos tomando una cerveza?

—Sí, claro. Todavía es pronto.

Se dirigieron a una mesa del fondo, junto a la cristalera. Las suelas de las zapatillas se pegaban al suelo, olía a aceite quemado y los cristales hacía meses que necesitaban una buena limpieza, no obstante, era un lugar barato y la comida basura que servían tenía un sabor excelente. La camarera esperó a que se sentaran antes de acudir con su libreta. Pidieron dos jarritas heladas de cerveza.

—Creo que deberías llamar a Coro. Podríamos ir al Puerto de la Cruz esta noche con Lisa y reunirnos allí con ella. El restaurante donde trabaja cierra a la una —sugirió Paco.

—No sé, tío. Creo que no procede.

—¿Que no procede? Pareces tonto, colega, ¡pero si te morreaste con ella!

Jimmy iba a preguntar cómo sabía eso, mas se contuvo. Era evidente que Coro se lo había contado a Lisa y esta a Paco. Decidió darle un trago a la cerveza.

—Si es que no sabes nada de mujeres. Tú hazme caso a mí —presumió Paco—, y ya verás cómo te la ligas.

—Tienes razón, macho. Cuánto más conozco a las mujeres menos las entiendo. Esperemos a que venga Lisa y veremos qué opina ella.

—Está bien, esperemos, aunque creo que eres un «caguica».

Una hora y tres cervezas más tarde Paco miró el reloj nervioso. El McTenya se había llenado.

—Lo mejor será que vayamos pidiendo —sugirió Paco alzando la mano

para avisar a la camarera—. Estoy muerto de hambre, tío.

Pidieron dos *Burger Special*, aros de cebolla, patatas y otras dos jarritas heladas de cerveza.

—Es raro que Lisa no haya venido aún. ¿No crees?

—Sí, macho. Deberías llamarla. Lo más probable es que se haya dormido. Lo mismo le dieron ayer las tantas en el Estepa.

Jimmy sacó un cigarro y le ofreció otro a su amigo.

—Tienes razón. —Paco sacó el mechero y acercó la llama a Jimmy, después se encendió el suyo—. La llamaré desde la cabina esa que está en la esquina.

Se levantó y abandonó el restaurante.

Cuarenta minutos después la última patata frita desaparecía de la mesa. Lisa seguía sin aparecer y no habían podido contactar con ella. La conversación se había reducido al mínimo y la sombra de la preocupación comenzaba a instalarse en sus rostros.

—Vayamos a su casa —propuso Jimmy.

—Sí, será lo mejor. Volveré a llamarla por si acaso y vamos para allá.

Jimmy quiso decir algo para tranquilizar a su amigo, pero no se le ocurrió nada y prefirió guardar silencio.

Tenía un mal presentimiento.

Caminaron a paso rápido, sin cruzar palabra, y llegaron al piso de Lisa en menos veinte minutos. Paco llamó al tele portero.

Nada.

Volvió a insistir, la segunda vez con fuertes timbrazos.

Escucharon el sonido eléctrico de alguien descolgando.

—¿Quién es? —Era Fátima, la compañera de piso de Lisa, una marroquí que había llegado a la isla cinco años atrás.

—Soy Paco, ¿está Lisa?

No contestó.

—No le abras, no quiero ver a nadie. —Era la voz de Lisa, sonaba desgarrada.

Se miraron, algo grave ocurría. Cuando sonó el timbre de apertura, Paco empujó la puerta y subieron al segundo piso a grandes zancadas por las destartadas escaleras de madera.

—¡Abre la puerta, Lisa! —Paco golpeó tres veces con la palma de la

mano.

Las dos mujeres forcejearon unos segundos y, por fin, Fátima logró abrir la puerta. Paco entró tan de golpe que empujó a la marroquí y casi la tira al suelo. Lisa retrocedió hasta la mitad del recibidor. A Jimmy le costó reconocerla. Su cara estaba hinchada y morada, sus labios eran dos costras de sangre y se veían hilos negros cerrando los cortes.

—¡Márchate, Paco! —gimoteó—. ¡Marchaos los dos!

Giró sobre sí misma, entró en su habitación cojeando y cerró dando un portazo.

Paco miró a Fátima.

—Ha sido ese cabrón.

—¿«El Rata»? —gruñó Paco con las venas del cuello hinchadas y los puños apretados.

Ella asintió.

—Llegó así de madrugada. No quiso ir al hospital ni llamar a la Policía. Fui yo quien le curé las heridas, menos mal que me gusta tener un botiquín bastante completo.

Jimmy recordó que la magrebí era enfermera.

—Cálmate, niño. Ve a hablar con ella. —Fátima posó su mano en el hombro de Paco—. No hagas caso de lo que ha dicho. Necesita que la abras y la escuches. Sé suave. Guarda tu furia para la rata que le ha hecho esto. Eso sí, después deberás ser un hombre y arreglarlo.

La última frase sonó extraña, sobre todo por el acento marroquí.

Paco asintió y entró en la habitación.

—Dile a Paco que estaré en el Gamer por si me necesita —dijo Jimmy tras un incómodo minuto de silencio.

—No te preocupes, se lo diré.

Abandonó el piso y bajó hasta la calle. El calor comenzaba a ser sofocante. Caminó sin rumbo por las calles buscando las sombras. La cara deformada de Lisa se había incrustado en su mente. Sentía cólera y miedo.

«Después deberás ser un hombre», rememoraba la frase que Fátima le había dicho a Paco. ¿Qué coño significaba ser un hombre?

Se avecinaba una tormenta, podía sentirlo, y estaba acojonado.

Unas horas más tarde, Jimmy y Paco bebían el cuarto cubata de ron acodados en la esquina de un tugurio construido en un sótano de La Laguna. A pesar de ser la sesión de tarde, el local estaba bastante lleno, sin embargo, ellos disfrutaban de cierta intimidad. Quizá la cara que mostraba Paco invitaba a los parroquianos a alejarse de ellos. Apenas hablaban, Jimmy mantenía un prudente silencio, su amigo estaba irascible y no quería provocarlo. Le había contado que «El Rata» la había esperado a la salida del Estepa y la había obligado a entrar en el su coche. Luego la llevó a un descampado donde le metió la paliza.

Jimmy sospechaba que había ocurrido algo más, no obstante, no se atrevía a preguntar.

Comenzó a sonar la canción de *I will always love you* de Whitney Houston. «*If I should stay, I would only be in your way*».

—Además, la violó —dijo Paco de pronto sin motivo aparente. No pudo contener un par de lágrimas.

—Joder, ¡qué hijo de puta! —. La confirmación de algo que ya sospechaba no evitó que se le revolviere el estómago. Le dio un trago a su cubata.

*«And I will always love you
I will always love you
You, my darling you».*

Paco se terminó el suyo antes de añadir:

—También por detrás... —golpeó la barra con su puño.

El camarero y varios clientes se giraron.

Nadie dijo nada.

*«I hope life treats you kind
And I hope you'll have
All you've dreamed of
And I wished you joy
And happiness
But above all this, I wish you love».*

«También por detrás...», reflexionó Jimmy. Tardó unos instantes en comprender. Cuando lo hizo, una furia salvaje sacudió su cerebro.

*«And I will always love you
I will always love you
I will always love you
I will always love you
I will always love you
I, I will always love you, you*

*Darling, I love you
I'll always
I'll always
Love you».*

—Voy a ir por él —siseó Paco—, esta misma noche. Bajaré a Santa Cruz y lo encontraré. Ya sé más o menos por dónde anda. Lo voy a moler a hostias.

Jimmy se imaginó a su amigo entrando en tropel en algún tugurio y liándose a golpes con «El Rata» y sus colegas.

No podía permitirlo. Lo iban a rajar. Entonces pronunció la frase que lo cambiaría todo.

—No puedes ir donde él como un miura, eso sería una estupidez. Tenemos que hacer algo definitivo.

—¿Definitivo?

La expresión de Paco se suavizó y Jimmy pudo leer en ella «¿Me ayudarás?».

Contuvo la respiración. Aquello no podía estar pasando. Nada tenía sentido. Lo normal y lo lógico hubiera sido acudir a la Policía como le indicaba la parte racional de su cerebro. Sin embargo, aquello era otro mundo, con otras reglas. La adrenalina fluía libre, el alcohol embotaba sus sentidos, Lisa era su amiga. ¿Cómo le podían haberle hecho eso? Ni tan siquiera era capaz de imaginarse el infierno que ella había pasado la noche anterior. Odiaba al «Rata» con todas sus fuerzas, era la primera vez que sentía un odio tan profundo y sincero, sin restricciones, sin control...

—Necesitamos un plan, colega. Estoy contigo en esto: no te dejaré tirado.

Sabía que se iba a arrepentir por haber pronunciado esas palabras, pero ya daba igual. Su cerebro trabajaba a toda velocidad.

Capítulo XXI (Calderón)

Lunes, 24 de octubre de 2016

Calderón se ajusta el chaleco antibalas. Hasta ese momento no lo había creído necesario. Sin embargo, se alegra de que el comisario haya dado la orden de usarlo. Considera al sospecho demasiado inteligente como para cometer la estupidez de recibirlos a tiros. Aunque no deben obviar que el tipo se ha cargado a dos personas a plena luz del día, y nunca se sabe con sujetos así. Mira a los lados, la acompañan cuatro compañeros de uniforme. Todos veteranos y curtidos policías. Uno de ellos, el que está por donde se abre la puerta, ha sido integrante de los GEOS. Ruiz se encuentra detrás de ella y el resto del operativo, incluyendo al secretario judicial, espera abajo, dentro de los vehículos.

Llama al timbre.

Percibe cómo alguien se apoya en la puerta.

—¡Policía, abra la puerta, por favor! —ordena con voz firme.

Escucha girar el bombín, una, dos, tres vueltas. Les recibe el sospechoso vestido con ropa deportiva. Calderón lo reconoce al instante.

—¿Qué desean?

—Buenos días. Soy la inspectora Calderón —le muestra la placa y le entrega dos folios—. Traemos una orden de registro y otra de detención. ¿Podemos pasar?

El sospechoso los mira uno a uno. Su rostro es una máscara de mármol. No parece nervioso ni asustado.

—¿Acaso tengo opción? —pregunta con sarcasmo antes de hacerse a un lado.

La inspectora no contesta. Atraviesa el umbral seguida por sus compañeros. Estudia el lenguaje corporal del sospechoso. Tensión contenida, desafío, orgullo, seguridad... Intuye que no será un interrogatorio fácil.

Se lamenta de que no los hubiera recibido a tiros.

—¿Es usted el señor José Ignacio Mínguez Yécora?

—Sí, el mismo.

—Tendrá que acompañarnos a comisaría en calidad de detenido. Si lo desea, puede cambiarse de ropa. Tiene dos minutos y lo acompañarán dos agentes mientras se viste.

—¿De qué se me acusa?

—De doble homicidio en primer grado. En breve le informaremos de sus derechos. Le conviene colaborar, señor Mínguez.

Jimmy asiente y señala una habitación con el dedo.

—Voy a cambiarme.

Desaparece seguido por dos de los uniformados.

Calderón avisa por radio al resto del equipo. Pasea la mirada por la vivienda. Destacan el orden y la pulcritud. También percibe un ligero aroma a desinfectante. Los de «la científica» están a punto de subir.

«Espero que encuentren algo», medita. Lo hace para darse ánimos, aunque no tiene demasiadas esperanzas. Los asesinos metódicos y ordenados son los más difíciles de atrapar.

—Así que se pegó unas vacaciones de escándalo antes de liarla. —El inspector Cisneros suelta una carcajada apoyado en la pared frente al sospechoso.

Sánchez le ríe la gracia y añade:

—Y muy bien acompañado. Qué bien te lo montas.

—Decidí que me las merecía, pero no sé a qué se refiere con lo de liarla —contesta Jimmy recostado en la incómoda silla de plástico.

—Ya, ya claro. No se haga el listo —continúa Sánchez, que se encuentra sentado frente a él con la mesa de poliuretano de por medio—. Hemos hablado con su amiguita, la señorita María Clara Do Sousa. Dígame, ¿qué relación mantiene con ella?

—Ya les he dicho que no es asunto suyo. Es mi vida privada.

—Está siendo investigado por asesinato. Así que sí que es asunto nuestro.

—No veo qué relación puede tener.

—Tratamos de averiguar qué ha pasado con los ochenta mil euros que le faltan.

—¿Dónde está mi abogado? Quiero dejar constancia de que llevo dos días esperándolo.

—Es posible que usted usara ese dinero para contratar a un sicario —incide Sánchez ignorando la pregunta.

—Ya estamos otra vez con lo mismo. —Jimmy se revuelve en su silla, incómodo.

—Le repito que hemos hablado con ella. Sabemos que no le cobró, que son novios. Usted pagaba los hoteles, pero en todo lo demás iban a medias. También nos ha contado cosas. Fanfarroneaba delante de ella. Normal, con una mujer así cualquier hombre pierde la cabeza.

—¿Puede darme un cigarro? —pregunta Jimmy.

—Aquí no se puede fumar —contesta Sánchez sin ocultar su fastidio.

—Tampoco se puede negar a un detenido la asistencia de un letrado y es lo que están haciendo ustedes. Le recuerdo que llevo dos noches durmiendo en este maravilloso lugar.

—No le estamos negando nada señor Mínguez, en cuanto consigamos un abogado vendrá a asistirle —dice Cisneros. Se acerca a su compañero para sacarle el paquete de cigarros del bolsillo de la camisa y coloca uno frente a Jimmy—. Vamos, cuéntenos qué pasó con los ochenta mil euros.

El sospechoso agarra el cigarro. Se lo coloca en la boca y Sánchez se lo enciende. A la segunda calada comienza a toser.

—Joder, llevaba más de diez años sin fumar.

Los inspectores esperan.

—En realidad no es mi novia. Clara es una chica fantástica, no lo niego. Lo que pasa es que su trabajo es un gran obstáculo.

—¿Qué relación mantienen entonces? Hemos visto las llamadas de su teléfono y hablan casi todos los días. Eso corrobora la versión de ella.

—Somos amigos. *Follamigos* más bien; es una palabra horrible, pero está de moda y define a la perfección nuestra relación.

—¿Y el dinero? ¿Se lo ha dado a ella? —insiste Cisneros.

—Yo creo que se lo dio a un sicario —sugiere Sánchez incisivo.

—Ese dinero era mío. Trabajé como un cabrón durante veinte años para pagar ese piso. Así que lo que haya hecho con él no es asunto suyo. Me lo gasté en lo que me salió de los cojones.

—Tiene razón señor Mínguez —continúa Cisneros—. Esa casa era suya y nadie tenía derecho a arrebátarsela. Por eso decidió vengarse. Darle su merecido a aquella jueza engreída y de paso a todo el sistema judicial. Lo del fiscal supongo que fue un accidente. Se encontraba en el lugar y el momento

equivocado. Estoy convencido de que mucha gente lo va a considerar un héroe. Un padre que no consintió que lo separaran de su retoño.

Jimmy mira al Cisneros en silencio. Fuma despacio las últimas caladas del cigarro mientras posa sus ojos alternativamente en los dos inspectores. Se dibuja un suave esbozo de sonrisa en sus labios.

—Por cierto... ¿Podrían traerme una cerveza?

Sánchez explota y le da un manotazo al cigarro que el sospechoso aún sujeta en la boca. Saltan diminutas chispas cuando se estrella contra la pared. Agarra a Jimmy por las solapas y tira de él.

—Maldito capullo de mierda, ¿crees que te vas a reír de nosotros en nuestra puta cara?

Su compañero lo sujeta por detrás y lo separa del detenido.

—Tranquilo, Julio, tranquilo. No merece la pena. Venga salgamos un rato.

Calderón observa la escena desde el otro lado del cristal negando con la cabeza. La acompaña el comisario Gómez.

—Es pájaro no va a cantar. Y no hemos encontrado nada en su casa —dice el comisario con la derrota marcada en su voz—. Es cierto que no tiene coartada y que el asunto del dinero lo señala. No obstante, solo son conjeturas. No tenemos ninguna prueba.

Silvia mira a su jefe y asiente. Está de acuerdo con él. El sospechoso no da muestras de cansancio ni de nerviosismo. Tampoco entra en contradicciones. Incluso parece disfrutar con el interrogatorio. Está segura de que es el culpable que buscan y que se les escurre entre los dedos.

—Lo tendremos detenido hasta mañana. Agotaremos el plazo de las setenta y dos horas, pero voy a traerle un abogado. No podemos demorarlo más. Y mucho me temo que el juez lo pondrá en libertad si no conseguimos alguna prueba o una confesión.

—Déjeme un rato con él. Los de informática me han traído esto. —Calderón le entrega un folio y Gómez comienza a leerlo—. Estaba en el historial de su teléfono móvil y, de momento, es el único error que ha cometido. Ya sé que no es mucho, pero lo intentaré.

El comisario enrolla el papel y apunta con él a la inspectora.

—Una hora. Tiene sesenta minutos antes de que llegue el letrado, ni uno más.

Calderón entra en la sala de interrogatorios portando una carpeta. Se enciende un cigarro antes de sentarse frente a un hombre que mantiene su

mirada impasible. Está concentrado y alerta. Muy mentalizado. Necesita desarmar esa muralla psicológica que lo protege.

—Hábleme de Ruth.

—Un caballero no debe hablar de una dama.

—No creo que sea muy caballeroso enviar un matón para que viole a la madre de tus hijos. ¿Qué opinas de eso, Jimmy?

El sospechoso titubea por primera vez en cuarenta y ocho horas. Silvia observa satisfecha cómo su primer cañonazo hace temblar el muro.

—No sé de qué me habla.

—Sí lo sabes, sí. ¿Cómo crees que se siente ella? No se esperaba eso de ti. Te creía un todo un hombre. Por eso te eligió como padre de su hijo.

—¡Tú no sabes una mierda! ¡¿Dónde está mi abogado?! —Jimmy golpea la mesa. Su cara es una máscara de furia, la vena yugular se dibuja en su cuello. Su muralla se tambalea.

—Dime, ¿realmente fue por el piso o una venganza por ser un cornudo?

El detenido se recuesta. Lucha contra sus instintos y los reprime. Adopta una posición defensiva cruzando los brazos.

Calla.

—¿Por qué «Forseti»? —inquire la inspectora. Decide cambiar de tema, desconcertarlo. Hacerle creer que lo sabe todo sobre él.

—No sé qué es eso —su voz ha perdido seguridad.

—No me mientas, Jimmy. Hiciste una búsqueda el siete de septiembre. Hemos repasado el historial de tu teléfono.

Abre la carpeta y le muestra un folio.

El sospechoso ni lo mira. Está incómodo. Nervioso.

—No lo recuerdo.

—«Forseti», el dios nórdico de la sabiduría y la justicia. Por eso nos dejaste el mensaje en la escena del crimen. —Le enseña una foto—. Querías que supiéramos por qué lo hiciste.

Jimmy se mantiene silencio. Silvia observa cómo recupera el control. Se le escapa y no puede hacer nada por evitarlo. Está frustrada y tiene que ocultarlo. No piensa darle el gusto a este capullo. La peor pesadilla de un policía es tener al asesino delante y no poder demostrarlo.

El señor Mínguez recoge sus pertenencias. Firma el recibo y sonrío satisfecho.

—Muchas gracias, agente —dice con sorna.

Calderón contempla la escena impotente. El juez ha decretado libertad sin cargos.

Ruiz se acerca colocándose junto a ella. Quiere decir algo, pero mantiene silencio. No hay nada que añadir. Les ha vencido, por lo menos de momento.

—Lo volverá a hacer —susurra Calderón—. No ahora, ni dentro de unos meses. Tal vez pasen años, pero repetirá. Lo ha probado y buscará cualquier excusa para volver a apretar el gatillo.

El inspector en prácticas mira a su jefa y asiente.

—Tenemos que atraparlo. Repasaremos todo de nuevo. Seguro que ha cometido algún error, solo tenemos que encontrarlo.

—Lo que tú digas, Calderón. Ya sabes que estoy contigo. Seguro que terminamos descubriendo algo que lo incrimine.

Jimmy posa sus ojos negros en Silvia. Les separan unos seis metros.

—Ha sido un placer, inspectora. Me ha encantado conocerla. Supongo que nadie me va a llevar a casa.

—Supone bien, señor Mínguez.

—No importa. Me vendrá bien dar un paseo.

Capítulo XXII (Jimmy)

Martes, 4 de octubre 2016

Jimmy apretó la taza de café humeante entre sus manos mientras contemplaba cómo las gotas golpeaban el cristal de la cocina. La tarde era lluviosa y desapacible, típica del otoño cantábrico. Por cuarta vez en las últimas horas, consultó la previsión meteorológica en su móvil: continuaría así hasta el jueves por la noche.

—Mañana será el gran día —le hablaba a la bruja de plástico que estaba sobre la encimera.

Ella no contestó.

—Te vas a enterar. Y no te vayas a creer que me voy a echar atrás en el último momento. No, lo tengo todo calculado.

Agarró los tres folios que se encontraban junto a la muñeca y los repasó por enésima vez. Uno a uno los fue quemando en el fregadero. Encendió la campana extractora para absorber el humo. Al terminar, llenó un cubo de agua e introdujo el «portátil B» encendido. La pantalla se puso en blanco antes volverse completamente negra. Lo había formateado diez veces, pero pensaba asegurarse del todo. Allí dentro había demasiada información. Al rato, lo metió en un envoltorio de lona para, martillo en mano, golpearlo con saña durante unos minutos. Cuando estuvo satisfecho repartió los pedazos en varias bolsas de basura. Lo mismo hizo con la impresora Epson que había comprado la semana anterior.

Entró en el salón y se dirigió al escritorio. Se colocó unos guantes de látex antes de coger una hoja en blanco con una palabra escrita:

«FORSETI».

La miró y meditó unos instantes antes de doblarla e introducirla en un sobre. Sabía que era una estupidez, una pista que seguro seguiría la Policía. Sin embargo, empero, no podía dejar de hacerlo, como si necesitase dar alguna explicación, el porqué de sus actos.

Escuchó una carcajada. De dos zancadas entró en la cocina y se hizo con la muñeca.

—¿Te estás riendo de mí?! —escupió las palabras mientras la estrujaba.

El estúpido rostro de plástico permaneció inmutable.

—Ya estoy harto de ti. No te soporto.

La pisoteó después de arrojarla al suelo.

En ese momento se percató de lo nervioso que estaba. Sabía que, si no se controlaba, comenzarían a asaltarle las alucinaciones. Y no podía permitirlo, faltaban pocas horas para el día V. Necesitaba mantener la mente lúcida y despejada. Hablaría con Clara. Con ella siempre lograba recuperar el control, calmarse. Su voz y su risa eran como un bálsamo. Sacó el teléfono del bolsillo, buscó su número en la agenda y apretó el botón de llamada mientras se dejaba caer en el sofá. A esa hora estaría trabajando, pero seguro que, al ver su llamada, buscaría un rato para él.

Terminó de limpiar y engrasar el arma. La montó de nuevo con precisión. Era increíble lo que se podía aprender en YouTube, y menos mal, ya que en la mil apenas había manejado pistolas. Llenó el cargador y lo introdujo por la culata. Colocó el seguro y la metió en el bolsillo de la gabardina antes de quitarse los guantes de látex.

Miró la hora: las diez de la noche. Una fina e intensa lluvia continuaba castigando el asfalto sin piedad. La noche perfecta, desapacible y con poca visibilidad. Había pasado el aspirador a conciencia. No dejaría ninguna pista. Extrajo el saco lleno de polvo del aparato y lo metió en una de las cuatro bolsas de basura. Se ajustó la gorra, subió la cremallera del chubasquero hasta la nariz, tiró de las cintas de la mochila y abandonó el apartamento. Caminó entre el aguacero con la cabeza gacha evitando ser grabado por las cámaras de seguridad de los comercios. Conocía de memoria su ubicación. Por el camino, se fue deshaciendo de la basura distribuyéndola en varios contenedores. Llevaba ropa oscura y eso lo hacía casi invisible: una sombra entre las sombras. Tenía la sensación de ser el protagonista de alguna película de espías. Se detuvo frente a su destino. Una lonja medio oculta en un soportal sostenido por multitud de columnas de hormigón y con el cartel de «se vende o alquila» pegado de forma permanente. Una víctima más de la «crisis del

ladrillo».

Comprobó que no lo veía nadie y sacó las dos ganzúas del bolsillo. Manipuló la cerradura. Había ensayado los movimientos en su casa docenas de veces. Logró abrirla en treinta segundos.

Entró. Esperó unos instantes temiendo escuchar el sonido de alguna alarma traicionera.

Nada.

Entrecerró la puerta y cambió la cerradura por la suya. Cerró del todo antes de encender la linterna. El haz de luz le mostró un local de paredes desnudas y suelo de hormigón. Abandonado el mismo día que terminó la obra. Por el suelo se esparcían restos de plásticos, retales de madera, baldosas rotas y escombros. Descubrió un cubo de chapa, de esos que se usan para guardar la pintura. Era perfecto. Dejó dentro un bote de disolvente, un mechero, guantes negros y la mochila con una chaqueta de *runner* roja. Abandonó la lonja y usó su propia llave para cerrar.

Todo estaba saliendo según lo planeado.

El despertador sonó a las ocho menos cuarto y se incorporó de la cama como un resorte. Descansado y pletórico. La pastilla para dormir había cumplido su función. Preparó un generoso desayuno a base de tostadas, café con leche y tres tipos de mermeladas naturales. Se duchó antes de vestirse con la ropa de correr y esperó mirando la televisión. A las nueve y media se colocó unos guantes negros de tela, guardó el arma y los dos botes de humo en los bolsillos de la gabardina. La introdujo en una bolsa de plástico junto la peluca rubia y la barba postiza. Bajó al portal por las escaleras y, antes de salir a la calle, se ajustó la gorra y las gafas de cristales amarillos. Caminó con ritmo calculado evitando las cámaras de seguridad hasta la salida de un garaje situado a cien metros de la cafetería Rojas. Era una rampa que descendía girando en un ángulo de ochenta grados. Una vez abajo se colocó el disfraz. Con la cabeza apoyada contra la puerta metálica, extrajo la Star y tiró del percutor metiendo una bala en la recámara. Sin soltar el arma, escondió la mano derecha en uno de los amplios bolsillos del abrigo.

Quitó el seguro con el dedo gordo.

Debería haber estado nervioso, pero no lo estaba. Sentía una extraña

calma.

Repasó mentalmente la imagen de la cafetería y su distribución. Así como el rostro de la jueza. Ascendió y recorrió los últimos metros que le separaban de su víctima.

De su justicia. De su venganza. De su cruzada.

Se detuvo frente a la puerta. Podía verla a través del cristal. Sin embargo, algo fallaba, el fiscal estaba junto a ella. Los dos charlaban despreocupados.

«Mierda. El niño de los cojones. Pero si nunca tomas el café los martes», meditó.

Aquel contratiempo hizo que perdiera la concentración. En todos los meses que llevaba espiándolos, el fiscal jamás había acudido el martes. Era difícil predecir cuándo tomaba el café con la magistrada, ya que no mantenía una regularidad. Salvo que nunca iba los martes.

El aplomo se le fue a los pies. Nervioso, decidió dar media vuelta y largarse.

Volvió a la rampa del garaje para quitarse el disfraz y regresó a su casa con el corazón desbocado. Enfurecido por su fracaso. Una vez en el apartamento dejó la bolsa en la cocina.

—Así que no has tenido «huevos» —la jueza le hablaba sentada en su sofá—. Maricón de mierda. —Fumaba un cigarrillo mentolado usando una boquilla.

—Cállate, so cabrona. Hoy has tenido suerte. Y deja de fumar: apesta a tabaco. —Le arrancó el cigarro de un manotazo y lo pisó.

—Te hiciste caquitas, ¿verdad? —acompañó la burla con una sonora carcajada—. ¿O es que te has asustado del niño?

—No lo sé, maldita sea. Me he descentrado al verlo.

—No entiendo por qué a él no lo quieres matar. Te recuerdo que la fiscalía también solicitó la custodia materna y el uso de la vivienda para Ruth.

—Es cierto, pero el fiscal lo hizo influido por ti.

La jueza soltó una sonora carcajada.

—¿Influido por mí? ¿Qué te hace pensar eso?

—Tú eres la veterana y se nota que tienes mucho carácter, estoy seguro de que lo has manipulado para que solicite lo que te interesa.

—No hay cosa más atrevida que la ignorancia —sentenció la mujer—. Estás equivocado. Los hombres sois idiotas, y tú eres un espécimen especialmente bobo...

Jimmy se abalanzó sobre la magistrada preso de una furia incontrolable. Sin embargo, solo halló el sofá.

Había desaparecido.

Buscó sin éxito el cigarro que creía haber pisoteado. No obstante, aún percibía con claridad el aroma a tabaco mentolado. ¿Cómo era posible? Su mente estaba cada vez peor. Necesitaba cumplir con su misión para poder arreglarla. Si no, terminaría en un manicomio.

Miró la hora al escuchar el despertador: las ocho menos cuarto. Se incorporó de un salto y repitió las acciones del día anterior, punto por punto: desayuno, ducha, vestimenta... En algún momento se acordó de la película *El día de la marmota*, una historia de un tipo condenado a repetir el mismo día en un bucle sin fin. Divagó con la idea de que seguiría así hasta cumplir su misión, atrapado en una singularidad temporal. Descendió por las escaleras y se ajustó la misma gorra. Ocultaba sus ojos tras las gafas de cristales amarillos. Continuaba lloviendo, aunque el sol había conseguido romper la formación cerrada de nubes y se intuía en el cielo.

El clima seguía siendo su aliado.

Descendió por la rampa del garaje y se colocó el disfraz. Agarró el arma con la mano dentro del inmenso bolsillo y respiró hondo durante un minuto.

Esta vez no fallaría.

Caminó los últimos metros como un autómata. Entró en la cafetería Rojas y se plantó en el centro del local. Un espejo situado tras la barra le devolvió su estrafalario aspecto. Sin embargo, nadie parecía reparar en él. También estaba el fiscal, mantenían una charla distante. Avanzó hasta quedarse a menos de dos metros de la magistrada y extrajo la Star.

Apuntó a la mujer.

Ella pareció intuir el peligro y se giró. A Jimmy le pareció que el tiempo se ralentizó. No le temblaba el pulso, era un disparo fácil que no podía errar. El rostro de la mujer cambió de la indiferencia, a la sorpresa y, finalmente, al miedo.

Apretó el gatillo. Dos veces. Sujetando la pistola con firmeza.

El cuerpo de la jueza se desplomó como una marioneta a la que le cortan los hilos.

Inerte. Sin vida.

Nadie se movió, ni tan siquiera el fiscal que estaba sentado junto a ella. Su rostro era la viva imagen de la perplejidad, al igual que el del camarero. Retrocedió con la intención de largarse. No obstante, algo lo detuvo. Una completa sensación de poder, de ser un dios. El portador de la vida o la muerte.

«Niñato de mierda».

Se giró y, sin apenas pensarlo, disparó una tercera bala contra el fiscal.

En ese momento, el *barman* reaccionó y se arrojó al suelo gritando. El resto de los clientes comenzaron a chillar y a huir despavoridos. Extrajo el bote de humo, tiró de la anilla con el dedo meñique de la mano derecha, que aún sujetaba la Star, y lo arrojó. Una densa niebla lo invadió todo mientras se dirigía a la puerta trasera. Sacó el sobre que estaba en el bolsillo interior. En el último momento decidió que era mejor llevárselo, no iba a dejar una pista por una tontería de su ego. Abandonó la cafetería con paso firme, pero sin correr. Unos metros más adelante, notó que se caía algo. Giró la cabeza sin dejar de caminar y observó que era el maldito sobre. Pensó en darse la vuelta y recogerlo. Pero no lo hizo, comenzaba a perder aplomo y lo único que quería era largarse de allí. Recorrió la distancia que le separaba de la lonja con la cabeza gacha, oculto tras su visera y sus gafas. Sin salirse ni un milímetro del camino que tenía marcado en su cerebro y que había ensayado tantas veces. A pesar de todo, temblaba, le costaba respirar. A punto estuvo de echar a correr cuando escuchó la primera sirena.

—Vamos... ¡Relájate! Lo tienes todo medido y controlado —murmuró.

Escuchar su propia voz tuvo un efecto calmante. Llegó a la lonja abandonada y abrió con su llave. Cuando cerró la puerta, el corazón volvió a desbocarse y necesitó apoyarse en la pared para controlar los temblores. Esperó a que los ojos se adaptaran a la penumbra realizando respiraciones profundas con la intención de calmarse.

Necesitó un par de minutos.

Con el resuello recuperado, se acercó al cubo de chapa donde había dejado sus cosas hacía dos noches. Se quitó la gabardina y la peluca, antes de ponerse la chaqueta roja de *runner*. Introdujo la pistola en la mochila y se cambió de guantes. Después metió el disfraz en el balde y lo roció todo con el disolvente dejando un reguero para poder encenderlo sin quemarse. Sacó uno de los dos mecheros que llevaba y lo encendió. El aire se filtraba por las

desnudas paredes apagando la llama. Necesitó cuatro intentos para prender el líquido. Cuando comenzó a arder, abandonó la lonja después de cerrar con llave.

Empezó a correr, ahora era un tipo haciendo deporte. Ignoraba si el humo alertaría a los vecinos y llamarían a los bomberos. Le daba igual, el fuego haría desaparecer las pruebas y para cuando llegara alguien ya estaría muy lejos. Por otro lado, crear más confusión favorecía sus planes. Lo único que podía truncar sus planes es que la policía registrase su mochila, no obstante, eso era improbable. Mantuvo un ritmo tranquilo para no cansarse demasiado. Deseaba reservar fuerzas por si surgían inconvenientes. Llegó a la ría que desembocaba en el Cantábrico. A lo lejos se observaba cómo las nubes perdían la batalla contra el sol, augurando una tarde ideal para pasear. Trotó por el camino que bordeaba el muro que encerraba el mar y controlaba las crecidas de la marea. Que en ese momento estaba subiendo.

«Es perfecto. Jamás encontrarán el arma».

Abandonó la senda y se introdujo en la fábrica abandonada. No le importó que lo pudieran ver una pareja de jubilados que caminaba a unos doscientos metros por detrás. Pensarían que iba a hacer sus necesidades.

Miró el reloj. Las diez y cincuenta y cuatro.

Revisó lo que un día fue una conservera y ahora luchaba por mantener en pie las pocas paredes que aún resistían el envite de la naturaleza.

Nadie.

Entró en lo que una vez fue un despacho y se arrodilló mientras se quitaba la mochila. Desmontó la Star y guardó el cargador y las piezas en los bolsillos de la chaqueta.

Le pareció que una sombra lo espiaba.

Asomó la cabeza por uno de los agujeros de la pared. No vio a nadie, sin embargo, la sentía. Incluso valoró la posibilidad de volver a montar el arma.

«No, es una estupidez. Otra vez mi maldita cabeza».

Recordó un cuento que le leía su madre de niño, *Juan sin miedo* de los hermanos Grimm. Trataba de un tipo que no sentía miedo por nada. No recordaba el argumento, pero sus padres le explicaron que no es valiente el que no tiene miedo, sino el que lo tiene y sabe dominarlo. Fue aquella frase la que le hizo abrir el armario, donde creía que se alojaba un monstruo, gracias a la cual consiguió ir al baño solo de madrugada.

Era lo mismo. Debía enfrentarse a la sombra.

Avanzó hacia ella entre los escombros. Le pareció que retrocedía, que le temía. Eso aumentó su sensación de poder. Intentó alcanzarla dando grandes zancadas. Sin embargo, aquella presencia conseguía mantener la distancia. Llegaron hasta el final del viejo edificio y la sombra huyó a la arboleda.

Jimmy se detuvo. La localizó detrás de un eucalipto, a unos quince metros.

—No te tengo miedo —espetó—. Ya sabes de lo que soy capaz, así que ándate con cuidado. Dime qué es lo que quieres.

Silencio.

—¿Quién eres?

Algo se agitó tras el tronco, moviendo incluso las zarzas de alrededor. Le pareció percibir un olor a quemado.

—Siento lo que te pasó —la angustia estranguló su garganta—. Pero... ¿qué otra cosa podíamos hacer? Además, no eres más que mierda.

La sombra se revolvió en su escondite.

—Ya sé que debería haber actuado de otra manera. Pero... ¿qué iba a hacer? Era mi colega. ¿Te crees que fue fácil para mí? A pesar de los años transcurridos, aún tengo pesadillas.

Las lágrimas saltaron de sus ojos.

—Tal vez debería pedirte perdón. Pero no lo haré. Jódete, gilipollas.

El viento comenzó a silbar entre las paredes.

—Por favor, déjame tranquilo. No puedes hacerme nada, así que no pierdas el tiempo.

Se giró y caminó hasta la senda. Sabía que no se había marchado, que lo seguía a la misma distancia.

No le importó.

Cuando llegó a la senda, observó que los dos jubilados se encontraban a casi medio kilómetro por delante. Inició una suave carrera paralelo a la ría. La lluvia persistía, aunque perdía intensidad. Una a una, arrojó al agua todas las piezas de la pistola comenzando por el cargador. Al terminar, se quitó los guantes, los rellenó de piedras e hizo lo mismo con ellos.

Ya estaba hecho. Solo le quedaba llegar a casa, darse una ducha y deshacerse de la ropa que llevaba. No dejaría ninguna prueba. Aunque llegaran a sospechar de él, no lograrían inculparlo.

Capítulo XXIII (Calderón)

Jueves, 10 de noviembre de 2016

Los dos inspectores están en la mesa compartida revisando las notas que han tomado hasta ahora. En la pared de al lado hay un panel de corcho con el mapa de la ciudad clavado con chinchetas. Rayas de diferentes colores recorren sus calles. Todas parten desde el escenario del crimen y terminan en la ría. Han deducido que el sospechoso corrió hasta allí para deshacerse del arma. También sospechan que se cambió de ropa en algún punto del camino, el disfraz era demasiado extravagante para pasar inadvertido. Están convencidos de que no usó su vehículo para huir. Cuando lo registraron, no encontraron ninguna fibra de la peluca y se notaba que llevaba varias semanas sin limpiar.

Ahora están solos, el comisario ha tenido que disolver el equipo que les ayudaba. No puede dejar a la ciudad sin efectivos. Así que ya no pueden vigilar al sospechoso las veinticuatro horas del día, aunque el seguimiento de una semana completa no aportó nada. De momento, no tienen más casos asignados, pero no saben lo que va a durar; el trabajo se acumula. El martes, gracias al registro de tráfico, descubrieron que el vehículo del señor Mínguez había cambiado de titularidad.

—Volvamos a revisar de nuevo todos los vídeos, tal vez se nos haya escapado algo —sugiere Calderón.

—Un momento, voy a revisar el Instagram de nuestra amiga. Son casi las doce y media. Ya habrá subido la foto del día.

Ruiz extrae su *smartphone*. Vigilan las redes sociales del sospechoso y de su amante brasileña. Él tan solo tiene una cuenta en Facebook que apenas utiliza, pero ella es diferente, es bastante popular en Instagram. Todos los días sube un par de fotos en ropa interior o con algún tipo de prenda que apenas cubre su espectacular anatomía. Tiene casi tres mil seguidores, el noventa por ciento del sexo masculino, Ruiz le envió una solicitud de amistad que ella aceptó. Silvia sabe por experiencia que se pueden conseguir pistas importantes en las redes. Hay veces que el narcisismo termina por delatar a los delincuentes. Se levanta y mira por encima el móvil de su compañero.

Clara aparece sentada sobre un taburete con las piernas cruzadas y una taza de café entre sus manos. Viste un top blanco que le marca los pezones y es imposible distinguir si lleva algo más en la parte de abajo. Ruiz pulsa el corazón y revisa sus comentarios. Calderón pierde interés, normalmente son piropos sin gracia destinados a engordar el ego de la titular de la cuenta. Mira por la ventana. Unas nubes negras procedentes de Cantábrico anuncian lluvia intensa.

—¡Silvia! Mira esto.

Se sobresalta y se gira. Su compañero se ha puesto en pie y le entrega el teléfono. Hay un comentario. Lo primero que le llama la atención es que es de una mujer.

—No es que sepa portugués —continúa diciendo Ruiz—, pero creo que está claro lo que dice.

Silvia lo lee:

«oi amiga, ja consegui um carro para buscarte na madrugada de segunda-feira. Eu pedi livre no trabalho, vou estar con voces todo o dia. Tenho muita vontade de volver a ver voce e que me apresente seu namorado. Un beijo».

—¿En la madrugada de *segunda-feira*? —pregunta Calderón.

Ruiz abre el traductor de Google y teclea *segunda-feira*: «lunes».

—Se va a ver con su amiga la madrugada del lunes y le va a presentar a su enamorado —afirma el inspector.

—¡Joder, se va a largar a Brasil con ella! —exclama Calderón—. ¿De dónde es esta chica?

El inspector Ruiz necesita unos segundos para seguir el perfil.

—De Río de Janeiro —asegura triunfal.

—¿Qué opinas? ¿Crees que el enamorado es nuestro sospechoso?

—Me temo que sí. Por eso ha vendido el coche.

—Vamos a hablar con el comisario.

Los dos inspectores entran el despacho del comisario Gómez casi sin llamar.

—Tiene que llamar a De la Cruz y pedirle que decrete medidas cautelares contra el Sr. Mínguez —suelta Calderón.

Gómez los mira resignado y escéptico. No se levanta de su silla.

—Entiendo que han encontrado algo.

Ruiz le ofrece el *smartphone*. El comisario lo agarra y lo mira.

—Es el perfil en Instagram de Clara Do Sousa —explica Calderón mientras apoya los codos en la mesa—. Fíjese en el comentario que ha escrito hoy una amiga de ella. Aquí.

El comisario lo lee varias veces.

—¿Y qué quieren que le diga a Su Señoría? ¿Que la amante prostituta del sospechoso ha recibido un mensaje de una amiga en una red social?

—En el que se dice que se van a ver el lunes en Río de Janeiro y que le va a presentar a su novio. Tiene que retirarle el pasaporte.

—Lo de Río lo dicen ustedes y están dando por hecho que el sospechoso es su novio. ¿No ha pensado que lo más probable es que sea un cliente?

—Cuando revisamos el teléfono del sospechoso descubrimos que la llamaba todos los días.

Gómez se encoge de hombros.

—No iba a ser el primer cliente que se encapricha de una prostituta. No es suficiente, Calderón. No después de la última cagada. Necesito algo más para llamar a su señoría.

—¿Y qué hay de la venta del coche? Todo apunta a que se va a largar.

—Eso es lo que dicen ustedes, no son más que conjeturas. ¿Quién sabe? Lo mismo es que se va a comprar otro.

—Si pudiéramos revisar su cuenta... —sugiere Calderón.

—Tampoco podemos sin una orden judicial.

—Se nos escapa, comisario. No podemos dejar que tome un avión — Calderón da una palmada en la mesa.

—Aun suponiendo que esté en lo cierto —Gómez extiende las manos—, se trata de Brasil. Es territorio de Interpol. Tenemos tratados de extradición con ellos.

—Si dejamos que pise suelo brasileño, lo perdemos —sentencia Calderón—. No olvidemos que tiene ayuda local. Puede conseguir documentación falsa y cruzar la frontera con Colombia, Venezuela, Perú, Argentina, Uruguay...

El comisario Gómez medita un instante.

—Tengo un amigo que trabaja en el banco donde Mínguez tiene la pasta. Tal vez pueda hacerme el favor y echar un vistazo a su cuenta. Lo siento, inspectores —mira a cada uno de sus subordinados—, pero es lo único que puedo hacer si no encuentran algo realmente concluyente. Y les recuerdo que el secretario de Justicia me está presionando.

Calderón asiente, está frustrada, aunque reconoce que su superior tiene

razón.

—Está bien, comisario, seguiremos insistiendo. Es posible que se nos haya pasado algo.

A las cuatro de la tarde, el temporal descarga toda su furia sobre la costa. El viento empuja con fuerza las gotas de agua que golpean contra el cristal. Sobre la mesa están impresos los últimos movimientos bancarios de Mínguez, no han aportado gran cosa. Tan solo hay un retiro de tres mil euros de la semana anterior. Calderón y Ruiz han decidido repasar las grabaciones que habían descartado. No hablan entre ellos, el ambiente está tenso. Apenas han comido un par de bocadillos frente al ordenador. Presienten que la cuenta atrás ha comenzado y, si no dan con la clave para salir del punto muerto en el que están inmersos, la rueda pasará por encima de ellos.

—¡Aquí! ¡Aquí! —exclama Ruiz.

Silvia se levanta de un golpe y rodea el escritorio para colocarse junto a su compañero.

—Fíjate en esto —Ruiz utiliza el ratón para hacer retroceder una grabación—. Lo pasaré más despacio.

Aparece una calle en blanco y negro, la calidad es mala. La cámara enfoca un escaparate desde el interior, la acera, la carretera y parte de la calzada de enfrente. En los dos lados hay vehículos estacionados. En el punto más alejado, entre dos vehículos aparecen dos piernas corriendo. En tiempo real es menos de un segundo. Ruiz retrocede de nuevo y la imagen se repite, aunque esta vez la detiene. Se ven las rodillas, los gemelos y los pies. Lleva mallas negras y zapatillas de corredor.

—Creo que es nuestro hombre —susurra Ruiz.

—Es posible, ¡pero es una secuencia tan corta! —se lamenta Silvia.

—Espera, creo que son unas Ascis. Apuesto a que el tío siempre usa la misma marca.

Ruiz dibuja un círculo y amplía las zapatillas. La imagen es demasiado borrosa. No consiguen distinguir el logotipo.

—¡Mierda! —Ruiz se lamenta.

—No importa —afirma Calderón—. Las que encontramos en su casa eran prácticamente nuevas, no las usó para cometer el crimen. Pero es él, tiene que

ser él. ¿Dónde está esa cámara?

—Está en Sácame partido, un comercio de compraventa de objetos usados. Silvia lo busca en el mapa y lo marca con un bolígrafo.

—Vale. —Toma aire tratando de organizar las ideas—. Sospechamos que se cambió de ropa. Lo lógico sería vestirse con ropa deportiva y seguir corriendo hasta la ría. Tenemos el testimonio de la dependienta de la pescadería Pedro Mari, que afirma que vio pasar a un tipo muy raro con gabardina y peluca en este punto. ¡Joder! Lo más lógico es ir por esta calle.

—Sí, seguro que ahí se encuentra el «escenario secundario». —Ruiz da un salto y se acerca al plano—. Calle Bolivia, vamos.

Ruiz estaciona el vehículo K frente a la pescadería Pedro Mari, en el lugar reservado para minusválidos. Calderón extrae de la guantera el distintivo y lo coloca sobre el salpicadero. Trucos de policías. Continúa lloviendo a cántaros. Se bajan y recorren el camino hasta la tienda de compraventa, refugiados bajo el paraguas de Ruiz. Vuelven caminando más despacio. La calle Bolivia es corta, en el centro hay un edificio nuevo con seis portales metidos en una especie de pasadizo, las columnas maestras que soportan el edificio les dan cierta intimidad. Hay cuatro lonjas con carteles de «se vende o alquila». Aún con las horribles puertas metálicas de obra.

—Este es un buen sitio —dice Ruiz.

—Tienes razón. ¿Crees que se metió en un portal?

—Puede que sí, no tuvo más llamar al portero automático e identificarse como el cartero. En esta ciudad, la gente es muy confiada.

—Es una posibilidad, pero no lo creo. Existen demasiadas cosas que pueden salir mal y nuestro sospechoso es metódico. No le gusta dejar nada al azar.

Camina despacio. En ese punto están protegidos del aguacero.

Calderón observa las lonjas. Entonces se detiene frente a una. Vuelve a mirar las otras tres, ahora se mueve rápido, ha entrado en modo sabueso.

Ruiz mantiene silencio, expectante. Sabe que a su jefa no le gusta que la molesten cuando está así.

—La cerradura, fijate.

Su compañero se aproxima a la puerta de una de las lonjas donde se ha

detenido.

—Es distinta a las demás —añade Calderón—. No es descabellado suponer que el señor Mínguez la cambiara para así tener su propia llave y proporcionarse un lugar seguro donde quitarse el disfraz.

—Muy bueno, Silvia. Eres un genio. Voy a llamar a ese teléfono para que nos abran la puerta.

—Espera, espera —ordena la inspectora jefa—. No tenemos tiempo. No sabemos si nos van a contestar, o si van a querer abrirnos ahora, o tendremos que esperar a mañana, o solicitar una orden al juez... Déjame a mí.

Tira de su bolso bandolera para colocarlo por delante y extrae dos guantes de látex y el juego de ganzúas.

—Tú vigila.

Ruiz mira nervioso a los lados. No hay nadie, oscurece y la lluvia no invita a pasear. El momento es perfecto.

Silvia necesita menos de treinta segundos para abrir la cerradura.

Los dos inspectores entran utilizando las linternas de sus móviles. Ruiz también se ha puesto unos guantes. Hay trozos de escayola, escombros y plásticos esparcidos por el suelo. Huele a humedad y polvo, no obstante, hay un aroma extraño, uno que no debería estar allí, como a goma quemada. Avanzan con cautela limitados por la luz de sus *smartphones*.

Descubren un cubo de aluminio, de esos que se usan para guardar la pintura. Está ennegrecido, sobresale una gabardina marrón parcialmente quemada y una peluca chamuscada.

Calderón se agacha y examina las prendas. Le invade un sentimiento de euforia. Ruiz alumbra la escena.

—¿Crees que pueden ser del sospechoso? —pregunta el inspector en prácticas.

—Joder, creo que sí. Parece que la lata se reventó por aquí abajo y el combustible se escapó. Por eso no ardió todo. Llamemos a los de la científica y salgamos. Puede que estemos pisando pruebas. Ya tenemos la escena secundaria. Esperemos que esta vez funcione el principio de Locard y el criminal nos haya dejado suficientes rastros.

Los dos abandonan el lugar. Antes de salir, Calderón agarra una barra de hierro. La introduce dentro de la bocallave y tira con fuerza hasta romperla. Después utiliza la ganzúa para dejar fuera la petaca de la cerradura.

Ruiz la mira sorprendido.

—Causa probable —dice ella—. Estábamos patrullando la zona cuando nos hemos percatado de que la puerta estaba forzada; por eso hemos decidido entrar. Y, por casualidad, nos hemos encontrado con esto. ¿Entendido?

Ruiz asiente.

—No quiero que ningún abogaducho de mierda nos tumbe el caso con algún tecnicismo.

Calderón fuma el tercer cigarro del día tras el cordón policial. Sabe que no debería, pero ha tenido que acudir a un bar para comprar una cajetilla de Camel. Está muy nerviosa. Los de criminalística llevan horas trabajando en la lonja. Han colocado tres potentes focos para iluminar la escena. El trabajo es lento y metódico, como debe ser. Tres coches Z estacionados en la calle y seis agentes se ocupan de mantener a raya al nutrido grupo de curiosos que, a pesar de que son casi las once de la noche y de que no ha parado de caer agua, mantienen sus posiciones refugiados bajo sus paraguas. No hay ningún comunicado oficial, pero creen que han encontrado un alijo de droga dentro de la lonja. Un rumor que la propia inspectora se ha encargado de difundir; no quiere poner sobre aviso al sospechoso.

Alfredo Santos, el biólogo forense, sale por la puerta embutido en su mono blanco. Es un tipo enorme y musculoso, de casi dos metros. Lleva una caja de plástico precintada entre sus manos. Al verlo, Calderón se acerca y arroja el cigarro al pequeño riachuelo que corre por el borde de la acera.

—Estamos de suerte. —Santos sonrío—. Hemos encontrado suficientes cabellos en buen estado como para extraer el ADN. Solo tenemos que compararlos con las muestras que cogimos en el registro del domicilio del tal Mínguez.

—¿Cuánto tardarás? —pregunta Calderón sin contemplaciones.

—La pregunta del millón y la respuesta del millón: Una semana, como de costumbre.

—Lo necesito para antes del domingo. Sospecho que nuestro amigo se va a largar a Brasil.

El semblante de Santos se endurece.

—No me jodas, Calderón. ¿Quieres hacerme trabajar el fin de semana? Sabes que no me lo van a pagar.

—Te compensaré, Alfredo, te invito a una cena. El sitio lo eliges tú.

—¿Y a la copa de después?

—A las dos copas de después.

—Te va a salir por un ojo de la cara.

—No me importa.

—Está bien, te llamaré cuando lo tenga.

Calderón observa como su compañero se dirige a la furgoneta de los de criminalística. Siente una euforia contenida.

Capítulo XXIV (Jimmy, Calderón)

Madrid-Barajas. Domingo, 13 de noviembre de 2016

El taxi se detiene frente a la terminal cuatro del aeropuerto Adolfo Suárez. El reloj del salpicadero marca las nueve menos cuarto de la noche. Jimmy paga la carrera, desciende del Toyota y ofrece su mano para ayudar a Clara.

—Gracias, mi caballero —dice exhibiendo su maravillosa sonrisa. Al descender, le planta un rápido beso en los labios.

El taxista abre el maletero y comienza a sacar el equipaje. Jimmy le ayuda y se despide dándole las gracias. Caminan hacia la entrada arrastrando las maletas. Él lleva las dos grandes y Clara las pequeñas. La brasileña se estremece.

—¿Tienes frío? —pregunta Jimmy. Es evidente que la exigua minifalda que lleva no es lo más adecuado para pasear por Madrid una noche de noviembre.

—Un poco —contesta ella acelerando el paso sobre sus kilométricos tacones y aumentando el ruido de estos al golpear en el asfalto.

Por fortuna, la puerta está a pocos metros. Cuando el sensor los detecta, se abre para flanquearles el paso. Buscan su vuelo a Río de Janeiro y la pantalla les informa de que el mostrador de facturación está abierto, así que se dirigen hacia allí. La cola no es muy grande y en menos de treinta minutos ya han facturado.

—Nos quedan más de dos horas —apunta Jimmy mirando su reloj—. ¿Qué te parece si cenamos algo?

—Por supuesto, no quiero que mi amorcito pase hambre. —Ella lo agarra de la mano con fuerza—. Vamos, no te sueltes, que todo el mundo sepa que eres mío.

Se deja llevar. Pasean por la terminal y entran en un par de tiendas. Clara está encantada, feliz. Jimmy no termina de acostumbrarse a que el noventa y cinco por ciento de los hombres con los que se cruzan le den un repaso a la espectacular brasileña.

«Es normal», piensa. La joven destila sensualidad por todos sus poros.

Los dos días que lleva en Madrid con ella han sido maravillosos. No obstante, algo comienza a ensombrecer el ánimo de Jimmy. Fue él quien le propuso ir de vacaciones a Brasil después de salir de comisaría. A ella también la interrogaron y estaba un poco alterada. Sin embargo, no tiene claro que sean unas vacaciones. Comenzó a perder aplomo cuando vio la mirada de aquella policía, la inspectora Calderón. No podía ser tan fácil, así que, como no le habían retirado el pasaporte, decidió poner tierra de por medio, o un océano en este caso.

—Esta te quedará genial. ¿Te gusta?

Clara interrumpe sus cavilaciones. Tiene una pulsera y se la muestra frente a sus ojos.

—Claro que sí, es preciosa.

Lo arrastra hasta la caja, paga y se la coloca en la muñeca. Deciden cenar en un McDonald's. Jimmy se sienta mientras Clara se acerca al mostrador para pedir. Busca el móvil en el bolsillo. Le gustaría consultar el precio del bitcoin, no para de subir y está ganando mucho dinero. ¿Quién lo iba a decir? Hay analistas que afirman que llegará a los cien mil dólares. Así que posee dinero para huir. La moneda digital es indetectable y guarda las claves en su cabeza. Tan solo tiene que ir a un cajero de bitcoins y cambiarlos por la moneda local. Pero no puede ser tan fácil, la frase se repite en su cabeza con frecuencia. Por eso tiene el teléfono sin la tarjeta Sim. No quiere que lo rastreen. Tampoco desea meter en un lío en Clara, así que es mejor que no sepa nada.

La brasileña vuelve. Se sienta frente a él y lo mira. Ya no sonríe.

—Toma, este es el tique. Nuestro número es el sesenta y siete. Aquí tienes la clave del Wifi —señala unos números con el dedo—. Necesito ir al excusado, estate pendiente.

La observa mientras lleva ese hermoso trasero al servicio. Es evidente que se hace la tonta. Aún no le ha preguntado por la detención, ni si es inocente o culpable. Se siente afortunado de estar con ella.

Vuelve antes de que en el panel digital aparezca su número. Se sienta junto a él rozando su cuerpo y le agarra el brazo. El pelo rizado acaricia su cuello. Jimmy se relaja.

—Te amo, puedes confiar en mí —le susurra al oído.

—Gracias —siente la necesidad de darle un beso. Lo hace, le encantan sus labios carnosos. El pintalabios tiene un ligero sabor a vainilla.

—Ya sé que no nos vamos de vacaciones —continúa ella—. No soy estúpida, pero no me importa. Estoy feliz cuando estoy a tu lado.

Sus ojos color miel lo miran con amor y a Jimmy se aloja un nudo en la garganta.

—Tampoco me importa lo que hayas hecho; sé que tenías tus motivos. Al fin y al cabo, soy una puta. ¿A quién voy a juzgar?

Jimmy piensa que hay una gran diferencia entre ser una puta o un asesino. Decide callárselo.

—Tengo un plan. —La sonrisa vuelve a su rostro—. Mi amiga nos recogerá en Río. Nos quedaremos unos días en su casa. Mientras tanto, buscaremos a alguien que nos proporcione unos pasaportes falsos. Tú puedes pasar por chileno o argentino. Después nos iremos a México, a la Riviera Maya. Conozco a una chica que vive allí, una antigua compañera. Me dice que con los turistas se trabaja muy bien y que las playas son preciosas. No nos encontrarán, amor, no te preocupes.

Jimmy medita sus palabras. Clara tiene razón, lo mejor será desaparecer una temporada. Esperar a que se calmen las cosas. Aunque, por otro lado, huir implica no volver a ver a Pablo y parecer más culpable.

—No lo sé. En realidad, no tienen ninguna prueba contra mí —replica, no demasiado convencido.

—Encontrarán algo y, si no, lo fabricarán. Se lo inventarán. ¿Acaso crees que van a dejarte ir después de lo que hiciste?

Jimmy está a punto de decir que es inocente. Se reprime, no desea mentirle, y sabe que no va a engañarla. Es lista, más de lo aparenta.

—Estoy seguro de que no dejé ninguna prueba, ningún cabo suelto.

—Es posible. Eres un hombre muy inteligente. Por eso me gustas tanto, pero harán lo que sea para encerrarte. Estoy segura.

Quiere contestar que la justicia española no es así, mas no está tan seguro.

—Puede que sea lo mejor. México parece un buen plan —concede—. Pero no quiero que trabajes; del dinero me encargo yo, no te preocupes.

—Por mí encantada. Estoy harta de este oficio —vuelve a sonreír y le muerde con cariño la mejilla—. Mi hombre cuidará de mí.

—¿Qué pasa con mi hijo?

—Eso tenías que haberlo pensado antes de hacer lo que hiciste. ¿No te parece? —La expresión de Clara se endurece, nunca la había visto así—. Tampoco podrás visitarlo si estás en la cárcel. ¿Acaso crees que tu ex te lo va

a llevar para que lo veas?

Jimmy entierra su cara entre sus manos, tiene una bola de billar en la garganta. Ella lo abraza con más fuerza.

—Tranquilo, yo estoy contigo. Marchémonos unos meses, siempre podemos volver si al final no te acusan de nada.

Él asiente. Se recuesta. Recupera el aplomo y mira alrededor. Descubre cuatro teléfonos públicos en la pared del fondo. A unos cincuenta metros. El panel electrónico indica que faltan siete números.

—Voy a hacer una llamada.

—Ve. Esto va muy lento.

Jimmy se levanta. Por el camino saca una moneda de dos euros del bolsillo. ¿Cuánto hace que no usa un teléfono público? No lo recuerda. Descuelga el auricular e introduce la moneda en la ranura. Marca el número que se sabe de memoria. Escucha los tonos hasta que se corta.

Lo vuelve a intentar.

—¿Cómo se te ocurre llamar a estas horas? —contesta Ruth airada—. Estoy tratando de dormirle.

—Perdón, te llamo para decirte que voy a estar un par semanas fuera y no podré hacer las visitas. —Su voz suena estúpida, absurda. Pablo siempre ha tenido mal dormir. Aún recuerda aquellas noches junto a la campana extractora meciéndolo en sus brazos a las tantas de la mañana. En otra vida, cuando era un hombre normal, un padre de familia. Cuando era feliz. ¿Quién le iba a decir que dos años después estaría en la T4 junto con una prostituta brasileña tratando de huir de la Justicia?

—¿Y? No es la primera vez. Ya me avisarás cuando vuelvas. ¿Y no podías haber llamado mañana?

—No, creo que no voy a poder. Déjame hablar con él.

—No, Jimmy me lo vas a espabilar.

—Por favor..., Ruth... —La frase se quiebra entre los impulsos eléctricos del aparato.

—Está bien —concede ella.

—Hola, papá.

La voz de su hijo le parece el sonido más maravilloso del mundo. Aunque para Pablo un «papá» es alguien que aparece de vez en cuando y se lo lleva a dar una vuelta, o a dormir una noche más de vez en cuando todavía. El niño le habla de los *Tres cerditos* (el cuento que le está leyendo mamá). Afirma

convencido que, cuando sea mayor, construirá una casa de ladrillo y hormigón para que el Lobo no pueda entrar. Charlan unos minutos, en los cuales Jimmy tiene que hacer un gran esfuerzo para no romper a llorar.

—Bueno, ya está. Papá se tiene que ir —escucha decir a su ex—. Adiós, Jimmy, tengo que dormirle.

—Adiós, Ruth. Gracias.

Una serie de tonos cortos y repetitivos le indican que ha colgado. Siente como si le hubieran arrancado el alma. Intuye que pasarán años antes de volver a verlo.

Se arrepiente.

Se arrepiente de todo. Tenía que haber actuado de otra manera. No haberse dejado llevar por el odio. Haber aguantado, haber recurrido la sentencia. Sabe que últimamente están concediendo muchas custodias compartidas. Si no a la primera, a la segunda o a la tercera. ¿Cómo se le había ocurrido hacer lo que hizo? Igual que en Tenerife. En aquella ocasión culpó a las circunstancias, a su juventud. ¿Pero ahora? Los oídos le zumban, reprime las ganas de llorar, de tirarse al suelo y encogerse hasta que venga la Policía. De confesarlo todo.

Tal vez no sea mala idea.

Despedirse de Clara y volver a casa. Seguro que encuentra algún autobús que haga la ruta nocturna, o un taxi. Tiene dinero de sobra. Presentarse en la comisaría y contárselo todo a aquella inspectora morena, Calderón, recuerda perfectamente su nombre. Confesarle todo, incluido lo de Tenerife. Seguro que se iba a sentir mejor al quitarse esa carga de encima.

Se queda plantado, con la respiración agitada. Debe de tener mal aspecto porque los viandantes lo evitan y dan un rodeo para pasar lejos de él. Entonces lo huele. Es el aroma a ese estúpido tabaco mentolado.

—Sabía que no aguantarías...

La jueza está allí junto a él, con su inseparable toga puesta.

—Siempre he sabido que eres un mierdecilla, no tienes lo que hay que tener para ser un hombre de verdad. —Suelta una carcajada, le una calada al cigarro y le echa el humo en la cara.

A Jimmy le escuecen los ojos. La furia se apodera de él; empieza por su estómago y se expande por todo su organismo.

—Vete a la mierda, hija de puta. Estás muerta y yo continúo libre. He vencido —sisea con odio.

Una pareja de jubilados que arrastra sendas maletas de mano se aleja de él.

Los dos lo miran con temor.

—Eres un idiota. Fíjate en tu amiguita.

Clara está de espaldas sentada y consulta algo en su *smartphone*.

Jimmy se encoge de hombros.

—Así que no lo pillas —dice la jueza con desprecio—. Eres aún más tonto de lo que pensaba. Después de pedir las hamburguesas, se ha ido al baño y, cuando vuelve, te habla de huir a México y del crimen que has cometido. ¿No te parece raro?

—¿Crees que se ha puesto un micro?

—Claro que sí. Y tú lo has confesado todo. Seguro que ahora está hablando con la Policía. Mírala.

—No, no puede ser. Clara no haría algo así.

La jueza vuelve a dar otra larga calada y lo mira como una profesora de primaria a un alumno que no entiende un concepto básico.

—¿Cómo puedes ser tan ingenuo? ¡Que tienes cuarenta y cuatro años! ¿Crees que te ama? ¿Que está loca por ti? ¡Que es una puta, joder! ¡Espabila!

Jimmy pasea la mirada por todo el recinto. Podría haber una docena de policías de paisano alrededor y no se daría cuenta. Por un instante le parece que todo el mundo lo observa, que todos quieren apresararlo.

Clara se incorpora. El corazón se le dispara. Por el momento, nadie parece que se le acerque. Trata de recordar la conversación que ha mantenido con ella hace unos minutos. ¿Se ha delatado?

Entonces lo ve. El panel marca el número sesenta y siete. Solo va a por la comanda. Gira la cabeza. La jueza ya no está junto a él, ha desaparecido. No obstante, aún queda el aroma a tabaco mentolado.

«Joder, Jimmy. Tienes que calmarte. Solo es tu puta cabeza», reflexiona.

Respira hondo y trata de bajar las pulsaciones. Necesita medio minuto, pero lo consigue. Entonces se acerca de nuevo al McDonald's. Necesita comer algo.

Clara lo ve y le regala una hermosa sonrisa.

Ruth entra en la sala y se sienta en el sofá junto a su madre. Está viendo un programa donde los invitados no paran de gritarse unos a otros.

Al final le ha resultado fácil dormir a Pablo. No se ha alterado tanto como pensaba. Lleva el móvil en la mano. El reloj marca las diez y cinco. Su madre trata de ponerle al tanto de lo que ocurre en el programa. Ella no la escucha. La llamada de Jimmy ha sido extraña. Sonaba como una despedida y está preocupada. No entiende por qué, pero lo está. Busca en la lista de contactos y encuentra el teléfono la inspectora Calderón. Duda un buen rato.

Decide llamarla. Aprieta el botón y abandona la estancia para meterse en la cocina. Necesita un poco de intimidad.

Jimmy y Clara aguardan para pasar el control de entrada a la zona de embarque. Se han despojado de todo lo que puede tener algo metálico y lo han introducido en cajas de plástico. La brasileña chatea despreocupada con su *smartphone*. Jimmy observa a su alrededor. Se siente vigilado. Aunque nadie parece reparar en él. Los vigilantes jurados hacen su trabajo registrando a los futuros pasajeros. Dos guardias civiles charlan tranquilamente dentro de una garita de cristal. Incluso Clara está relajada. Él es el único que está nervioso. «No puede ser tan fácil», la frase se repite en su mente. ¿Realmente va a poder salir del país sin ningún problema? Al facturar, ha enseñado el pasaporte y han introducido sus datos en el ordenador. Si existe alguna orden que le impida viajar al extranjero, ya debería de haber saltado alguna alarma. Es posible que los vigilantes o los guardias civiles tengan su foto y estén esperando a que pase el control. No obstante, no da la sensación de que estén pendientes de eso. ¿Y Clara? ¿Cómo es posible que esté tan tranquila? Se va a montar en un avión junto a un asesino para luego huir a México con pasaportes falsos. ¿Qué clase de mujer hace algo así? Tal vez no deba confiar tan ciegamente en ella. Sabe que lleva quince mil euros encima e igual está planeando robarle cuando estén en Río. Lo tiene fácil, una vez que se monte en el coche que les va a ir a buscar no tendrá escapatoria. Podrían quitarle la pasta, asesinarlo y tirarlo en cualquier vertedero. Sería un final merecido. «Quien a hierro mata, a hierro muere». La vuelve a mirar. ¿Sería capaz de matarlo por quince mil pavos?

No, no lo cree. Además, él tiene mucho más, aunque ella no sabe lo de los bitcoins. Le parece imposible que la moneda digital llegue a los cien mil dólares como afirman algunos analistas, pero si alcanza los diez mil

multiplicaría el capital por veinte. Hace un cálculo rápido, unos dos millones y medio de euros.

—Tranquilízate, amor. Todo va a salir bien.

Clara le agarra la mano.

Ella tiene razón, debe calmarse, así que comienza a planificar el viaje a México. Jimmy, en definitiva, siempre ha sido un planificador nato y eso le relaja. Lo más cómodo sería ir en avión, aunque se le antoja demasiado arriesgado ya que implica superar los controles de aduanas. Trata de imaginar el mapa de América. Hacer el viaje en coche no es factible, eso sí que sería peligroso. Tendrían que recorrer todo Centro América además de Colombia. Sabe que muchos de esos países son realmente peligrosos, por no hablar de la cantidad de fronteras que deberían atravesar. Está convencido de que no sería difícil sobornar a los policías, pero es jugársela demasiado. Tal vez en barco; es posible que existan cruceros entre Río de Janeiro y Cancún. Sería un bonito viaje y nadie se fija en los turistas que descienden de los transoceánicos de lujo.

Clara le da un ligero empujón. Es su turno. Introduce sus pertenencias en la máquina de rayos y atraviesa el arco sin problemas. Nadie le dice nada, nadie lo detiene. Le piden su pasaporte y el resguardo del billete, pero solo por rutina, ni tan siquiera se fijan en la foto. Clara también pasa y los dos se vuelven a colocar sus relojes, pulseras y cinturones. Agarran sus maletas de mano y se encaminan hacia el tren que los llevará a la puerta de embarque.

Jimmy mira la hora, faltan setenta minutos para el despegue.

«No puede ser tan fácil».

Silvia se pasea de un lado a otro del laboratorio forense de la Jefatura Superior de Policía de Santander. Alfredo está sentado frente al ordenador y la pantalla muestra una cuenta atrás: aún faltan casi diez minutos. El agente Santos parece cualquier cosa menos un biólogo forense. Lleva puesta una camisa de mangas muy cortas, dos tallas menos de la que debería, que le marca cada centímetro de su musculoso cuerpo. Del todo inapropiada para un domingo de noviembre por la noche, máxime si llueve a cántaros. Silvia está convencida de que si hace un movimiento brusco la reventaría por varios

sitios, al estilo del increíble Hulk. Un tatuaje étnico que nace en algún punto de su torso asoma por el hombro derecho y llega hasta la muñeca.

Santos no para de exponer el proceso que ha seguido para comparar las dos muestras. La inspectora Calderón lo conoce bastante bien, es una veterana de los delitos sexuales, no obstante, finge que escucha con atención las explicaciones sobre citosina, guanina y pares de bases que ha tenido que reproducir para conseguir una muestra lo suficientemente amplia. Al fin y al cabo, el chaval lo merece. Lleva todo el fin de semana pendiente y seguro que se ha perdido unas cuantas horas de gimnasio.

Silvia consulta la hora en su *smartphone*. Ya solo queda un vuelo por salir hacia Río de Janeiro.

«Ojalá sea ese».

Ha consultado todos vuelos que parten desde a Madrid a Río. Aunque tan solo es una suposición, también había un par de ellos que partían desde Barcelona. Necesita un cigarro, de modo que se acerca a la chaqueta que tiene colgada en el perchero, donde guarda el tercer paquete que ha comprado el fin de semana. Se detiene, es evidente que no puede fumar en un laboratorio, y mucho menos con un fanático del cuerpo como Alfredo. Eso la pone aún más nerviosa. Así que ya es oficial: ha vuelto a caer en el estúpido vicio del tabaco.

Se le ocurre que no sería mala idea llamar a Ruiz. Así podría meterse con él y desfogarse. Se arrepiente de haberlo pensado, pero seguro que agradecería su presencia. El teléfono empieza a vibrar en su mano. La pantalla le informa de que es Ruth, la ex del sospechoso. Abre la puerta y sale al pasillo para contestar, no sin antes disculparse con Santos.

—Buenas noches, Ruth.

—...

—No, no te preocupes. No me importa. Fui yo la que te dije me llamaras si ocurría algo.

—...

—¿Estaba extraño? ¿Como si fuera una despedida?

—...

—Tiene mucha importancia. Más de lo que parece. Una última pregunta: ¿llamaba desde su teléfono?

—...

—¿Puedes darme el número? Seguro que lo tienes grabado.

—...

La inspectora Calderón saca el bolígrafo que lleva en el bolsillo de la camisa y anota unas cifras en la palma de la mano izquierda.

—Es de gran ayuda, Ruth. Te lo aseguro. Muchas gracias.

Silvia cuelga y entra de nuevo en el laboratorio. Santos la mira con cara de triunfo.

—Es nuestro hombre: lo tenemos —señala la pantalla que muestra todos los parámetros en verde—. Coincidencia al noventa y nueve coma nueve por ciento.

Aprieta una tecla y la impresora comienza a funcionar.

Silvia se acerca, le da un beso en la mejilla y dice:

—El sábado que viene nos vamos a cenar. Vete eligiendo el sitio. Yo siempre cumplo mis promesas.

—Te va a salir caro, no te creas. —Santos sonríe.

—No me importa. Ahora tengo que irme.

Calderón agarra el informe y se despide. Una vez en el pasillo marca el número de Gómez.

—¿Qué quiere, Calderón?

—Lo tenemos, comisario. Identificación positiva del ADN.

—Excelente, inspectora. Mañana a primera hora llamaré al juez de la Cruz y le pediré que emita una orden de busca y captura.

—Tiene que ser ahora, comisario.

—¿Ahora? ¿Quiere que llame a de la Cruz un domingo a las diez de la noche?

—Sí, comisario. Nuestro hombre se larga.

Le cuenta la conversación con Ruth. No obstante, Gómez titubea. No es de extrañar, de la Cruz no destaca por su simpatía.

—No son formas, inspectora. Supongo que conoce el procedimiento. Además, se trata de Brasil; tenemos un convenio de extradición con ellos.

—¿En serio quiere depender de la policía brasileña? ¿Y si no lo encuentran? ¿Qué le vamos a decir a Su Señoría si se escapa? ¿Que nos dio miedo llamarlo? ¿Y al secretario de justicia?

Segundos de silencio, solo se escucha la respiración del comisario.

—Muy bien, Calderón. Voy a llamar a Su Señoría. Manténgase en línea, voy a abrir una conversación a tres.

Hacen falta cinco interminables tonos para que el juez de instrucción

conteste.

—Dígame.

—Señoría, soy el comisario Gómez.

—Lo sé, tengo su número grabado.

—Perdone que lo moleste un domingo a estas horas, no lo haría si no fuera de extrema urgencia. Se trata del caso de Celia Díaz y Ricardo Torres.

—Le escucho, comisario.

—Tenemos línea con la inspectora Calderón, la encargada del caso. Será mejor que se lo explique ella.

Silvia saluda, expone los hechos y sus conjeturas. De la Cruz escucha sin interrumpirle. Cuando termina, pasan unos segundos en silencio.

—Entiendo —dice por fin el juez—. Lo mejor será dictar una orden de busca y captura ahora mismo. ¿Dónde se encuentra, inspectora?

—En la Jefatura Superior.

—Ahora mismo salgo para el juzgado. Nos vemos allí en veinte minutos. Tráigame el informe de ADN.

—Por supuesto, Señoría. Allí le espero.

Se despide y cuelga el teléfono. Llega a la entrada y saluda al compañero de guardia. Tiene el Alfa 147 estacionado en la calle. Por fortuna no está lejos ya que cae un aguacero impresionante. Coloca el informe junto a su pecho y cierra la chaqueta de cuero, no desea que se moje. Corre hacia el vehículo con la llave en la mano. Entra, arranca, pulsa el botón de desempañar y conduce hasta el juzgado. No son ni cinco minutos. Estaciona cerca de la entrada y espera con el motor en marcha. Decide enviar una nota de audio a su compañero para informarle de todo. Espera escuchando una emisora de rock en la radio. Al poco tiempo, un taxi se detiene frente a la entrada, desciende un hombre alto con una gabardina y despliega su paraguas. Silvia baja de su Alfa y corre hacia la recepción. Entra tras el juez mostrando su identificación al guarda jurado.

—Buenas noches, Señoría. Siento haberlo sacado de casa a estas horas.

De la Cruz se desabrocha el abrigo. Es un cincuentón de metro ochenta, en forma y sin barriga. Lleva una sudadera gris con el logotipo de Heineken, vaqueros y zapatillas Reebok blancas. Nada que ver con los costosísimos trajes que suele vestir. A Silvia le gusta más así. No parece tan estirado.

—Espero que valga la pena. —De la Cruz la taladra con sus fríos e inteligentes ojos azules—. De lo contrario, le pasaré la factura de la cena que

tengo que pagarle a mi mujer por esto, —En sus labios se dibuja un sutil atisbo de sonrisa—. Vamos, acompáñeme al despacho. Intuyo que la noche va a ser larga.

«No voy a ganar para cenas», medita Calderón mientras sigue a Su Señoría.

Jimmy se recuesta en el asiento del inmenso Boeing 747 que los llevará hasta Río. Les ha tocado ventanilla. Clara le agarra el brazo y apoya la mejilla en su hombro. Nadie los ha interceptado, pero no consigue quitarse la inquietud de encima.

«No puede ser tan fácil».

El avión se llena con rapidez. A pesar de que todo el mundo coloca su equipaje de mano en las estanterías superiores y eso bloquea los pasillos, las auxiliares de vuelo conocen su oficio y consiguen acelerar el asunto. Una vez completado el proceso, cierran la puerta y la plataforma móvil se retira como un gusano que se esconde en su guarida. Escuchan decir algo en inglés al comandante y el Boeing comienza a moverse hacia la pista mientras un vídeo explica las medidas de seguridad y las azafatas realizan la demostración *in situ* de cómo colocarse el chaleco salvavidas. Cada pasajero dispone de su propia pantalla. Jimmy se coloca el cinturón. No puede evitar pensar en que, en cualquier momento, pueden detener la aeronave y hacerla volver. Mira por el ojo de buey a ver si descubre algún vehículo de la Guardia Civil acercándose con las luces de emergencia.

Descubre una figura en la pista. Un diminuto destello rojo le indica que está fumando. Con su inseparable toga negra. Le saluda y, aunque es imposible a esa distancia en la oscuridad, Jimmy puede distinguir que sonrío enigmática.

El Boeing acelera clavando a sus ocupantes en los asientos. Levanta el morro y despeg.

«Jódete, zorra», piensa Jimmy. «Ya me he largado».

Capítulo XXV (Calderón)

Martes, 15 de noviembre de 2016

La inspectora Calderón entra en la comisaría a las ocho de la mañana. El cristal de la puerta le devuelve un aspecto horrible. Los últimos tres días han sido intensos y apenas ha pegado ojo. Debería haber dormido un poco más, pero se ha desvelado y está deseando ver al detenido. Pregunta al compañero de la entrada y le informa que ha llegado de madrugada.

—Me gustaría hablar con él.

—Vale, ordenaré que te lo lleven a la sala de interrogatorios.

—Muchas gracias, Velasco. Voy a tomarme un café, ¿quieres uno?

—No, gracias. Esos de la máquina no me sientan nada bien—. Velasco le giña un ojo y se toca la barriga.

Calderón se acerca a la máquina y escoge un solo sin azúcar. Se apoya en la pared con el vaso de plástico caliente entre sus manos y rememora lo ocurrido desde el domingo por la noche: El juez de la Cruz redactó la orden de detención contra José Mínguez Yécora y después se encargó personalmente de llamar al aeropuerto Adolfo Suárez. Media hora más tarde, el sospechoso ya estaba localizado; no obstante, el avión ya había despegado.

—¡Mierda! Habrá que activar la «notificación roja» de Interpol —dijo Su Señoría.

—¿Y si llamamos al secretario de Justicia? El comisario tiene línea directa con él. Lo llama cada tres o cuatro días interesándose por el caso.

—Buena idea, inspectora. A mí también me está presionando. Tengo su número.

De la Cruz habló con el secretario de Justicia, que, a su vez, llamó al ministro, que se comunicó con el titular de Interior y este último con su homólogo en Brasil. Así que, para cuando el Boing aterrizó en Río de Janeiro ocho horas después, había seis policías esperando al sospechoso. Lo retuvieron unas horas en el aeropuerto y lo volvieron a montar en la misma aeronave que iba a realizar el viaje en sentido contrario, aunque esta vez esposado y acompañado de dos agentes brasileños.

Al día siguiente quedó a las nueve de la mañana con su compañero Ruiz para redactar el informe preliminar. El ministro de Justicia quiso dar una rueda de prensa esa misma tarde en la comisaría y no iba a permitir que el comisario Gómez se les adelantara. Ruiz estaba eufórico y la admiración que sentía por ella se había transformado en devoción.

Calderón entra en la sala de interrogatorios portando una carpeta de plástico verde. Jimmy, a pesar de que está visiblemente cansado, espera sentado con su habitual confianza. Sin embargo, su semblante cambia al observar la cara de satisfacción de la inspectora.

—Buenas tardes, señor Mínguez.

—Buenas tardes, inspectora. Le diría que es un placer volver a verla, pero mentiría. ¿Es usted quien me ha jodido las vacaciones?

—Los dos sabemos que no se iba de vacaciones. Pensaba fugarse.

—Eso es mentira. Solo quería pasar unos días en Río con una amiga.

—Entonces... ¿por qué llevaba quince mil euros encima?

Jimmy niega con la cabeza.

—Eso no prueba nada.

—Supongo que se preguntará por qué lo hemos vuelto a detener.

—Detener es un decir. Mire cómo tengo las muñecas entre viajes en avión y en furgoneta: me han tenido esposado más de quince horas.

—Lo siento, pero es el protocolo. —Apoya la carpeta en la mesa.

Jimmy la mira.

—Sus compañeros me han dicho que han encontrado nuevas pruebas. Por cierto, ¿dónde está mi abogado?

—Ahora mismo viene. Tengo entendido que está de camino. Usted mismo lo ha llamado.

—No pienso decir una palabra más hasta que no me asista.

—Por supuesto, está en su derecho. De todas formas, le acompañaré hasta que llegue. Así no se aburre. ¿Quiere un cigarro?

Calderón extrae dos de su cajetilla y le ofrece uno. El sospechoso lo coge. Enciende un mechero y le da fuego antes de encenderse el suyo. Fuman en silencio estudiándose mutuamente. Silvia reconoce que es un tipo atractivo e interesante. Siente curiosidad.

—Reconozco que su plan era muy bueno —la inspectora habla con

seguridad—. Casi perfecto. Incluso llegué a pensar que se nos escaparía. No obstante, alguien muy sabio me dijo una vez que todo criminal termina cometiendo algún error y que nuestro trabajo es encontrar ese fallo — aprovecha la pausa para dar una calada. Exhala el humo sobre la brasa de su propio cigarro. Es un gesto estudiado. Sabe que tiene toda la atención del sospechoso—. Y usted lo cometió, señor Mínguez. Admito que fue cuestión de mala suerte por su parte, claro. Para mí ha sido todo lo contrario.

Otra pausa.

Otra calada.

Jimmy mantiene una mirada cínica.

—Hemos inspeccionado la lonja donde trató de quemar las pruebas.

El sospecho comienza a ponerse nervioso.

—Sí, he dicho trató. —Calderón sonrío satisfecha. Le da otra calada—. Debió haber esperado a que la peluca y la gabardina terminasen de arder. No lo hizo, supongo que se puso nervioso y decidió salir corriendo.

Jimmy cruza los brazos. Ha perdido su seguridad. Mira hacia todos los lados, parece un gato encerrado buscando una salida.

—Tenemos su ADN, Jimmy. ¿Le importa que le llame así?

—¿Dónde está mi abogado? —inquire irritado.

—Ahora viene. —Calderón se incorpora. Tira el cigarro al suelo y lo pisa—. Le dejo solo, tengo la impresión de que le incomoda mi compañía. Hay una cosa que no entiendo: ¿por qué lo hizo? Ya había recuperado su casa, tiene un buen trabajo, disfrutaba de un año sabático, e incluso parece un hombre que tiene éxito con las mujeres.

Jimmy la mira. Es sus ojos se refleja el deseo de hablar con ella, de justificarse. No obstante, mantiene silencio, sabedor de que cualquier cosa que diga será utilizada en su contra.

—Una última pregunta, inspectora.

Calderón se vuelve ya con la puerta abierta.

—¿Qué ha pasado con Clara?

—Lo desconozco. Supongo que estará tomando el sol en alguna playa de Río. No tenemos nada contra ella.

Jimmy no dice nada más, aunque Silvia cree observar un suspiro de alivio.

Capítulo XXVI (Jimmy)

Jueves, 1 de abril de 1993, Los Rodeos, Tenerife.

Paco y Jimmy se miraron en silencio. Eran las doce y cinco. Escucharon lavarse los dientes al cabo de cuartel. Cuando terminó, se dirigió a su litera; por fortuna, se encontraba en el piso de arriba. Pasó por delante de su camareta y subió las escaleras. Esperaron un par de minutos antes de levantarse. Se habían metido en la cama totalmente vestidos, incluso con las botas. Colocaron las mantas sobre los petates llenos de ropa para simular que alguien dormía. Era poco probable que el cuartelero diese una ronda por la compañía y descubriese su ausencia. Casi seguro que ya estaba dormido sentado en su silla, no obstante, toda precaución era poca. Eran dos veteranos con estatus, así que no compartían la camareta con nadie.

Nadie debía descubrir que habían abandonado el cuartel. Eso les proporcionaría la coartada perfecta.

Abrieron la ventana y salieron por ella. Se encontraban en la planta baja. Volvieron las hojas y las trabaron con una piedra. Corrieron agazapados hasta la valla que se encontraba a unos treinta metros. Era un punto ciego. La garita que cubría esa zona estaba arrestada; según la leyenda, un soldado se había volado la tapa de los sesos estando de guardia. La realidad era que se encontraba en un estado ruinoso y no había dinero para arreglarla. Jimmy cubrió las púas metálicas de la parte superior con la manta que portaba. Colocó las manos juntas para que Paco apoyase el pie y pudiese saltar la valla. El de Burgos consiguió superar el obstáculo. Jimmy retrocedió unos metros para coger impulso y trepó por ella.

Ya estaban fuera.

Recogieron la manta, la escondieron y esperaron un minuto. Todo continuaba tranquilo. La única diferencia era que algún grillo había dejado de cantar. El cuartel estaba rodeado por un prado de hierba alta y matorral. Caminaron agazapados hasta lo alto de la colina que tenían enfrente. Cuando empezó el descenso, se relajaron; ya no podían verlos. Trotaron hasta el coche de Lisa: un Renault 5 de color naranja butano que habían estacionado en un

claro pegado a la carretera. Se quitaron el uniforme militar y se pusieron la ropa de civil que habían dejado en el maletero. Aprovecharon para tumbar los asientos traseros. Iban a necesitar espacio.

Entraron en el vehículo.

—La primera parte de la operación ya está hecha, colega —susurró Jimmy antes de arrancar el coche.

Paco no tenía carnet de conducir.

Se incorporaron a la carretera de montaña dirección a La Laguna. Cuando pasaron por delante de la entrada del cuartel, Jimmy se tapó la cara con la mano izquierda. Estaba oscuro y era imposible que los reconocieran, pero no pudo reprimir el gesto. Diez minutos después tomaron la autovía dirección Santa Cruz de Tenerife.

Eran casi las dos de la madrugada cuando encontraron el coche del «Rata» estacionado en el lado derecho de una calle de único sentido y dos carriles. No les fue difícil reconocerlo, un BMW E-21 de los ochenta: blanco, con unos faldones rojos que casi rozaban el suelo, las llantas pintadas de negro, dos franjas rojas recorrían los dos laterales del vehículo. Remataba la faena un alerón de chapa, también pintado de rojo, soldado al matero.

—Joder, no se puede ser más hortera. Voy a dar la vuelta —dijo Jimmy.

Aparcaron en la izquierda, a unos cien metros del BMW. Desde esa posición tenían una visión excelente de su objetivo. Los dos amigos se miraron. Estaban nerviosos.

—Ahora solo queda esperar —apuntó Paco.

Sacó un par de cigarros y le ofreció uno a su compañero.

—Repasemos el plan —añadió Jimmy. Su voz sonaba extraña, temblorosa, como si no tuviera fuerza.

Una hora más tarde lo vieron. Caminaba tambaleándose levemente por la acera derecha, incluso en eso habían tenido suerte. Tampoco se veía a nadie más.

—Ahí está —informó Jimmy. Un remolino se instaló en su estómago y el sudor frío comenzó a recorrer su cuerpo.

Paco estrujaba con fuerza la porra extensible que tenía entre sus manos desde que habían estacionado. Llevaba unos guantes de cuero. Jimmy lo vio

dudar, deseó que su amigo se echara atrás en el último momento.

Era una locura, una puta locura.

—Arranca y sígueme —dijo Paco con decisión para desesperación de Jimmy—. Sé un hombre, joder —susurró para sí mismo y abandonó el vehículo.

Jimmy pisó el embrague y arrancó. Giró las ruedas, metió primera y comenzó a seguir a Paco con las luces apagadas. No quería alertar a su objetivo. Descubrió que era más fácil pensar en términos militares. Se imaginó que estaban en una misión. Su compañero caminó con pasos rápidos y silenciosos. «El Rata» se giró en el último momento, tal vez escuchó algo a sus espaldas, puede que viera una sombra, o quizá fuese algún tipo de instinto olvidado. Dio igual, Paco levantó el brazo derecho y golpeó con fuerza en la base del cráneo. El objetivo se desplomó. No obstante, Paco no dejó que cayera al suelo y lo sujetó por debajo de las axilas. Jimmy frenó en seco y salió del Renault 5 color naranja butano.

«Menudo vehículo para cometer un crimen», pensó.

Curiosamente, no sentía miedo sino una extraña excitación. El placer de la caza, del peligro. Le gustó, y le asustó que le gustara. Abrió la puerta del maletero y colocó mejor el plástico que lo cubría. Después ayudó a Paco a meter a su presa dentro. Estaba inconsciente y tenía convulsiones. De su cabeza manaba un hilo de sangre y comenzaba a formarse un bulto enorme. Le despojaron de su chaqueta vaquera y le ataron las manos a la espalda con una brida. Le descalzaron antes de inmovilizarle los pies y unieron las dos bridas con otra, como les habían enseñado en el ejército, de tal forma que las manos y los pies casi se tocaban. Era una postura incómoda que obligaba al prisionero a tener la espalda arqueada y a que apenas pudiera moverse. Metieron un calcetín en su boca y lo anudaron con un trapo manchado de aceite. Al cachearlo, encontraron una cartera, un paquete de Marlboro, unas llaves y una navaja de mariposa con una hoja de unos quince centímetros.

Entraron en el coche.

—Joder —gruñó Paco—, lo hemos hecho.

—Ya lo tenemos se va a cagar este cabrón —añadió Jimmy. Después soltó un grito: necesitaba liberar tensión e infundirse valor.

—Vamos, arranca. Aún nos queda lo mejor.

Jimmy metió la primera, encendió las luces y se dirigieron hacia la salida de la urbe. No conocían muy bien la ciudad, pero, cuando encontraron la

Rambla de Santa Cruz, se orientaron y bajaron hacia el norte.

—Mira lo que tenemos aquí —anunció Paco mostrando un billete de cinco mil pesetas que había extraído de la cartera de Fran.

—Ya tenemos para una juerga. Invita nuestro colega —sugirió Jimmy.

—Sí, joder... ¿y esto? —extrajo del paquete de Marlboro una bolsita de plástico con un polvo blanco.

—Será jaco o farlopa —aventuró Jimmy.

—Ya lo averiguaremos, igual podemos sacarle algo.

Dejaron a la derecha el monumento a la victoria y se detuvieron en el cruce con Francisco Roche. El semáforo estaba rojo.

Un coche patrulla de la Policía Local se detuvo a su lado.

Jimmy empezó a temblar. Paco se removió en su asiento. Por fortuna, los dos llevaban el cinto puesto. Con la visión periférica descubrió que el policía sentado a la derecha los miraba con desgana. Se puso aún más nervioso. Llevaban un sujeto amordazado e inmovilizado en la parte de atrás de un Renault 5. Únicamente cubierto por las bolsas de basura extendidas. Si se le ocurría mirar por la ventanilla de atrás vería los asientos tumbados y montón de plásticos. Podría resultar sospechoso.

Seguro que le resultaría sospechoso.

Paco se frotaba las rodillas que pegaban con el salpicadero, demasiado grande para ese coche.

El semáforo continuaba en rojo.

Jimmy extrajo un cigarrillo del bolsillo de su camiseta. Lo encendió con el mechero del coche. Bajó la ventanilla cinco centímetros expulsó la primera calada. Sus ojos se cruzaron con los del agente, la viva imagen de aburrimiento. La luz se puso en verde y el vehículo patrulla salió disparado dejándolos atrás.

—¡Joder, colega! —exclamó Paco—. Casi me cago encima. No sé cómo has podido tener los santos cojones de encenderte un cigarro delante de ellos.

—Algo tenía que hacer, no quería que vieran la cara de susto que tenías.

Los dos rieron de forma histérica. Salieron de la ciudad y tomaron la carretera TF-12. Antes de llegar a la Playa de las Teresitas giraron a izquierda y atravesaron el pueblo de San Andrés. A partir de ahí, el camino se volvió sinuoso y retorcido. De todas formas, sabían hacia dónde se dirigían, habían pasado el domingo inspeccionando la zona y habían decidido el lugar en el cual harían justicia a Lisa. Aunque por la noche todo era más siniestro.

Circulaban en un silencio interrumpido por el ruido del motor; el de los objetos que llevaban detrás y que golpeaban entre sí en cada curva; y la respiración irregular del «Rata». Paco no le quitaba ojo y a cada minuto encendía la linterna para comprobar su estado. Giraron a la izquierda antes de llegar al Bailadero y se internaron una zona boscosa.

—Ahí está el camino —informó Jimmy.

Giró a la derecha y se internaron en una pista de tierra. Doscientos metros más adelante detuvo el Renault 5 y apagó las luces. El cielo estaba despejado, la Luna en creciente y las estrellas proporcionaban bastante luz. El reloj macaba las dos cuarenta.

Descendieron del vehículo, abrieron el maletero y Paco agarró al «Rata» arrojándolo al suelo sin ningún miramiento. Jimmy alumbró su cara con la linterna.

Seguía inconsciente.

—Vamos, quítale los pantalones.

Paco negó con la cabeza antes de colocarse los guantes de cuero. Sacó la navaja de mariposa que habían arrebatado al «Rata» y cortó las bridas. Tiró de los pantalones y se los quitó, hizo mismo con los calzoncillos. Lo metió todo en la bolsa de basura donde habían guardado su cazadora y sus zapatillas.

El tipo seguía inconsciente.

—Debemos despertarlo, no podemos cargar con él —dijo Jimmy.

—Tengo una idea.

Paco se bajó la bragueta y orinó en la cara de Fran.

Consiguió despertarlo.

Los miró cuando se sacudía la cabeza. Tardó unos segundos en reconocerlos. Intentó hablar, pero estaba amordazado. Se incorporó hasta quedarse sentado mientras emitía gruñidos amenazadores. Aún no comprendía su situación. El taconazo en las pelotas que le sacudió Paco hizo que comenzara a comprender.

—¡Levántate, hijo de puta! —ordenó Paco.

Fran se retorció por suelo con las manos atadas a la espalda. Al estar húmedos por la orina, cara y pelo se le impregnaron de polvo y hojas secas.

—¡Que te levantes, escoria de mierda! —Lo agarró del pelo y lo obligó a incorporarse —. ¿Lo pasaste bien con Lisa?

«El Rata» negaba con la cabeza y gemía. Paco extrajo la navaja de mariposa que le habían quitado y la desplegó hábilmente con la mano libre.

Acercó la hoja a su cara sin dejar de tirar de su cabello.

—Voy a sacarte un ojo, hijo de la gran puta —siseó. De su boca salieron multitud babas, que fueron a estamparse contra la cara de Fran.

Jimmy se giró convencido de que se iba a producir una escena gore que no tenía la intención de contemplar.

Se escuchó el sonido de un líquido al caer.

—¡Joder, la hostia puta! —Paco empujó al «Rata», que cayó al suelo golpeándose la cara y gimoteando como podía por culpa de la mordaza—. Que se ha meado encima y me ha salpicado.

—Venga, vamos. Todavía tenemos una tirada —dijo Jimmy. Se colocó la mochila a la espalda y agarró el pico—. Tú encárgate de la pala.

Paco la agarró y cerró el maletero. Caminaron durante veinticinco minutos. Jimmy iba delante encendiendo la linterna solo cuando era necesario. Poseía un excelente sentido de la orientación. Fran iba detrás descalzo, desnudo, amordazado y con las manos atadas a la espalda, que le provocaba continuas caídas y lentitud de movimientos a pesar de que la bota de Paco lo animaba continuamente a mantener el ritmo. No siguieron ningún sendero, habían elegido un sito por el que no pasara nadie.

—Este es el lugar —Jimmy se detuvo. Dejó el pico y la mochila en el suelo y extrajo otras dos bridas—. Voy a inmovilizarle los pies.

—Tal vez debería cavar él. Al fin y al cabo, va a ser su tumba —sugirió Paco.

—No, ciñámonos al plan. Si lo hace él, tardará demasiado y no tenemos toda la noche.

Paco barrió los pies del prisionero y este cayó estrepitosamente.

—Está bien. Átalo.

Jimmy se arrodilló y usó las bridas para amarrar los pies del «Rata» a la espalda junto con las manos, tal y como habían hecho al secuestrarlo. Fran lo miró suplicante, la viva imagen del terror. Intentaba hablar. Tenía el cuerpo magullado y los pies sangraban por multitud de puntos. Temblaba por miedo o por frío. Lo giró. No deseaba verle la cara. Empezaba a sentir compasión. Se obligó a recordar lo que le había hecho a Lisa el jueves anterior, y cómo la había tratado los últimos años.

—Yo muevo la tierra con el pico y tú la retiras con la pala —dijo Paco mientras golpeaba el terreno delimitando la longitud y anchura del agujero.

Trabajaron cuarenta minutos en silencio. Turnándose el trabajo cada cierto

tiempo. De vez en cuando, comprobaban las ataduras del prisionero.

—Paremos un momento —propuso Jimmy. El ejercicio le estaba sentando bien; no obstante, necesitaba descansar.

—Sí, ya casi hemos terminado. —Paco encendió dos cigarros le ofreció uno.

Se sentaron en una piedra. Fumaron sin cruzar palabra, escuchando los intentos de Fran por hablar a través de la mordaza. Paco apagó la colilla hundiéndola en la tierra y abrió la mochila. Extrajo una garrafa con quince litros de gasolina y se la plantó delante de la cara del «Rata».

—¿Lo hueles?

El reo asintió.

—Es gasolina. ¿Sabes qué vamos a hacer con esto?

Fran se retorció como un gusano emitiendo gruñidos.

—Lo has adivinado. Muy listo. Lo hemos hecho bien, también tiene aceite para motores de dos tiempos, de esta forma se pegará más a tu piel y tardará más en apagarse. La de cosas que se aprenden en la mili.

Los sollozos acompañaron a los gruñidos y volvió a mearse encima.

—Joder, tío. Deberías mirarte lo de la próstata —Paco rio sin ganas.

—Venga, terminemos el puto agujero —interrumpió Jimmy. Se le estaba revolviendo el estómago.

Cavaron con renovada energía hasta terminar. A Paco el foso le llegaba hasta la cintura.

—Con esto será suficiente.

Lo agarraron entre los dos y lo arrojaron a su tumba. «El Rata» ya no ofrecía ningún tipo de resistencia. Se dejó llevar resignado con la mirada perdida. Jimmy lanzó al agujero sus ropas y el DNI.

Paco vertió el líquido dentro. Cuando hubo terminado, acercó el mechero a la garrafa y lo encendió. Una llama azul encendió la boca de la botella.

Jimmy se alejó unos metros.

No quería verlo.

Paco dejó caer la garrafa ardiendo y el foso se incendió. Tuvo que retroceder dos pasos por culpa del calor.

El claro se iluminó por las llamas. Después escucharon el grito: desgarrador, inhumano. El fuego lo había liberado de la mordaza. A Jimmy se le heló la sangre. ¿Qué habían hecho? Las dudas comenzaron a carcomerle por dentro. Lo siguiente fue peor. «El Rata» se incorporó envuelto en llamas. Su

cabeza y sus brazos asomaron de aquella tumba infernal. El calor había derretido las bridas. Ya no gritaba, sus cuerdas vocales habían ardidido.

Intentaba salir, arrastrándose como un demonio que huye del inframundo, aunque Jimmy pensó en «Antorcha», uno de los integrantes de *Los cuatro fantásticos*. Le pareció que, en cualquier momento, echaría a volar y los freiría con una bocanada de fuego. Pero no volaba, se arrastraba con su aura ardiente.

Paco reaccionó y le golpeó la cabeza con la pala. Una y dos veces. El sonido fue como el de melón al partirse y el ajusticiado se quedó inmóvil. Después empujó el cuerpo de nuevo su tumba.

—Joder, ¡vaya mierda, tío! —añadió con labios temblorosos.

Las llamas tardaron casi diez minutos en extinguirse. Un olor a carne quemada y gasolina inundó el ambiente. Un aroma que jamás olvidarían. Una nube oscura ascendía hacia el cielo. La noche estaba demasiado clara y alguien podría verla.

—Venga, acabemos con esto —Jimmy cogió el pico y empezó a empujar la tierra al agujero.

Cuando terminaron, colocaron piedras y maleza sobre la tumba. Dudaban de que alguien fuera a pasar por allí, pero no estaba de más ocultarla. Caminaron a paso rápido hasta el Renault 5 y colocaron bien los asientos traseros. Eran casi las cinco y debían darse prisa. No tardaría mucho en amanecer. Jimmy arrancó y condujo a toda prisa. Arrojaron el pico y la pala antes de llegar a Santa Cruz, en las obras de una urbanización que estaban construyendo.

Amanecía al estacionar el vehículo en el claro cerca del cuartel. Por fortuna, la habitual niebla matinal que cubría Los Rodeos ya había hecho acto de presencia. Se vistieron con el uniforme y metieron las ropas de civil en una bolsa de basura que dejaron en el maletero. Desanduvieron el camino y regresaron a la valla que rodeaba el perímetro. Volvieron a colocar la manta que habían escondido y saltaron dentro del acuartelamiento sin ser descubiertos. Una vez en la camareta, se metieron en sus respectivas literas sin desvestirse; no se podían arriesgar a ser descubiertos en el último momento. Aún quedaba una hora para que el cabo cuartel despertase a la compañía. Jimmy pensó que no se dormiría; sin embargo, no llegó a escuchar el tercer ronquido de Paco.

A las tres abandonaron el regimiento con el pase de tarde en el bolsillo. Se montaron el coche de Lisa y se dirigieron a La Laguna. Arrojaron las ropas que habían llevado la noche anterior a un contenedor de basura. Después limpiaron a conciencia el Renault 5 en una gasolinera antes de devolvérselo a su dueña, se lo llevaron al Estepa y le entregaron las llaves. Apenas charlaron con ella. Paco le dijo un escueto «ya está hecho» mientras ella atendía la barra.

En junio se licenciaron. Jimmy pasó los últimos meses creyendo que en cualquier momento aparecería la Guardia Civil para detenerlos, o que algún amigo de Fran lo apuñalaría por la espalda. No obstante, no ocurrió nada. Nadie parecía haber denunciado la desaparición del «Rata». O, tal vez, a la policía le importaba un carajo. Ningún agente había ido a hablar con Lisa, que habría sido un paso lógico. Así que se libraron. Habían cometido un asesinato horrible y no pagaron por ello. Pero las pesadillas comenzaron a asaltarle una semana después de aquella noche y le duraron dos décadas, como si su cerebro hubiera tardado siete días en entender lo que realmente hicieron esa madrugada: quemar viva a una persona. Por muy despreciable que fuese, dudaba que se mereciese un final así. De todas formas, ya era tarde para arrepentirse y solo quedaba lidiar con los remordimientos.

El último día que pasó en Tenerife, Paco y Lisa fueron a despedirle al aeropuerto. Al pasar el control de pasajeros, se giró y les dijo adiós con la mano. Lisa lloraba mientras agitaba la mano. Jimmy fue consciente de que iba ser la última vez que la vería. De nada iban a servir las promesas que se habían hecho de reencontrarse en la Península. Se carteó con ellos durante dos años, hasta que rompieron y Paco regresó a Burgos con el corazón roto. Se reunió con su amigo en varias ocasiones, pero comprobó que ya no tenía nada en común con él. Como si fuera otro mundo u otra dimensión. Seguía teniéndole cariño, pero su presencia le molestaba, o puede que le recordara cosas que prefería olvidar. De cualquier forma, la relación se rompió.

Capítulo XXVII (Calderón)

Miércoles, 13 de diciembre de 2017

Calderón observa la citación judicial. La semana que viene tiene que ir a declarar en el juicio contra José Ignacio Mínguez Yécora. Ha estado siguiendo el proceso. El acusado contrató los servicios de uno de los mejores abogados penalistas del país. Sus contactos en el juzgado le han informado de que la estrategia de la defensa trata de demostrar que Jimmy sufrió un trastorno de locura transitoria. Derivado de un proceso de divorcio muy duro, con denuncia falsa incluida, que lo separó de un hijo al que adoraba. Lo más probable es que lleguen a un acuerdo con la fiscalía.

Silvia sospecha que desean cerrar el asunto cuanto antes. La prensa está pendiente y no les interesa un juicio que saque a relucir ciertos «vicios» del sistema judicial.

Se lleva la mano a la tripa. Ahora entiende lo que le pudo pasar por la cabeza a ese tipo. Siente pena por Pablo, aún recuerda su nombre. Otro hijo más que crecerá sin su padre. Una bola de acero se aloja en su garganta y las lágrimas afloran sin que pueda contenerlas.

«Joder, malditas hormonas».

Suena su teléfono. Es su madre.

—Dime.

...

—En el despacho, mamá. Ya te dije que ahora tengo un destino administrativo y no salgo de la comisaría.

...

—Yo no patrullo, mamá. Soy investigadora.

...

—Que sí: no saldré de aquí, no seas pesada.

...

—Sí, ya sé que ahora tengo una gran responsabilidad.

...

—No hace falta. Ya voy yo sola.

...

—Que no, prefiero ir sola.

...

—Sí, te avisaré en cuanto lo sepa. No te preocupes.

...

—En el coche, mamá. ¿Cómo voy a ir en la moto?

...

—No, no la voy a vender. Mamá, te tengo que dejar, que tengo trabajo. Un beso.

Silvia cuelga el teléfono un tanto hastiada. Había olvidado lo densa que puede llegar a ser su madre. Sin embargo, la va a necesitar. Los dos la van a necesitar. Se acaricia la barriga. Ya se empieza a notar. Tiene problemas con muchos de sus pantalones y tiene que usar falda. Al final, resolvió acudir a una de esas clínicas de fecundación *in vitro*. Sentía que el tiempo se le echaba encima y no deseaba renunciar a la maternidad, así que decidió hacerlo sola.

Mira el reloj. Son las once menos veinte. Faltan sesenta minutos para la cita con el ginecólogo. Hoy es la ecografía de los cinco meses y le dirán el sexo del bebé. Ha mentido a su madre sobre la hora del médico. Sabe que es capaz de presentarse en el ambulatorio y le apetece acudir sola.

El tímido sol de diciembre calienta la hierba húmeda del jardín creando una sutil neblina cargada de aromas. Silvia se apoya en el hombro del anciano. Los dos contemplan en silencio la belleza de la naturaleza sentados en un banco de metal. Nota vibrar el teléfono en su bolsillo.

Lo ignora.

Extrae la ecografía y se la muestra a su padre.

—Es un niño —le dice—. Estoy segura de que se parecerá a ti.

El hombre sonrío y dos lágrimas corren por sus mejillas. Últimamente, la enfermedad parece haberse estancado, incluso ella cree que remite cuando hablan del bebé.

—Me alegro, hija. Ya tengo ganas de conocer al padre.

—En cuanto pueda, vendrá. —Silvia agarra su mano—. Le llamaré Antonio, como tú. Como su abuelo.

—Es un buen nombre. Tiene fuerza, personalidad.

La inspectora no sabe si ahora recuerda su nombre. Su mente sube y baja como la marea. De todas formas, no le importa. Está feliz y en paz consigo misma. Deseosa de que llegue el bebé.

—Eras una niña preciosa...

El viejo calla. Silvia espera a que siga hablando. Suele ser así. Dice algunas frases entre hermosos silencios. Vuelve a apoyarse en su hombro y disfruta de su compañía. Está convencida de que el bebé también se relaja cuando está junto a su abuelo.

Epílogo

Lunes, 8 de mayo de 2028

Paco se hace con el volante y aprieta el botón de manejo humano cuando la I.A. del vehículo le avisa de que debe pasar a conducción manual. Abandona la autovía y toma la carretera convencional que desemboca en la prisión del Dueso, en Santoña.

—No deberías haber venido. Me dijo que acudiera solo.

Clara lo mira con dureza. Ha llegado a los cuarenta, pero aún sigue siendo una mujer muy atractiva.

—Me da igual lo que diga. Soy su esposa y pienso ir a buscarlo. Además, ¿dónde va a dormir? Ya lo tengo todo preparado en casa para que esté cómodo. Le he comprado ropa y todo.

—No sé. Él no te considera su mujer —replica Paco sin demasiada convicción. Conoce sus gestos y sabe que, cuando arruga el morro de ese modo, su decisión es inamovible—. Según él, se casó contigo para que obtuvieras los papeles.

—Lo que le pasa es que no quiere reconocer que está enamorado de una puta. Pero Jimmy me ama, lo mismo que yo a él. Y ya no soy una puta, ahora soy *madame*.

—Bueno, de vez en cuando haces algún servicio. Las chicas me lo cuentan, ¿sabes?

Clara se encoge de hombros.

—A algunos clientes les da morbo hacérselo con la jefa. De todas formas, yo elijo con quién y, además, les cobro una pasta.

—Una puta es una puta, aunque sea cara y selectiva.

—Ya no lo haré más, no. No con mi marido en la calle.

Paco muestra una sonrisa irónica.

—A ver lo que dice Jimmy.

La brasileña le da un puñetazo en el gigantesco hombro del gorila.

—No se te ocurra decirle nada. Somos socios y nos conviene llevarnos bien. O, ¿acaso te crees capaz de controlar a tú solo a las chicas?

—No, dese luego que no. Ya sé cuál es mi papel. No te enfades, estaba bromeando.

—Además, ¿cómo puedes dudar de que lo ame? He venido todas las semanas a verlo y no me he perdido ningún «vis a vis». ¿Por qué crees que lo he hecho? ¿Acaso crees que me quedan ganas de follar por follar? No, maldita sea: hacemos el amor.

Paco asiente, le da la razón con un gesto. En realidad, envidia a su amigo por tener a una mujer así a su lado.

Conduce en silencio los últimos minutos y estaciona en el *parking* del centro penitenciario. Quedan diez minutos para las diez.

—¿Cuándo le vamos a contar lo de nuestro negocio? —pregunta Paco.

—Ahora, en el camino de vuelta. Yo me encargo. Tú me apoyas de vez en cuando. También sé que ha quedado con su hijo. Se cartean desde hace tres años.

—Sí, me lo contó, aunque no ha querido que venga a visitarlo.

—Es verdad —confirma Clara—. Es muy cabeza dura. No desea que Pablo lo vea encerrado. Además, aún es menor de edad y necesita el permiso de su madre.

—Voy a esperarlo en la puerta, así le digo que has venido.

—Buena idea, aquí os espero. —La brasileña mira inquieta la hora en el salpicadero. Busca el espejo alojado en el parasol del copiloto y comienza a retocarse el maquillaje—. Por cierto, Paco...

—Dime.

—Le mentí. En realidad, no necesitaba casarme con Jimmy para obtener el permiso de residencia. Lo hice para poder mantenerme junto a él.

—Joder tía, eres la hostia. Mejor no se lo cuentes. Yo no quiero saber nada.

Paco se baja del coche y se acerca a la entrada. Una puerta se abre y ve salir a su amigo. No tiene mal aspecto. Más viejo, más arrugas, pero en una excelente forma física. Se nota que hace pesas todos los días.

—¡Jimmy, serás cabronazo! —Lo abraza y lo eleva por los aires.

—Para, para, que me asfixias.

Los dos bromean unos instantes.

—Joder, tío, ¿cómo lo has hecho para salir tan pronto? ¿A quién has engañado? —pregunta Paco.

—Ya sabes: buen comportamiento, he estudiado dos carreras y hay que

saber qué decir a los psicólogos. —Jimmy recuerda sus estudios de Derecho y Psicología, y cómo lo ayudaron a soportar el tedio de estar encerrado—. Además, mantenerme encerrado implica reconocer que su trabajo no sirve de nada.

Sonríe irónico.

—Siempre has sido un cabrón muy listo.

—De todas formas, aunque me hayan dado una semana de permiso, estaré unos meses en régimen abierto. Tendré que volver a dormir por las noches.

—Ya, estoy seguro de que te dan «la boleta» rápido. Por cierto, ha venido Clara —Paco señala el coche.

Jimmy suspira. Se alegra de que esté allí, mas no lo quiere reconocer.

—Está empeñada en que duermas en su casa.

—Sí, me lo imagino.

—No sé, como quieras. También puedes venir a la mía. Supongo que estarás sin un puto duro.

El presidiario mantiene silencio. No quiere desvelar que los cincuenta mil euros que invirtió en bitcoins en el año 2016 ahora valen varios millones de euros. Sin embargo, debe ser discreto. De momento, no puede hacer alarde del dinero. Nadie conoce su existencia.

—No te preocupes. Dormiré con ella; al fin y al cabo, es mi esposa.

Los dos hombres caminan hacia el coche. Clara se baja y corre hacia él. Los dos se abrazan y se besan. Clara hunde su rostro en el pecho de su marido. Jimmy levanta la vista y observa dos figuras a lo lejos. Una mujer madura y un tipo ardiendo. Ha pasado mucho tiempo, pero los reconoce.

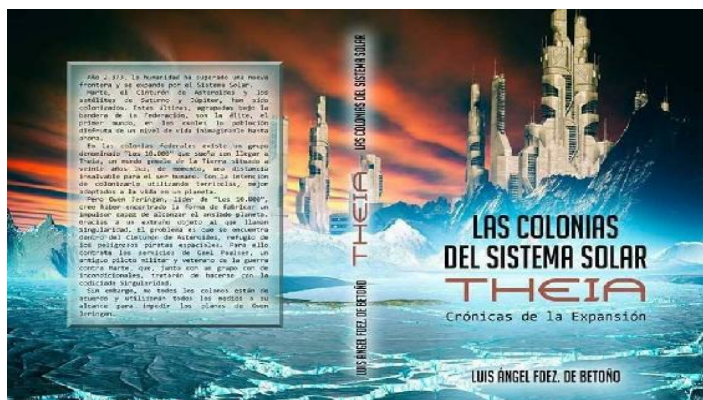
Decide ignorarlos. Ya hablará con ellos en otra ocasión.

FIN

Agradecimientos:

En primer lugar, quiero mencionar a Carla, mi esposa. Ya que es ella quien más sufre las ausencias que provoca esta locura mía de escribir. A mis lectores cero: José M. Sáenz, Mari Carmen Hernández, Abel Moreno. Gracias a ellos he conseguido depurar y mejorar esta obra. A Fernanda Massiel por su traducción al portugués. A Alexia Jorques por su magnífica portada. Y por último a Eba Miren Martin, mi correctora, es ella la que ha elevado la calidad de la novela.

OTRAS NOVELAS DEL AUTOR:



Año 2.373, la humanidad ha superado una nueva frontera y se expande por el Sistema Solar.

Marte, el Cinturón de Asteroides y los satélites de Saturno y Júpiter han sido colonizados. Estas últimas colonias, agrupadas bajo la bandera de La Federación, son la élite, el primer mundo. En ellas la población disfruta de un nivel de vida inimaginable hasta ahora.

En las colonias federales existe un grupo denominado *Los 10.000* que sueña con llegar a Theia, un mundo gemelo de la Tierra situado a veinte años luz, distancia esta que de momento resulta insalvable para el ser humano. La intención es colonizarlo utilizando terrícolas, mejor adaptados a la vida en un planeta.

Owen Jeringan, líder de *Los 10.000*, cree haber encontrado la forma de fabricar un impulsor capaz de alcanzar el ansiado planeta, gracias a un extraño objeto al que llaman Singularidad. Sin embargo, se encuentra dentro del Cinturón de Asteroides, refugio de los peligrosos piratas espaciales. Por ello contrata los servicios de Gael Paulsen, un antiguo piloto militar y veterano de la guerra contra Marte. Paulsen, junto con un grupo de incondicionales, tratará de hacerse con la codiciada Singularidad.

No obstante, no todos los colonos estarán de acuerdo y utilizarán todos los medios a su alcance para impedir los planes de Owen Jeringan...



Marzo de 2378, un sanginario atentado en la zona federal de la Luna sacude los cimientos de la tensa paz que existe en el Sistema Solar. El Presidente en persona encarga a Wang Lee —el antiguo jefe de la inteligencia colona— que averigüe quién está detrás de la masacre: Marcianos, terrícolas y los piratas del anárquico Cinturón de Asteroides, todos odian a la todopoderosa Federación. Del resultado de su investigación dependerá la próxima guerra espacial.

Por otro lado, en Ceres, un misterioso personaje al que todos llaman El Duque se hace con el control del planeta y amenaza el poder que ostentan los Señores de la Guerra dentro de los asteroides. ¿Será un aliado o un enemigo más?